



LAURA MARIE ALTOM

Un bebé en la puerta



Laura Marie Altom

Un bebé en la puerta



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un bebé en la puerta, n.º 30 - febrero 2015
Título original: A Navy SEAL's Surprise Baby
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6081-0
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo 1

¿PANDORA?

Nada más ver el siguiente nombre en su lista de candidatas a niñera, el SEAL de la Armada Calder Remington supo todo lo que necesitaba saber. Sería miembro de la asociación de amantes de los unicornios o una mujer excéntrica. Las últimas cuatro mujeres le habían parecido agradables, pero les faltaba experiencia.

A los veintiocho años, ¿qué conocimientos podría tener Pandora?

Calder se había resignado a ni siquiera permitirle entrar en la casa cuando sonó el timbre. Dejó la lista y suspiró. Miró a Quinn, que tenía ocho meses y que jugaba en el suelo con su ballena de peluche preferida.

–Será mejor que acabemos con esto, ¿verdad, amigo?

–¡*Gah*!

Calder negó con la cabeza.

–Eso es justo lo que yo pienso.

Abrió la puerta a una joven pequeña y morena cuyas gafas de pasta negra le parecieron demasiado grandes para aquella cara.

–Eh, hola. Me envía la agencia Ángeles Terrenales para…

–Te agradezco que hayas venido… –el calor de agosto que entraba por la puerta hizo que empezara a sudar– pero necesito a alguien mayor.

–Ah… Quizá si pudiera darme una oportunidad… Ya sabe, probar mis servicios durante una semana y después decidir.

–Eres muy amable por ofrecerte, pero…

A Calder no le parecía posible, pero, cuando Pandora miró por encima de su hombro hacia el interior de la casa, palideció. Le sorprendió cuando le empujó a un lado y salió corriendo hacia el salón como si estuviera decidida a ganar una carrera.

Se dio la vuelta para ver qué diablos estaba haciendo y sintió que le temblaban las rodillas. Quinn se había puesto azul. Pandora lo tomó en brazos, le dio la vuelta y le dio cinco golpecitos en la espalda. Después volvió a darle la vuelta para hacer lo mismo en el

pecho. No hubo resultados.

Aunque Calder fuese un SEAL de la Armada, un veterano en combate, jamás se había sentido tan impotente. Desde mayo, tenía pensado apuntarse a clases de primeros auxilios para bebés, pero entre el trabajo y sus obligaciones como padre soltero, estaban casi en septiembre y aún no había encontrado tiempo.

Pandora recolocó a su hijo una vez más y entonces, como por arte de magia, de la boca de Quinn salió una uva.

Calder se quedó con la boca abierta y Quinn empezó a llorar.

Pandora abrazó al niño, lo meció con suavidad y lo calmó mientras le cantaba una nana al oído.

Cuando los llantos de su hijo quedaron reducidos a algún hipido ocasional, ella le ofreció la mano a Calder.

–Perdone. Con los nervios, se me ha olvidado presentarme. Soy Pandora Moore.

Aún tembloroso, Calder le estrechó la mano a la mujer.

–Encantado de conocerte. Calder Remington –señaló entonces a su hijo–. ¿Dónde aprendiste esa… maniobra Heimlich para bebés?

–En Cuidados Infantiles básicos 101. El ahogamiento es la mayor causa de mortalidad infantil, lo cual es muy trágico teniendo en cuenta que la mayoría de los casos pueden evitarse –quitó el cuenco de uvas de la mesa del café y lo colocó sobre la repisa de la chimenea.

–Sí, bueno, has hecho que me sienta como un estúpido –respondió él metiéndose las manos en los bolsillos.

–Oh, no. No pretendía insinuar que fuese un mal padre.

–Lo entiendo –fuese o no su intención, las palabras le dolían, porque Calder sabía que eran ciertas. Quizá se le diesen bien muchas cosas, pero criar a un bebé no era una de ellas. Lo intentaba, pero, incluso después de llevar varios meses con Quinn, nada le parecía natural. Conclusión: se había cansado de buscar niñera–. ¿Cuándo podrías empezar? –le preguntó.

–¿Quiere decir que me quiere para el trabajo?

–Claro. Vamos a intentarlo. ¿Puedes empezar mañana por la mañana?

Ella se ajustó las gafas y sonrió tímidamente.

–Claro. La agencia dijo que era un puesto de interna, ¿no?

–Sí –Calder señaló hacia el final del pasillo–. Sígueme. Te mostraré tu habitación.

De pie en aquel dormitorio bañado por el sol, con su propio cuarto de baño y hasta un ventanal que daba al jardín lleno de árboles, Pandora tuvo que hacer un esfuerzo para no pellizcarse.

Después de todo lo que había pasado, aquello le parecía irreal. Además, Calder incluso parecía un gran tipo. Aunque tenía un físico impresionante, su instinto le decía que era un caballero. ¿En cuanto a aquella descarga indescriptible que había experimentado al darle la mano? Bueno, estaba decidida a ignorar eso.

–No te culpes si no te gusta el color –dijo él, refiriéndose a los tonos lavanda, naranja y verde lima que inundaban las paredes–. El último dueño se volvió loco con la pintura. Elegiremos algo que se adapte más a tus gustos.

–Amarillo –respondió ella automáticamente–. Siempre he querido tener una habitación con el tono del sorbete de limón.

–Pues decidido. En cuanto a la colcha, las toallas, las sábanas y esas cosas, me imaginé que te sentirías más cómoda usando las tuyas propias.

–Sí. Gracias –el único problema era que no tenía las suyas propias. Pero había logrado ahorrar algo de dinero. No pasaría nada por gastarse parte de sus ahorros en una colcha de flores perfecta a juego con las paredes.

Quinn se había quedado dormido en sus brazos.

La sensación de tener en brazos de nuevo a un bebé le pareció sublime.

A lo largo del último año, había tenido un puesto fijo como niñera hasta que la familia de Norfolk había tenido que trasladarse al extranjero. Pandora había tenido que cuidar a dos niñas de cinco y siete años. Durante ese tiempo, y hasta la actualidad, había vivido en una habitación sombría y pequeña en el sótano de un centro de rehabilitación. La grandeza de aquel trabajo y las ventajas secundarias que incluía eran demasiado maravillosas para absorberlas todas de golpe, así que se las guardó dentro como si fueran un regalo secreto que no abriría hasta tener algo de intimidad. No. No pensaría en todas las repercusiones hasta que Calder no firmara los papeles de la agencia y eso le acercara un paso más a conseguir su sueño.

–¿Quieres que lo tome yo en brazos? –preguntó su nuevo jefe mientras la guiaba hacia el recibidor.

–Gracias, pero estoy bien –y lo estaba. Le acarició al bebé la

cabeza con la nariz y aspiró aquellos olores tan familiares–. Si no es una pregunta demasiado personal, ¿dónde está la madre de Quinn?

–No es que quiera ser evasivo, pero es una larga historia que se cuenta mejor con unas cervezas.

–Ah –¿bebía? Esperaba que no, pero probablemente eso fuese esperar demasiado.

–Vamos. Te enseñaré la habitación de Quinn y el resto de la casa. Solo llevamos aquí unas semanas. Mi horario ha hecho que fuese difícil decidir la fecha.

–¿Trabaja muchas horas extra?

Él resopló mientras la conducía hasta el cuarto del bebé.

–Supongo que podría decirse así. Perdona… sigo un poco desconcertado por el incidente de la uva. Soy SEAL de la Armada. Con frecuencia en mi trabajo me reclaman sin apenas antelación. Por ejemplo, puede que te diga que estaré en casa para cenar, pero entonces me den una misión y no vuelva hasta seis meses más tarde. Cierto, normalmente no es tanto tiempo, pero puede ocurrir. Técnicamente, por esa razón, mi madre tiene la custodia compartida de Quinn. Pero, dado que ella vive en Carolina del Norte, te necesito aquí para cualquier contingencia inmediata. Por eso era imprescindible contratar a alguien mediante una agencia. Necesito saber no solo que eres de fiar y cuidas bien al bebé, sino que tienes buenas referencias y experiencia que me permita estar seguro al cien por cien de que estás haciendo un trabajo excelente. De ese modo, puedo centrarme por completo en lo que hago, lo cual hace que mi vida sea mucho más tranquila.

Pandora deseaba tener la misma confianza en sí misma que parecía tener Calder. Aunque, en su cabeza, había dejado atrás el pasado, en su corazón la crisis permanecía.

–¿Cómo puede soportar estar lejos de esta monada de niño?

–Supongo que, en mi trabajo, no tengo muchas opciones. Vamos, te enseñaré la cocina.

Pandora le siguió.

–Esto no es nada del otro mundo –continuó él al llegar a la cocina–. No pretendo que cocines para mí. Solo asegurarme de que Quinn coma bien. En el banco tengo una cuenta abierta para gastos de la casa. Puedes usarla para comprar comida, pañales… cualquier cosa que necesitemos aquí o para Quinn.

Ella asintió, aunque por dentro sintiese como si estuviera soñando. ¿Cuántas veces se había ido a la cama con hambre porque

no tenía dinero para comprar comida?

«Aunque sí que conseguiste ahorrar lo suficiente para otras cosas», le recordó su conciencia alegremente.

–Gracias de nuevo por darme esta oportunidad. Cuidaré de Quinn como si fuera mío.

Una mala elección de palabras, teniendo en cuenta lo que le había ocurrido a su querida Julia.

–Creo que soy yo quien debería darte las gracias –Calder sacó una llave de un cajón meticulosamente organizado y se la entregó–. Toda la gente que conozco que tiene hijos dice que la agencia para la que trabajas no se anda con tonterías a la hora de contratar al personal más cualificado.

Pandora sabía que eso era cierto. Su mejor amiga, Natalie, sometía a todos sus empleados a pruebas exhaustivas. Pandora temía que la única razón por la que Natalie la hubiera contratado fuese la amistad que habían entablado en el restaurante en el que ella trabajaba como camarera en aquella época. Pero, aunque Natalie le asegurase una y otra vez que ese no era el caso, Pandora no lograba sentirse parte aceptable de la sociedad, ni creerse merecedora de buena suerte.

–¿Y bien? ¿Vas a contarme en algún momento cómo fue la entrevista?

Pandora, que estaba metiendo sus escasos libros en una caja, levantó la cabeza y vio a Natalie sentada en la cama de su habitación. Aunque se hubiese ofrecido a ayudar, hasta el momento no había hecho nada salvo hablar.

–Obviamente, fue bien. De lo contrario, Calder no me habría contratado.

–Soy yo la que rellenó los papeles. Quiero los detalles. ¿Descubriste qué le pasó a la madre de Quinn? Yo esperaba una explicación, pero nunca me la dio.

–Se lo pregunté, pero Calder me dijo que ya hablaría de ello en otro momento –Pandora omitió conscientemente la parte de las cervezas. No quería que su amiga se preocupara por que pudiera volver al lado oscuro.

–Interesante –dijo Natalie–. Me pregunto qué ocurriría para que se marchara. El tipo es tan guapo que duele solo mirarlo. ¿No te parece?

–No –mintió Pandora–. Y aunque fuera así, ¿qué iba a hacer yo? ¿No tienes una estricta política sobre no intimar con los clientes?

–Cierto, y agradezco que saques el tema, pero tendrías que estar ciega para no haberte fijado al menos en esa sonrisa… y esos hombros anchos. Dios mío… –Natalie se abanicó con la mano.

Pandora le lanzó una almohada a su amiga.

–Déjalo ya. Lo único que necesitas saber es que Calder parece un buen hombre y que el hecho de que me haya contratado es un milagro –tragó saliva para contener las lágrimas.

–Te mereces todo lo bueno que ha estado pasándote últimamente –Natalie se puso en pie y le dio un abrazo–. Nunca te habría sugerido para este trabajo si no pensara que eres capaz de hacerlo.

–Gracias –respondió Pandora–. Pero es duro, ¿sabes? No me lo esperaba. Durante años he soñado con llevar una vida normal y, ahora que me marcho de aquí y voy a vivir en un hogar precioso con un bebé adorable, yo… –le parecía que tenía demasiadas bendiciones. Lo único que le faltaba era su hija. Pero se prometió a sí misma que no sería por mucho tiempo.

Pandora se despertó a las cinco de la mañana del día siguiente. Calder decía que no tenía que estar en su casa hasta las siete, pero estaba tan excitada que no podía dormir más.

Se dio una ducha rápida, se vistió, se lavó los dientes, se secó el pelo y se lo recogió con una coleta. Después llevó las cajas al coche, deshizo la cama, barrió el suelo y limpió el polvo. Dado que la noche anterior ya había hablado con el consejero del centro y había rellenado los papeles necesarios para marcharse, a las seis ya se había despedido de las escasas mujeres que estaban despiertas, así que devolvió su llave. Se metió en su coche y se dirigió hacia su nuevo hogar sin mirar atrás.

Esa parte de su vida había acabado y no quería volver a pensar en ella.

Se metió en la autopista y llegó al vecindario de Norfolk donde vivía Calder treinta y cinco minutos antes de la hora. Pasó el tiempo dando vueltas con el coche, admirando el vecindario y el parque que había allí cerca, donde podría ir con Quinn a jugar.

Aparcó el coche frente a la casa de Calder y sintió una tranquila satisfacción que nunca antes había experimentado. Lo único mejor

sería tener su propio hogar… cosa que conseguiría, aunque aquel era un primer paso muy importante.

–Vaya, llegas pronto.

Su nuevo jefe acababa de salir al porche descalzo y desnudo de cintura para arriba. Llevaba unos pantalones caquis y en brazos a Quinn, aún con el pijama puesto. A Pandora se le quedó la boca seca y tuvo que pensar durante unos segundos en qué decir.

Quinn se frotó los ojos y empezó a gimotear.

–Lleva de mal humor toda la mañana –dijo Calder mientras le ofrecía al niño–. Sujétalo tú y yo sacaré tus cosas.

–Puedo… puedo hacerlo yo –¿no le resultaría raro que tuviera tan pocas cosas?–. No quiero que te tomes ninguna molestia.

–No te preocupes –insistió él mientras le entregaba al bebé–. Ahora estamos juntos en esto –se quedó mirando entonces el asiento trasero del coche–. ¿Eso es todo? ¿O tienes un amigo que vendrá más tarde con una furgoneta?

–Eso es todo –agitó a Quinn y logró que sonriera.

El bebé le agarró las gafas y se rio mientras intentaba metérselas en la boca.

–Vaya –dijo ella riéndose–. Si quieres desayunar, necesitaré las gafas.

Calder pasó junto a ella con una caja de libros tan pesada que ella había tenido que parar cada pocos pasos para descansar. La miró de forma curiosa. Durante más tiempo del normal. ¿Iría todo bien? Por el olor acre de sus pertenencias no podría adivinar dónde había estado viviendo, ¿verdad? Muchas de sus compañeras de centro fumaban constantemente.

–Te he dejado una tarjeta de crédito en la mesa de la cocina –dijo Calder mientras entraba en la casa–. A Quinn apenas le queda comida, leche y esas cosas, así que probablemente tengas que solucionar eso y comprar lo que quieras para ti. Normalmente yo compro comida rápida cuando vuelvo del trabajo. Si tienes algún problema, llámame al móvil. El número está en el frigorífico. ¿Cuál es tu número?

–No… no tengo –demasiado caro. Solía llamar a Julia los sábados desde la cabina que había frente al centro.

–Ah, vaya. Bueno, pues solucionaremos eso. Por cierto, mientras haga buen tiempo, utiliza mi utilitario, porque allí están la sillita y el carrito de Quinn. Las llaves están colgadas junto a la puerta del garaje. Ah, y puedes aparcar tu coche en el garaje. Hay espacio de

sobra.

–¿Y cómo irás tú a trabajar?

–En moto. Normalmente solo la uso los fines de semana, pero así tendré una buena excusa para montar.

–Oh –tenía el torso y los brazos muy bronceados. ¿Trabajaría mucho al aire libre? ¿Estaría mal que le costase fijarse en algo que no fuese su intensa masculinidad?

–¿Está buena? –Mason Brown, amigo y compañero de trabajo de Calder, también llamado «Hombre de Nieve» porque se había criado en Alaska y nunca tenía frío, se terminó el sándwich y lanzó el envoltorio a la papelera. Falló el tiro.

–¿Quién? –preguntó Calder mientras abría una bolsa de patatas fritas. Habían pasado toda la mañana metidos en un aula estudiando los mecanismos de las bombas inteligentes. El aire fresco resultaba agradable. Además hacía buen día, para variar. No demasiado cálido. Compartían una mesa de picnic junto a otros amigos.

Frente a Calder estaba Heath «Saltador» Stone, que se había ganado el apodo por su costumbre de saltar cualquier obstáculo cuando iba corriendo a toda velocidad.

Junto a él se hallaba Cooper «Vaquero» Hansen. Corría el rumor de que se había presentado a su clase de Demolición Submarina montado a caballo, pero Calder sospechaba que simplemente se había criado en un rancho.

El grupo estaba rodeado por un puñado de tipos casados y aburridos que no hablaban más que de sus esposas y de sus hijos. Deacon y Garrett antes eran divertidos, pero últimamente Calder tenía que esforzarse por comportarse con normalidad cuando estaba con ellos. Quería a Quinn porque era su hijo, pero también le gustaba la vida que se había construido para sí mismo.

El compromiso no era lo suyo.

Le encantaba su trabajo. Lo suyo era ver el mundo y experimentar los torrentes de adrenalina. Antes de Quinn, el apartamento que compartía con Mason, Heath y Cooper no había sido más que una escala entre aventuras.

–Tío, la niñera –dijo Heath–. ¿Está buena?

Mason soltó un gemido.

–En la escala de sensualidad, las niñeras compiten en el mismo

rango que las maestras de guardería. Me gusta pensar que hay mucha perversión debajo de esa fachada inocente.

Calder se cruzó de brazos.

–Mostrad un poco de respeto. Es agradable y sabe cómo hacerse cargo de Quinn –y, aunque no lo mencionaría delante de sus amigos, cuando Quinn le había quitado las gafas y ella se había reído, no había podido evitar quedarse mirándola. En ese momento, con el sol de la mañana iluminando su rostro, le había parecido auténticamente guapa–. He tenido mucha suerte al encontrarla, y no querría estropear una buena relación laboral haciendo que fuese algo personal.

–Tú sigue repitiéndote eso, tío –dijo Mason.

–Bajad la voz –intervino Garrett desde el otro extremo de la mesa. Su esposa, Eve, y él acababan de tener un hijo y Garrett estaba obsesionado con enseñarles a todos los últimos vídeos del niño en el móvil–. Mi hijo está hablando…

Calder negó con la cabeza. Siendo padre de un niño, sabía que los bebés no eran expertos comunicadores. Se sentía culpable por no sentirse más apegado a su hijo. ¿Qué le pasaba? Cuando Pandora le había preguntado cómo soportaba estar lejos de Quinn, no había dado una buena respuesta. Encargarse uno solo de un bebé era muy estresante, así que, cada vez que tenía la oportunidad de huir, lo hacía.

¿Por qué entonces no echaba de menos a su bebé ni le hacía cientos de fotos con el móvil? Generalmente sentía como si le faltaran los genes más básicos de padre. Probablemente tuviera algo que ver con el modo abrupto en que Quinn había entrado en su vida.

Pero, ahora que por fin había encontrado una niñera, podría hacer lo mejor para su hijo y al mismo tiempo volver a hacer lo que mejor se le daba. Matar terroristas y seducir a mujeres.

Capítulo 2

CUANDO Calder se marchó aquella mañana, para Pandora la casa adquirió esa paz casi reverencial que antes solo había encontrado en una iglesia. Tenía a Quinn apoyado en la cadera y caminaba descalza mientras se fijaba en todo.

Al rebuscar en la cocina confirmó que Calder tenía razón al aconsejarle que fuera de compras. A no ser que Quinn y ella quisieran potitos de melocotón, zanahorias o batidos de proteínas para desayunar, comer y cenar, la prioridad del día era ir a la tienda.

Al ver la batidora sobre la encimera, decidió que el niño no tomaría más comida preparada.

–A partir de ahora vas a comer como un rey, cariño.

Quinn se rio cuando le pinchó suavemente la tripa con el dedo.

En el restaurante donde había trabajado tras recuperar la normalidad en su vida, se había hecho amiga del chef. Enorme, divertido y francés, el chef le había enseñado a preparar casi todo lo que había en el menú, así como algunas cosas que no estaban. Había sido la única figura paterna amable que Pandora había conocido, y su fulminante ataque al corazón había hecho que estuviera a punto de volver a perder el rumbo. Lo único que recordaba de su padre biológico era que se pasaba la vida golpeando a su madre, a veces también a ella, y que un día ya no volvió más. Pandora habría pensado que su madre se alegraría, pero en cambio sufrió una depresión y murió de sobredosis antes de cumplir los cuarenta y tres años. Pandora, que por entonces tenía dieciséis años, la echaba de menos, pero prácticamente se había criado a sí misma.

El hecho de que su madre se hubiese destruido debería haberle servido de advertencia para llevar una vida mejor, pero gracias a la terapia Pandora se daba cuenta de que había entrado en el mismo círculo autodestructivo que ella.

Se quedó mirando por la ventana de la cocina y le dijo al bebé:

–¿Qué te parece si, de ahora en adelante, nos concentramos solo

en nuestro asombroso futuro?

Quinn se limitó a balbucear.

–Tenemos muchas cosas que hacer. No solo ir a comprar comida. Además tienes que ayudarme a encontrar una colcha muy bonita y todos los detalles.

El niño se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

–Sé que eres un chico y que probablemente no te importe mucho que las cosas sean bonitas, pero, si hubieras pasado los últimos años viviendo donde yo he vivido, también querrías estar rodeado de cosas bonitas.

Resultó que el coche de Calder era tan maravilloso como su hogar.

El poderoso motor del Land Rover no petardeaba cuando se detenía en los semáforos, y la tapicería de cuero olía de maravilla. Por el espejo retrovisor controlaba regularmente a Quinn, que iba contento en su asiento mordisqueando un sonajero. Incluso él parecía disfrutar del paseo.

Se detuvieron en varias ocasiones para encontrar el juego de cama perfecto y unas suaves toallas amarillas a juego. Se quedó casi sin dinero al hacer las compras, pero mereció la pena.

Con las compras en el maletero, Quinn y ella se dirigieron hacia el supermercado.

Pandora nunca había comprado tanta comida al mismo tiempo. Leche y huevos. Fruta, carne y verduras. Al llegar a la caja registradora, el total de la compra le pareció increíblemente alto. Se le aceleró el pulso y empezaron a sudarle las palmas de las manos. ¿Funcionaría la tarjeta que Calder le había dado?

–¿Me permite ver su carné? –preguntó la chica de la caja.

–Claro. Pero yo soy la niñera y esta es la tarjeta de mi jefe –mientras Quinn se ponía cada vez más nervioso en su carrito, Pandora hurgó en su bolso en busca de su carné de conducir.

–Perdone –la mujer le devolvió la tarjeta de Calder–. No estoy autorizada a aceptar ninguna tarjeta sin un carné.

–Por favor –le rogó Pandora–. Mi bebé tenía que haber comido hace rato y…

–Acaba de decir que no es suyo.

–Bueno, sí, pero ya sabe lo que quiero decir. ¿No podemos preguntárselo al encargado?

–¿No tiene una forma alternativa de pago?

–No –y aquella era la única caja abierta y se había formado cola

tras ella. Sin otra cosa que hacer, la gente empezó a mirarla.

–¿Hay algún problema? –preguntó el encargado.

Pandora le explicó la situación.

Quinn empezó a llorar.

–Por favor –lo sacó del carrito y empezó a agitarlo sobre su cadera.

–Mire, lo siento. Parece una buena mujer, pero la empresa nos obliga a comprobar todas las compras con tarjeta de crédito. Hay mucho fraude por esta zona y, si su tarjeta resulta que es robada, yo pierdo mi trabajo. ¿No puede ponerse en contacto con su jefe? Que venga aquí y nos muestre su carné. Entonces le abriré una cuenta y la próxima vez que venga no habrá ningún problema.

Pandora se quedó mirando el carro de la compra. Le había llevado casi una hora recopilarlo todo. ¿Calder se enfadaría si le llamaba al móvil?

Con Quinn llorando con más fuerza que nunca, tomó aliento y marcó el número en el teléfono de la tienda.

–Perdona –dijo Calder mientras caminaba apresuradamente hacia Pandora y Quinn. Con un carro de la compra lleno junto a ella, Pandora se había sentado en un banco situado frente al despacho del encargado de la tienda–. Soy un idiota por no haber pensado en esto.

–¿No estás enfadado? –preguntó ella con evidente alivio–. Porque siento haber tenido que llamarte. Pero el bebé tiene hambre y no sabía qué hacer.

–¿Cómo voy a estar enfadado cuando esto ha sido culpa mía? Debería haberlo pensado.

Tras aclarar la situación con el encargado, Calder pagó la compra y empujó el carro siguiendo a la niñera y a su hijo hacia el coche.

–Deja que ponga a Quinn en su asiento y después lo guardaré todo. Tú puedes volver a trabajar.

–No tengo prisa –Calder ya había abierto el maletero y estaba guardando las bolsas.

–Aun así… –respondió ella tras sentar a Quinn en su sillita–. Este es mi trabajo.

–Mira, Pandora, puede que técnicamente yo esté al mando, pero ¿en la práctica? –se carcajeó–. Eres tú la que tiene todas las

respuestas. Puede que a mí se me dé bien colocar explosivos, pero el pasillo de bebés del supermercado me supera. Nunca sé qué tipo de leche comprar, y lo de la comida para bebés es demasiado para mí. Eso nos convierte en un equipo, ¿de acuerdo?

Pandora sonrió, se subió las gafas con el dedo y asintió.

–Al menos deja que te ayude.

Cuando se acercó a él, sus antebrazos se rozaron y Calder captó el aroma floral de su pelo. Tal vez hiciera demasiado tiempo desde que no estaba con una mujer, o tal vez agradeciera tener al fin a alguien que le ayudara con Quinn. En cualquier caso, estar cerca de ella le hacía sentirse alerta.

Un minuto más tarde habían terminado de llenar el maletero.

–Te seguiré hasta casa para guardarlo todo.

–De verdad, puedo encargarme yo –le aseguró ella.

Pero, dado que a él le habían educado para meter siempre la compra en casa, Calder insistió.

Durante el trayecto a casa de Calder, Pandora se sintió increíblemente aliviada. Él no solo no se había enfadado por tener que interrumpir su día para ayudarla, sino que además había sido todo un caballero. ¿Y ahora se ofrecía a vaciar el coche? Asombroso.

Cuando aparcó en el garaje, metió a Quinn en casa mientras Calder se encargaba de las bolsas.

Una vez dentro, colocó al bebé en su trona, humedeció una servilleta de papel y le lavó las manos.

–Espera un minuto, cariño, y enseguida te daremos de comer.

Rebuscó en las bolsas que Calder había dejado ya en la encimera. Al ver el producto que necesitaba, sacó una caja de galletas de dentición y le ofreció una a Quinn.

El niño se quedó mirando la galleta como si no supiera qué hacer con ella. Finalmente decidió metérsela en la boca, ajeno a la baba que le caía por la comisura del labio.

Pandora le secó la barbilla con un trapo limpio antes de buscar uno de los baberos que había comprado en la tienda. Tras ponérselo al bebé, se dispuso a sacar los productos y a preparar la comida.

–Eso es todo –anunció Calder tras colocar la última bolsa sobre la mesa de la cocina–. ¿Qué estás comiendo, colega? –le preguntó a su hijo tras sentarse en la silla que había junto a él.

Quinn balbuceó y agitó las manos.

–¡*Bah*!

–¿De verdad? –bromeó con su hijo–. Suena bien.

–Es una galleta de dentición –explicó Pandora–. Eso le alivia las encías. Además, me da tiempo para preparar una comida en condiciones.

–Ah… –dijo Calder–. ¿Cómo sabes tanto sobre bebés?

Por un momento, Pandora se quedó helada, pero después dio una respuesta automática.

–Por las clases y el trabajo. Este es mi primer trabajo a jornada completa cuidando de un bebé, pero ya he trabajado para otras tres familias a media jornada. El pequeño Jonah, de once meses, fue mi mayor desafío. No paraba de saltar. Intentaba escaparse del cambiador, de la cuna, del parque de juegos. No me imagino la de problemas que les dará a sus futuros profesores.

Calder se rio.

Por dentro ella se sintió culpable. Calder le parecía cada vez más simpático. Deseaba haber podido hablarle de Julia, pero eso solo provocaría más preguntas, las cuales no podría responder.

–En serio, espero que Quinn no intente hacer esas cosas –dijo él, aún riéndose.

–Voy a prepararle a Quinn puré de guisantes para comer –respondió ella mientras guardaba la carne en el congelador–. ¿Te apetece la versión adulta con una pechuga de pollo a la plancha?

–Gracias por el ofrecimiento –contestó él con una sonrisa que le provocó un vuelco en el estómago–, pero ya he comido en el trabajo. Hablando de lo cual… –se puso en pie y le dio un beso a Quinn en la coronilla–. Creo que será mejor que regrese.

Pandora comprendía que el trabajo de Calder era importante, pero, cuando se marchó, se enfrentó a una sensación muy extraña. Algo parecido a las nubes que bloqueaban el sol.

Durante toda la tarde, encerrado en un aula sofocante, Calder no paró de pensar en el poco tiempo que había pasado con Pandora y con Quinn. Tenía muchas cosas que aprender sobre su hijo, pero, teniendo en cuenta cómo se había convertido en padre, le había costado mucho acostumbrarse. Cierto, había leído algunos libros, y la primera semana su madre había ido a ayudarle con la crisis inicial, pero aún había veces en las que se preguntaba qué había

pasado con su vida.

Abrir la puerta de su apartamento y encontrarse a un bebé de seis meses metido en un carrito destartalado había sido una sorpresa, por decirlo de alguna manera.

Desde entonces, todo estaba patas arriba. Sentía que siempre le costaba ponerse al día. Con las niñeras por horas y la guardería no obtenía buenos resultados y, hasta que había encontrado la agencia que le había enviado a Pandora, había temido que tal vez tuviera que pedir la baja en el trabajo hasta que su hijo empezara a ir al colegio.

La eficiente Pandora le parecía un oasis en el desierto del cuidado infantil.

Esa noche, en vez de tener que intentar averiguar las proporciones de la papilla y cómo bañar a Quinn sin meterle jabón en los ojos, gracias a la nueva niñera, podría volver a hacer lo de siempre.

Se tomaría una cerveza con Mason, con Heath y con Cooper; quizá incluso seduciría a una atractiva rubia.

Cuatro horas más tarde, estaba sentado a la mesa del local favorito de los SEAL, Tipsea's, con sus chicos.

–Esto es vida, ¿verdad, tíos?

Mason estaba comiéndose un *pretzel*.

–No sé. A la hora de la comida, cuando Garrett estaba enseñando las fotos de su familia… Me he preguntado si estaremos perdiéndonos algo, pero ahora veo todas las bellezas que tenemos esta noche a nuestro alcance y pienso que me gusta mi vida como está. ¿Estáis de acuerdo?

Calder y Mason brindaron con sus cervezas.

Al otro extremo de la mesa, Cooper levantó su cerveza.

–Vosotros tres seguid viviendo vuestro sueño… –Heath rebuscó en uno de los bolsillos de sus pantalones militares–. Pero yo tengo que seguir hacia delante. Mirad lo que le he comprado a Patricia por su cumpleaños –sacó una caja negra de terciopelo, la abrió y les enseñó una piedra de un tamaño bastante decente.

–Vaya… Con «seguir hacia delante» no te referirás a dejar los SEAL, ¿verdad?

Heath estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

–Dios, no. Quiero decir que ella es mi mundo y quiero que sea mi esposa. Ya vimos el drama que pasaron Deacon, Garrett y Tristan con sus vidas amorosas. Yo no necesito eso. Ella es la mujer perfecta

para mí. Hecho. Fin de la historia.

–Bien por ti, tío –dijo Mason dándole una palmadita en la espalda–. En otra época yo sentí lo mismo –negó con la cabeza y se rio–. Menos mal que entré en razón.

Calder se carcajeó.

–Que os den. Soy yo el que dormirá con sábanas limpias cuando esté en casa, habiendo cenado bien y con una mujer a la que abrazar.

–¿Deberíamos controlar si tiene fiebre? –preguntó Cooper.

–Claro que tengo –anunció Heath poniéndose en pie–. Se llama fiebre por Patricia. Me voy a casa con ella ahora mismo. Idiotas, vosotros estáis celosos.

Cuando el enamorado se marchó, Calder pidió una hamburguesa.

–Deberíamos preparar una intervención –les dijo a sus amigos cuando la camarera se marchó–. Obviamente, Heath se ha metido en un terreno peligroso.

–¿No me digas? –respondió Mason.

Al padre de Calder le encantaban las mujeres, pero tenía la costumbre de casarse antes de acostarse con ellas. Ya iba por la sexta esposa, lo cual a Calder le parecía ridículo. Aunque su madre hacía tiempo que había vuelto a casarse y él veía a su padrastro como un gran tipo, seguía sin querer tener nada que ver con la institución del matrimonio. A él le gustaban demasiado las mujeres como para conformarse con una.

Al menos eso era lo que se decía a sí mismo, y a cualquiera que le preguntara por qué estaba soltero. Pero en la oscuridad de la noche, sospechaba cuál era la verdadera razón, aunque se negaba a reconocerlo.

Mason, Cooper y él bebieron en silencio durante un rato, contemplando la pista de baile. Era la noche de los ochenta y sonaba Duran Duran.

Mason fue el primero en romper el silencio de la conversación.

–He criticado tanto a Melissa que probablemente podríais contar mi historia por mí. Pero, en todos estos años, vosotros no habéis contado la vuestra.

–Eso es porque no tengo –respondió Calder.

–Lo mismo digo –añadió Cooper.

–¿Me estáis diciendo que ninguno de los dos ha tenido una relación seria con una mujer?

–No –dijo Cooper–. Y estoy orgulloso de ello.

–Amén, hermano –respondió Calder, y brindó con él.

Mason dio un silbido.

–Sois afortunados.

–Lo sabemos –dijo Cooper.

Después de comerse la hamburguesa y de bailar en la pista no con una, sino con tres rubias, Calder divisó a una morena que le recordaba a la nueva niñera. Le dio un vuelco el estómago al darse cuenta de que, a pesar de lo mucho que fanfarroneaba, había disfrutado hablando con ella en la cocina, viendo a su hijo comerse una galleta, mucho más que durante las últimas tres horas en aquel bar.

Pandora dio un respingo cuando se abrió la puerta de la casa y entró Calder. Eran casi las nueve, Quinn llevaba ya largo rato durmiendo y ella llevaba sola tanto tiempo que casi sentía como si la casa fuese suya.

–¿Qué pasa? –preguntó él mientras dejaba el casco de la moto en el armario de la entrada.

–Poca cosa. ¿Y tú?

Calder se sentó en el sillón que había junto al sofá. ¿Era su imaginación u olía a bar?

–¿Estás cansado? Has trabajado hasta tarde –al principio de su recuperación, el olor del alcohol en su aliento le habría hecho desear tomarse una copa. Ahora, al darse cuenta de lo mucho que le habían costado esas copas en referencia a su hija… se conformaba con un té con azúcar.

–Estoy bien. En el trabajo ha sido un día tranquilo, así que después me he ido con mis amigos a tomar una hamburguesa y una cerveza. Me he quedado allí un rato para asegurarme de estar lo suficientemente sobrio para conducir.

Ella asintió.

–¿Quinn está bien?

–Perfectamente.

El silencio de la casa, que hasta hacía unos minutos le había parecido tranquilizador, ahora le recordaba lo incómodo que podría ser su nuevo trabajo.

Oyó el grifo goteando en el fregadero de la cocina.

Fuera ladraba el perro del vecino.

–Bueno… –dijo Calder, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas–. Dado que seguramente los dos estemos pensando lo mismo, voy a decirlo directamente. Esto es raro.

–¿Tú también lo notas?

–No te ofendas, pero te veo ahí sentada como si fueras mi madre y me da la impresión de que vas a castigarme por llegar tarde.

–Confía en mí. Soy la última persona que debería juzgarte.

–Ahora que hemos aclarado el tema –dijo él poniéndose en pie y quitándose la camiseta–, voy a darme una ducha y después estudiaré un nuevo manual.

–Eh, claro –a Pandora se le sonrojaron las mejillas. Tras ver de nuevo aquel torso musculoso, agradeció que se fuera a su habitación. Era lo mejor.

Capítulo 3

–YA QUE sigues despierta, hay algo que me gustaría hablar contigo.

Había pasado una hora desde la última vez que habían hablado, pero, a juzgar por el respingo que dio Pandora cuando él entró en la habitación, se encontraba completamente absorta en un libro sobre paternidad.

–¿Interesante? –bromeó mientras se pasaba una mano por el torso desnudo.

Cuando Pandora lo miró, se le sonrojaron las mejillas.

–En realidad, no. Solo estaba buscando la manera de ir acostumbrando a Quinn a los alimentos más sólidos.

Él asintió y se sintió culpable por no haber leído el libro que había comprado hacía meses.

–La última vez que hablé con mi madre, mencionó algo de eso.

–¿Sí? –parecía que sus mejillas fuesen a explotar–. Qué bien –añadió, prácticamente escondida detrás del libro.

¿Cuál era su problema?

El aire acondicionado se puso en marcha y sintió el frío en el pecho, que seguía húmedo después de la ducha. Entonces se dio cuenta; a la recatada niñera no le gustaba que fuera sin camiseta. Sería la primera mujer en la historia a la que no le gustaran sus abdominales, pero, siendo su empleada, lo mejor sería que fuese plenamente vestido. Regresó a su habitación, se puso una camiseta y volvió al salón.

–Sé que te dije que no quería hablar de la madre de Quinn hasta no haber tomado unas cuantas cervezas, pero creo que, como prácticamente cuidas tú de él, has de saber por qué no estoy muy familiarizado con esto de la paternidad.

–He visto cosas peores –respondió ella antes de dar un trago a su té helado.

–No sé si eso es bueno o malo.

–Es bueno –le aseguró Pandora.

–Hasta hace un par de meses, no sabía que Quinn existía. Por

entonces compartía un apartamento con amigos y una mañana abrí la puerta y encontré a Quinn en su carrito. Un Postit pegado al manillar decía que su madre se había cansado y que ahora me tocaba a mí ser su padre.

Pandora se llevó las manos a la boca y sus ojos verdes se llenaron de lágrimas.

–Eso es una locura. ¿Dónde está ella ahora? ¿Y si le hubiera ocurrido algo mientras estaba solo? Ni siquiera sabes nada sobre su historial médico.

–Sí –respondió él con una risa sarcástica–, a mí me lo vas a decir. Le llevé al pediatra y parece que está sano. Me hice la prueba del ADN y, efectivamente, es mío. Pero no tengo ni idea de quién podría ser su madre, cosa de la que no estoy orgulloso.

–¿No has sabido nada de ella? ¿Cómo pudo abandonar al niño sin al menos asegurarse de que estuviera bien? ¿Y si no hubieras estado en casa, sino en una de tus misiones?

–Buenas preguntas. Me imagino que sabía cuál era mi coche y, cuando lo vio aparcado enfrente, supo que estaba en casa. Aun así, todo esto me ha desestabilizado. No hago más que hacerles miles de preguntas a todos los que conozco que tienen hijos. Compré esta casa para que Quinn tuviera un jardín. Esta es la primera noche que salgo con mis amigos desde hace mucho tiempo.

–¿Y ha sido tan divertido como sin duda te imaginabas?

Calder se recostó en la silla y se quedó mirando al techo.

–No ha estado mal.

–Lo siento. Con un poco de suerte, ahora que estoy yo aquí, podrás volver a tu antigua rutina.

–Sí. Eso estaría bien.

–¿Alguna vez piensas en lo que harías si de pronto apareciese la madre de Quinn y quisiera recuperarlo?

–Se me ha pasado por la cabeza. Llegados a este punto, dudo que algún juez le otorgara la custodia a una madre capaz de hacer algo así. ¿Qué tipo de mujer abandona a su hijo?

–No lo sé… –¿era su imaginación, o Pandora había palidecido?

Por mucho que a Pandora le hubiera gustado la casa de Calder durante su primer día, por la noche no lograba quedarse dormida. Tras pasar horas dando vueltas en la cama, le alivió oír el llanto de Quinn a través del monitor para bebés.

Fue a sacarlo de la cuna y le cambió el pañal antes de prepararle un biberón.

Cuando estaba en la cocina con el niño apoyado en la cadera, le dijo:

–Cuando tu padre me ha dicho que tu madre te abandonó, me he sentido triste. Pero después me he sentido culpable. Al elegir beber en vez de criar a mi hija, ¿no la abandoné yo a ella también?

Quinn restregó la cabeza contra su cuello. El suave roce de su pelo le hizo desear tener a su hija allí.

«Pronto, Julia. Pronto», pensó.

Tenía que volver a presentarse en los juzgados en primavera, pero no importaba. Para entonces habría ahorrado aún más dinero; el suficiente para proporcionarle a su hija el verdadero hogar que siempre se había merecido.

Pandora encendió la luz del techo, calentó la leche y la vertió en el biberón de Quinn. Pero, cuando intentó añadir agua a la cacerola con una mano, se le resbaló y el niño empezó a llorar asustado.

–Lo siento –le dijo, y dejó el biberón en la encimera para tener las dos manos libres–. No pretendía asustarte. Solo ha sido un ruido fuerte. Nada más.

–¿Va todo bien? –Calder, vestido solo con unos pantalones cortos de deporte, se encontraba en el umbral de la puerta.

–Sí –respondió ella, y deseó llevar puesto algo que no fuera aquel camisón demasiado corto–. Siento haberte despertado. Se me ha caído una cacerola y eso ha asustado al niño.

–Me alegro de que no sea nada importante –dijo él acercándose al frigorífico–. ¿Hay algo bueno aquí dentro?

–Quedan restos del pastel de carne de la cena. Si te encargas de Quinn, puedo prepararte un sándwich.

–Ya sé que prepararme comida en mitad de la noche no es parte de tu trabajo, pero la verdad es que me parece un buen trato.

Pandora le entregó al bebé entre risas y trató de ignorar la electricidad que sintió al rozarse con sus manos y sus antebrazos. Más trabajo le costó ignorar el calor que irradiaba su torso desnudo… y su olor. Una mezcla de jabón y algo de sudor.

Se recordó a sí misma lo que tenía que hacer y preparó el sándwich mientras él se sentaba a la mesa con Quinn.

–¿Ketchup o mayonesa?

–Ketchup.

–¿Caliente o frío?

–Mujer, ¿cómo es que ningún hombre te ha cazado ya?

Si tan solo supiera…

–Limítate a responder a mi pregunta.

–Me parece justo. Estoy acostumbrado a comer casi cualquier cosa y en cualquier lugar, pero, ya que me lo preguntas, caliente me parece mejor.

Pandora metió el sándwich en el microondas y, cuando pitó, colocó el plato frente a él.

–Ten cuidado. Podría estar demasiado caliente.

–Gracias. Si sabe igual que huele, puede que Quinn se quede sin ti porque te contrate para que seas mi chef personal.

Pandora extendió los brazos para recibir de nuevo al bebé.

–A juzgar por lo que me has contado sobre tus hábitos alimentarios, creo que él me necesita más que tú.

–Probablemente sea cierto.

Cuando Calder dio el primer bocado, Pandora se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración mientras esperaba su veredicto.

–Lo único que puedo decir es «delicioso». Si la comida que le preparas a Quinn está la mitad de buena que esto, entonces es un niño afortunado.

Tras dar otro bocado al sándwich, Calder se quedó mirándola y ladeó la cabeza.

–Pareces diferente.

–Eh… no llevo puestas las gafas. Principalmente son para leer y conducir. Para larga distancia.

–Estás bien así… No es que me importen las gafas, es solo que… –de pronto se puso rojo–. Voy a terminarme el sándwich.

Pandora se sintió tremendamente avergonzada. ¿Estaba bien así? ¿Qué significaba eso? ¿Y por qué le importaba?

–Eran las tantas de la noche –les dijo Calder a sus amigos durante un descanso el segundo día de su entrenamiento sobre bombas inteligentes–. Y de pronto oí a Quinn gritar, pero, cuando llegué y le encontré en la cocina con la nueva niñera, ya se había calmado. Y ella estaba muy guapa con un camisón sexy. Tenía el pelo suelto y algo revuelto, y no llevaba puestas las gafas. Y después…

Mason dio un silbido.

–Después acostasteis al bebé y empezasteis con vuestros asuntos.

–Deja de pensar siempre en lo mismo –Calder le dio un golpe a Mason en la nuca con uno de los manuales que se suponía que debían estar estudiando–. Después me preparó un sándwich de pastel de carne que juro que fue mejor que el sexo.

–A mí me parece que no lo estás haciendo bien –dijo Heath, y chocó la mano con Mason.

Calder los miró con odio.

Cooper no dejó de leer en ningún momento.

–Lo único que digo es que creo que he encontrado a una de las buenas.

–¿No querrás decir que la ha encontrado Quinn? –preguntó Deacon.

–¿Quién te ha preguntado a ti, señor casado?

Deacon se terminó la botella de agua y se encogió de hombros.

–Solo digo que, para ser un hombre que odia los compromisos con las mujeres, y teniendo en cuenta que la niñera solo lleva veinticuatro horas trabajando para ti, pareces bastante satisfecho.

–¿Y qué tiene eso de malo? Siempre y cuando mantenga una relación estrictamente profesional con Pandora, creo que esto podría durar mucho tiempo. Yo hago lo que me apetece. Quinn está bien atendido. Todos ganamos.

Heath resopló.

–¿Y qué gana la niñera?

Calder le guiñó un ojo y dijo:

–El placer de verme.

–Le faltan algunos muebles, pero tiene una buena estructura –dijo Natalie cuando terminó de recorrer la casa de Calder y dejó su carpeta sobre la encimera de la cocina–. Sé que solo ha pasado una noche, pero ¿cómo ha sido?

–Ha estado bien –Pandora tenía a Quinn en brazos, y el niño intentaba robarle las gafas.

–¿Te importaría darme más detalles?

–Ha estado muy bien. Al principio algo incómodo, pero supongo que eso es normal. ¿Sabías que abandonaron a Quinn en la puerta de Calder? Solo lleva con él unos meses.

–Vaya –Natalie se sentó a la mesa–. ¿Estás segura de que tu nuevo jefe no estaba tomándote el pelo? No nos dijo nada de eso

cuando rellenó los papeles de la agencia. Me parece una locura.

–Dímelo a mí. ¿Recuerdas que la primera vez que le pregunté por la madre de Quinn no quiso hablar de ello? Di por hecho que se habrían divorciado y habrían acabado mal, pero no me esperaba algo así.

Quinn se retorció para que le soltara, así que Pandora le dejó en el suelo de madera que había limpiado aquella mañana.

–Por suerte, Quinn no parece tener síntomas de síndrome de abandono.

–Se despertó anoche alrededor de las dos. Parecía más interesado en un abrazo que en un biberón.

–Pobrecito... –Natalie negó con la cabeza y después suspiró–. Bueno, tengo que ir a dos sitios más y después mucho papeleo en la oficina, así que será mejor que me vaya.

Cuando se levantó, Pandora le dio un abrazo a su amiga.

–Aunque hayas venido por una cuestión oficial, me alegro de verte. Deberíamos quedar para comer.

–Claro. ¿Y no tenías una visita con Julia el sábado pasado? ¿Cómo fue?

–Ya me gustaría. Su familia de acogida alquiló una casa en la playa, así que hemos tenido que posponerlo hasta esta semana.

Pensar en ver a su hija la llenaba de ilusión, pero también de tristeza. En su opinión, deberían haberle devuelto a Julia hacía un año.

–Conozco esa mirada –dijo Natalie–. Ten paciencia. Antes de que te des cuenta, estarás ayudando a Julia con los deberes y llevándola a los entrenamientos de fútbol.

–Que Dios te oiga.

–Llegas pronto.

Calder se encogió de hombros en el recibidor.

–Unos compañeros estaban organizando un partido de voleibol en la playa, pero no me apetecía. Vosotros dos, en cambio, parece que os lo pasáis bien.

Pandora estaba sentada en el suelo con Quinn construyendo una torre de bloques. Cuando ella colocó la última pieza en lo alto, el niño tiró la torre de un manotazo y se echó a reír.

Pandora le dirigió una sonrisa y dijo:

–Cada vez es más evidente que tu hijo está destinado a

convertirse en un Máster del Universo.
–Me parece una buena causa.
Pandora y Quinn siguieron jugando y él se quedó allí parado, sin saber qué más decir ni qué hacer con las manos.
–¿Quieres seguir tú con él? –le preguntó Pandora–. Yo debería ponerme a preparar la cena.
–Claro –de pronto se sintió inspirado–. ¿No preferirías que fuéramos a la playa a pasar el rato con mi equipo? Van a cocinar allí.
–¿Habrá mucha bebida?
–Quizá cerveza. Pero mañana hay clase, así que, si te preocupa que Quinn vaya a estar rodeado de borrachos, no creo que nadie vaya a beber en exceso.
–Ni siquiera tengo traje de baño.
–No tienes por qué bañarte. Vamos, será divertido.
–No sé…
–Venga. Piensa que es parte del trabajo. Te obligo a ir, ya que me gustaría estar con Quinn y con mis amigos. Además, si no vas, ¿quién sostendrá al niño mientras yo juego?
Pandora suspiró, pero se puso en pie.
–Dame un minuto para ponerme unos pantalones cortos y preparar las cosas de Quinn.

* * *

–Vaya, ¿es un espejismo?
–No empieces, Heath –le dijo Calder a uno de los hombres a los que acababan de acercarse. Pandora se sentía algo incómoda rodeada de los compañeros SEAL de su jefe, así que agradeció tener a Quinn para distraerse.
Calder hizo las presentaciones y todos le parecieron agradables, pero, cuando empezó el partido de voleibol y Quinn y ella se quedaron sentados junto a la novia de uno de los SEAL, sintió que no pintaba nada allí.
El equipo de Calder marcó un tanto y este chocó la mano con sus compañeros.
Como empezaba a ser habitual, se había quitado la camiseta. Sus amigos también. El nivel de perfección masculina, resaltada por el brillo del sol de última hora de la tarde, resultaba embriagador. Pero, al mismo tiempo, aquello hizo que Pandora se sintiera más

sola. Era evidente que aquellos hombres eran como una familia.

La mujer que tenía al lado animaba constantemente a su novio.

Incluso Quinn había encontrado algo más interesante que ella, y estaba embobado mirando un trozo de madera que había encontrado en la arena.

Tal vez Pandora hubiera crecido mucho con los años, pero, sin Julia, seguía estando sola y deseaba algo más. Deseaba formar parte de una familia de verdad, pero sabía que no encontraría eso en un hombre como Calder.

Capítulo 4

–NO ME acostumbro a la idea de que Calder sea padre.

Pandora, que estaba dándole el biberón a Quinn, levantó la cabeza y vio a una guapa pelirroja sentada a su lado. Habían terminado de preparar perritos calientes y los chicos habían regresado al partido.

–Soy Patricia, por cierto.

–Pandora. Encantada de conocerte.

El equipo rival marcó un tanto y los hombres de Calder empezaron a gritar y a blasfemar, lo cual asustó al bebé.

–Son un grupo algo brusco, ¿verdad? –dijo Patricia mientras le acariciaba la cabeza a Quinn.

–He visto cosas peores.

–Mi chico es Heath. El hombretón que está a la derecha de Calder. Si eres como yo, tardarás una eternidad en aprenderte los nombres de todos.

–Entiendo por qué.

–Yo estoy deseando tener hijos –comentó Patricia–. El domingo es mi cumpleaños y corre el rumor de que Heath por fin se va a declarar. Pensamos formar nuestra propia familia cuanto antes.

–¿Quieres sostenerlo tú? –le preguntó Pandora ofreciéndole al bebé.

–Sí, por favor –mientras acunaba al bebé, Patricia cerró los ojos y sonrió–. Es asombroso. Cuando Heath me contó que le habían abandonado, me enfadé mucho. Aún me enfado. En serio, ¿quién hace algo así? Esa mujer era la peor madre del mundo. Probablemente fuese alcohólica o algo peor.

–Sin duda –dijo Pandora con un nudo en la garganta.

–Quinn huele tan bien… Yo vengo de una familia numerosa, pero, como era la pequeña, nunca pude jugar con un bebé de verdad hasta que empezaron a nacer mis sobrinos y mis sobrinas.

–Debió de ser asombroso crecer en una gran familia que te quisiera –respondió Pandora.

–En general, sí –repuso Patricia riéndose–. Aunque aún me

estremezco al pensar en compartir el cuarto de baño con tanta gente.

–¿Cuánto tiempo lleváis juntos Heath y tú?

–Dos largos años –contestó Patricia–. Es bastante duro estar con un SEAL. Nunca sabes cuándo va o cuándo viene. Solo las esposas saben algo de lo que sucede realmente. Las novias nunca sabemos nada.

–Oh. Yo no soy la novia de Calder –se apresuró a decir Pandora–. Soy la niñera de Quinn.

–Perdona. Lo olvidaba. No solemos ver a las niñeras. ¿Cuánto tiempo llevas con él?

Pandora se rio.

–De hecho, esta es mi segunda noche. Hasta ahora bien.

Quinn empezó a ponerse nervioso.

–¿He hablado demasiado pronto?

A Pandora no le importó cuando Patricia le devolvió al niño. Llevaba poco tiempo con él, pero ya había aprendido a descifrar sus llantos. Era fácil interpretar a los bebés.

Ganó el equipo de Calder, pero decidieron defender su victoria desafiando a sus contrincantes al mejor de tres y, para cuando terminaron, hacía tiempo que se había puesto el sol.

Quinn dormía profundamente contra su pecho y, como Patricia y su novio se habían marchado hacía rato, Pandora llevaba una hora contemplando el mar oscuro.

–¿Estás lista? –le preguntó Calder al acercarse.

–Claro –su jefe tomó a Quinn en brazos y, en el intercambio, le rozó los pechos sin querer. Pero aquella invasión de su espacio personal no le pareció una invasión en absoluto. Fue más como algo natural que ocurría entre un hombre y una mujer que compartían una relación y que criaban a un bebé.

–Perdón –dijo él, y le ofreció una mano para ayudarla a levantarse.

–No pasa nada –aceptó su ayuda, pero pronto se arrepintió de su decisión. Cuando sus dedos se tocaron, saltaron las chispas habituales, y eso le hizo dudar de su próximo movimiento. ¿Él también lo habría notado?

De ser así, no dio muestras de ello. Metió a Quinn en su carro y agarró la bolsa de los pañales.

–¿Eso es todo?

–Sí –respondió ella, y una parte irracional de su cerebro se

preguntó cómo sería tener una conexión real con un hombre tan decente como Calder.

–Ha estado bien –a lo largo de los años, Calder había tenido a muchas mujeres en el asiento del copiloto, pero ninguna le había puesto tan nervioso como Pandora. No sabía por qué, pero interpretaba su silencio como señal de que había hecho algo malo. Sabía que no era así y que estaba siendo un paranoico, así que decidió intentar que hablase un poco–. ¿Quinn y tú lo habéis pasado bien?

–Sí. La playa siempre es un regalo.

–¿Sí? ¿Qué es lo que más te ha gustado?

–Me ha gustado el olor. Y las olas sonaban como siempre me las había imaginado.

–Espera un momento –se detuvo en un semáforo y la miró–. ¿Quieres decir que hoy era la primera vez que ibas a la playa?

–Es vergonzoso, ¿verdad?

Tras mirar por el retrovisor y asegurarse de que no hubiera más coches, Calder dio la vuelta.

–¿Qué estás haciendo?

–Madre mía –respondió él con una sonrisa–. Eres una virgen del Atlántico. Una criatura única y mística.

–¿Estás seguro de que no le has echado nada a tu Coca cola?

–No –giró a la izquierda y condujo el coche hacia el lugar donde habían estado–. Tenemos una misión.

–¿Cuál?

–Algo que habría hecho antes si hubiera sabido lo importante que era para ti esta ocasión. Tienes que meter los pies en el agua.

–Calder, eso es una tontería. Es tarde y Quinn está lleno de arena. Tendré que bañarlo antes de que se acueste y además hay que limpiar su silla.

–¿Y? Tampoco es que tengas que levantarte temprano para ir a la oficina.

–Pero tú sí.

–¿No sabes que es de mala educación llevarle la contraria a tu jefe?

Interpretó su tímida sonrisa como señal de que al menos había derribado parte de sus barreras.

–Por favor, no me malinterpretes, pero ¿estás lo suficientemente

cuerdo como para proteger a nuestro país?

Por un momento, Calder pensó que hablaba en serio, pero entonces la vio guiñarle un ojo y se echó a reír.

–Casi me lo creo.

–Has de admitir que la idea de meter los pies en el agua suena un poco rara.

–No te digo que te sumerjas del todo. Solo digo que metas los pies en la orilla. Es como un ritual de iniciación.

–Un ritual de iniciación que puede esperar. La comodidad y las necesidades de Quinn son lo primero.

–Por si no te has dado cuenta –dijo él mientras aparcaba en el mismo hueco que habían dejado hacía diez minutos–, Quinn está dormido. No creo que le importe este pequeño retraso.

–En eso tienes razón. Pero ¿es realmente prudente?

Calder se rio.

–¿Acaso importa? Vamos. ¡El último es un huevo podrido!

–¿Quién lleva a Quinn?

–Yo. Así que será mejor que corras.

Pandora se quitó las sandalias y corrió y corrió, riéndose hasta que llegó a la orilla. El agua estaba fría, pero resultó agradable y fue como la confirmación de que su vida iba al fin por el buen camino.

–¿Qué tal? –preguntó Calder desde atrás. Quinn dormía plácidamente contra él.

–De maravilla –admitió ella. Y, sinceramente, si no hubiera tenido que trabajar tanto para llegar a estar allí, quizá no lo hubiera apreciado como el milagro que era. En cuanto recuperase la custodia de Julia, se irían de viaje a la playa.

–Si no te importa que te lo pregunte –preguntó él por encima del rumor de las olas–, ¿cómo es posible que vivas por aquí y nunca hubieras venido a la playa?

–Son cosas que pasan.

La brisa nocturna había enfriado el aire considerablemente.

–Deberíamos volver al coche –dijo.

–¿A qué viene tanta prisa? –preguntó él.

–Hace frío –al principio aquel juego le había parecido excitante, pero ahora se sentía avergonzada. Como si fuese una impostora por estar en aquel lugar tan puro y familiar. Pero ¿lo era? Había trabajado duramente para alcanzar el lugar emocionalmente saludable en el que se encontraba. ¿Acaso eso no contaba para

nada?

Se secó las lágrimas de las mejillas y agradeció que, con la oscuridad, Calder no se diera cuenta.

–¿Estás bien?

–Claro.

–No pasa nada.

–¿Con qué?

–Si la luz de la luna sobre el océano te emociona –estiró la mano hacia ella y le acarició las mejillas húmedas con el pulgar.

Avergonzada, Pandora apartó la mirada.

–Estoy bien. El viento me ha metido arena en los ojos.

–Son los riesgos del entorno –su tono de voz indicó que sabía que estaba mintiendo. Aquello le avergonzó y le hizo desear que Calder nunca supiera lo mucho que había significado para ella aquel momento que habían compartido. Fuese cual fuese su futuro, siempre le asociaría con el momento en que se había dado cuenta de que sus esfuerzos al fin estaban sirviendo para algo. En poco tiempo no solo habría recuperado a su hija, sino también la dignidad.

* * *

Mientras le cambiaba el pañal a Quinn a las cinco y media de la mañana del día siguiente, Calder se sobresaltó al notar a Pandora junto a él. Aparentemente, ella se había sentido igual de incómoda que él con su atuendo la última noche que se habían encontrado. No era que a él le importara contemplar su piel desnuda, pero el pijama de algodón blanco que llevaba en aquel momento era mucho menos seductor.

–¿Qué haces levantada? –le preguntó–. Estábamos intentando no hacer ruido para dejarte dormir.

–Es muy amable por tu parte –respondió ella mientras le pasaba las toallitas–, pero mi trabajo consiste en cuidar de Quinn para que tú puedas descansar más.

–Yo tenía que levantarme de todos modos. Tenemos entrenamiento a primera hora –tras limpiar a su hijo, Calder tiró el pañal sucio a la basura y alcanzó uno limpio.

–Ponle crema en el trasero.

–¿Qué crema?

Pandora le entregó el tubo.

–La última vez que le cambié, me di cuenta de que parecía algo irritado. No es nada grave, pero sí hay que vigilarlo.

–Claro –respondió él mientras abría la crema–. ¿Cuánta?

–Como un dedo.

–¿Compraste esto en la tienda?

–Sí –estaba tan cerca que Calder podía sentir su calor, lo cual no era bueno, teniendo en cuenta que no había sido tan listo como ella y seguía durmiendo solo con los boxers–. ¿Quieres que termine yo para que puedas ducharte?

–¿Estás intentando librarte de mí? –estaba bromeando a medias. Desde la playa, Pandora había estado muy callada. Su intención había sido que la excursión fuese divertida, pero no podía evitar preguntarse qué le habría hecho llorar.

–No –respondió ella con una sonrisa–. Solo intento ser útil.

–Gracias –cuanto más tiempo compartía con Pandora, más confuso se sentía.

Tras vestir a Quinn, Pandora lo tomó en brazos y lo acurrucó contra su pecho.

–¿Tienes algo planeado para este fin de semana? Pensaba que podríamos volver a la playa, pero esta vez hacerlo como es debido. Más voleibol. Sándwiches. Será divertido.

–Eh… –Pandora miró al bebé, después miró hacia la ventana y finalmente al cambiador. A cualquier lugar menos a él–. Suena bien, pero tengo planes.

–Ah –Calder la había colocado en la zona de los amigos. ¿Por qué entonces se sentía decepcionado? No le ocurría con frecuencia, lo cual le hizo desear buscar respuestas. Quería preguntarle qué era más importante que pasar el día con él y con su hijo, pero sabía que no podía.

–¿Lo dejamos para otro momento? Nunca he hecho un picnic, así que… –dejó la frase inacabada y lo miró a los ojos. Interesante. ¿Qué tendría que hacer la niñera el sábado? ¿Habría alguien en su vida?

Capítulo 5

EL MIÉRCOLES por la tarde, se apagaron los ordenadores que había estado utilizando el equipo de Calder para estudiar los últimos modelos de satélites fotointeligentes de Afganistán. Cooper y Heath aprovecharon la oportunidad para echarse una siesta. Calder y Mason acababan de terminar de correr unos kilómetros y se sentaron en un banco a tomar el sol.

–Hace muy buen día –murmuró Mason–. Me recuerda por qué me marché de Alaska.

–Pensé que te habías marchado por Melissa.

–Eso también. Pero principalmente por el tiempo.

–Ah. Me has incordiado tanto con lo de la niñera que ahora te la estoy devolviendo.

–Lo que tú digas –respondió Mason–. Y, hablando del tema, no has dicho nada sobre ella hoy. ¿Va todo bien?

–Supongo que sí. Quinn está bien, la casa está limpia y ella es una excelente cocinera –aun así, seguía sintiéndose dolido por que hubiera rechazado su plan de la playa–. Mira, ni siquiera debería mencionarlo, pero, después del partido de voleibol, descubrí que Pandora nunca había ido a la playa.

–¿Qué?

–Lo sé, es raro. En cualquier caso, quiero pasar más tiempo con el niño, así que pensé que podríamos volver a la playa con él el sábado, pero…

Mason se rio.

–Te ha rechazado, ¿verdad?

Calder apretó los labios y deseó haber mantenido la boca cerrada.

–El señor profesional que nos gritaba por preguntarle si Pandora era una niñera sexy ha roto su propia norma, ¿no es cierto? –continuó Mason sin parar de reírse.

–Olvídalo. Siento haber sacado el tema –se puso en pie y se dirigió hacia el edificio donde se encontraba su clase.

–Oh, venga… –dijo Mason mientras le seguía–. No te enfades.

Estoy seguro de que la niñera tiene una buena excusa para haber rechazado tu cita.

–No era una cita –respondió Calder–. No me gusta en ese sentido. No sería apropiado.

–Puede que no, pero, si está buena y compartís casa, ¿cuál es tu plan para hacer que siga siendo algo platónico?

Calder abrió la puerta de metal y agradeció la corriente de aire frío.

–Déjalo, ¿quieres? No necesito ningún plan porque no va a ocurrir nada.

–Entonces, ¿por qué te molesta tanto que quiera tener una tarde para ella?

Aunque la pregunta de su amigo fuese lógica, Calder no tenía una respuesta. Sospechaba que el verdadero problema se desprendía del hecho de que le daba mucho miedo volver a quedarse solo con su hijo.

Calder se fue directo a casa y encontró a Pandora y a Quinn paseando por la manzana. Aparcó la moto en el garaje y gritó:

–¡Esperad!

Tras cerrar la puerta, se guardó el mando en el bolsillo y corrió hacia ellos.

–Hola –Pandora echó el carro a un lado de la acera para dejarle espacio–. ¿Cómo ha ido el día?

Él se encogió de hombros. Ahora que los había alcanzado, no estaba seguro de por qué se había molestado. Quinn pataleaba y balbuceaba en su carrito. Pandora, que antes sonreía, se había puesto seria al verle llegar.

–¿Ibais al parque?

Ella asintió.

–Allí hay columpios para bebés. ¿Lo sabías? Esos que tienen cinturones de seguridad.

–Nunca me había fijado.

–A Quinn le encantan.

Caminaron las últimas dos manzanas en silencio. Al llegar al parque, a Calder le sorprendió que estuviese lleno.

–¿Siempre hay tanta gente aquí?

–Es un parque. Generalmente hay más –sus miradas de reojo, por no hablar de su expresión tensa, no le gustaban. Y otra vez se

sintió un inepto. Vivía a escasas manzanas de lo que parecía ser una meca familiar y, sin embargo, nunca se le había ocurrido que Quinn y él pudieran ir allí.

–Lo siento. No lo sabía.

–No pasa nada, Calder –Pandora detuvo el carrito frente a un banco solitario–. Ya que estás aquí, ¿quieres montar a Quinn en el columpio?

Calder recordó todas las veces que su hijo gritaba y pataleaba cada vez que intentaba sentarlo en la sillita del coche.

–No, gracias.

Pandora sacó a Quinn del carrito y lo sentó en el columpio de goma. Como si el niño supiera lo que ocurriría después, empezó a reírse alegremente. El tamaño de su sonrisa le llegó al corazón.

Cuando Pandora empezó a empujarle, Quinn comenzó a gritar y a dar palmas. Sus ojos brillaban de alegría. El calor abrasador le obligó a cerrar los ojos un momento y, al mismo tiempo, tragó saliva para intentar aliviar el nudo que sentía en la garganta.

Nunca había visto a Quinn así, verdaderamente feliz. Pero, al hacerlo, algo se activó en su interior. ¿Aquello era parte de lo que significaba ser padre?

–¿Quieres empujarle tú? –le preguntó Pandora echándose a un lado.

–¿Y si le empujo con demasiada fuerza? ¿No se caerá?

–¿En serio?

–Bueno… –Calder tomó aliento–. Cosas más raras se han visto.

Se acercó al columpio y, sin entender por qué, se le aceleró el pulso y empezaron a sudarle las palmas de las manos. Se agachó y empujó ligeramente a su hijo, que empezó a gritar de nuevo.

–¡Se está riendo!

–¿Y pensabas que no lo haría? –preguntó Pandora–. ¿Lo ves? Estás haciéndolo genial. Ahora, cuando yo no esté, podrás traerlo aquí tú solo. Cuando empiece a caminar, le encantarán el puente de cuerdas y el tobogán.

–Ni hablar. Es demasiado peligroso.

Entonces fue Pandora la que se rio.

–Si crees que eso da miedo, espera a que tenga su primera bici.

* * *

Después de otra cena deliciosa, Calder ayudó a Pandora a bañar

y a acostar a Quinn, envió unos emails y después se encontró con ella en el cuarto de la lavadora. Estaba doblando camisetas, y reconoció algunas de las suyas entre las que ya estaban apiladas junto a las de su hijo.

–¿Necesitas ayuda?

–No, gracias. Ya casi he acabado.

–Sabrás que no espero que hagas mi colada.

–No me importa. Además, la ropa blanca de Quinn apenas ocupaba media carga de la lavadora.

–De acuerdo. Bueno… –de pronto no sabía qué decir y se metió las manos en los bolsillos–. Gracias. Eres una mujer muy agradable –¿una mujer muy agradable? ¿Qué tipo de frase era esa?

Ella frunció el ceño, pero se rio.

–Gracias. Creo.

Calder se tapó la cara con las manos.

–Perdona. Ha sonado como si pensara que tienes ochenta años. Obviamente no es así.

–Espero que no –respondió ella, riéndose de nuevo–. Con ochenta años, no sé si tendré la energía necesaria para ir corriendo detrás de tu hijo.

–Bueno, sea cual sea tu edad, te agradezco mucho todo lo que estás haciendo. No solo por Quinn, sino por mí. Eres un ángel.

Pandora se apartó de él y colocó la ropa doblada en una cesta.

–Yo no diría tanto.

El sábado por la mañana, Calder se encontró con Pandora cuando salía de su dormitorio.

–Hueles bien –nada más decirlo, se reprendió a sí mismo nuevamente por no tener nada más inteligente que decir–. ¿Vas a ver a alguien especial?

Quinn estaba sentado en su andador, sonriendo y babeando mientras apretaba la cabeza de una rana de goma.

–Muy especial –¿eran imaginaciones suyas, o sus ojos verdes se habían iluminado más de lo normal?

–¿Cuándo volverás a casa? –desde que Pandora había empezado a cuidar de Quinn, Calder había descuidado un poco sus deberes como padre. Salvo cambiarle el pañal de vez en cuando y jugar con él, en realidad no tenía mucho que hacer con el niño. Probablemente eso no fuese algo bueno, pero así eran las cosas.

Aunque, en su defensa, había llevado a Quinn al parque él solo en dos ocasiones. Incluso le había sentado en el columpio. Tal vez podrían regresar aquel día.

–No creo que llegue más tarde de las cuatro. ¿Te parece bien?

–Claro.

–Gracias –respondió ella mientras se agachaba para darle un beso a Quinn en la coronilla–. Te echaré de menos, cariño.

«¿Y a mí?», se preguntó Calder.

–¿Qué crees que estará haciendo? –le preguntó Cooper mientras arrastraba una patata frita por el guacamole.

En la enorme televisión plana del apartamento, Florida estaba dándole una paliza a Georgia.

–Me da igual –antes de que llegara Quinn, Calder compartía el apartamento con Cooper, con Mason y con Heath. Llevaba en su nueva casa un mes, pero había vivido en aquel lugar con sus amigos durante más de tres años, lo que significaba que aquel piso le parecía más un hogar.

–Si tiene una cita, el tipo no lo ha pensado mucho –dijo Cooper.

–Eso es bueno, ¿no?

–Puede que para ti, pero no para ella. Esa mujer está cuidando de tu hijo. La clave para que Quinn y tú seáis felices es que ella sea feliz.

–Buena observación.

Quinn empezó a ponerse nervioso en su asiento.

Calder le ofreció un biberón, pero eso no ayudó. El niño tenía seco el pañal y rechazó el chupete.

–¿Qué crees que quiere?

–Tómalo en brazos –sugirió Cooper mientras se metía varias patatas en la boca–. Cuando mi hermano era pequeño, muchas veces simplemente quería estar en brazos.

–Tiene sentido –Calder se agachó y levantó a su hijo con un brazo.

–No lo estás haciendo bien –su amigo tomó al bebé en brazos y le echó a un lado–. Así. Tienes que sujetarlo pegado a ti. Que sepa que te importa.

–¿Te importa que te haga una pregunta personal?

–Dispara.

–Ni siquiera sé por dónde empezar –echó la cabeza hacia atrás y

trató de aliviar los músculos del cuello–. Vosotros ya sabéis cómo entró Quinn en mi vida, y creo que aún me cuesta encontrar un vínculo con él. Siento como si debiera conectar con él de manera instintiva, ¿entiendes? Pero, la mayoría de los días, ni siquiera sé lo que quiere comer. No sé cómo ser un buen padre. Mi padre no era muy bueno, precisamente, pero tú vienes de una gran familia, ¿no? Dado que tuviste un padre genial, esperaba que pudieras darme algún consejo.

–Odio ser portador de malas noticias, pero le estás preguntando al hombre equivocado. ¿Mi consejo? –dijo mientras le devolvía a Quinn–. Cómprate un libro de paternidad.

Pandora abrazó con fuerza a su hija y después se apartó para verla mejor.

–Has crecido un poco desde la última vez que te vi.

Julia se rio.

–Mamá Cindy dice que soy su girasol, porque crezco mucho y soy guapa.

–Eres más que guapa –dijo Pandora con un nudo en la garganta–. Eres preciosa.

La trabajadora social que llevaba el caso de Julia estaba sentada en un rincón de aquella habitación azul que pretendía ser alegre, pero Pandora había estado allí muchas veces rezando para que algún día pudiera llevarse a su hija a casa. Había ido a las clases de paternidad que había ordenado el estado. Había demostrado que era capaz de tener un trabajo. Aun así, para el juez no era suficiente. ¿Sería suficiente alguna vez?

–¡Mira lo que he hecho durante las vacaciones! –su hija le mostró con orgullo una torre inclinada hecha con palitos, guijarros y mucho pegamento–. Mamá Cindy dice que es la cosa más bonita que ha visto nunca.

–Tiene razón. Cuéntame qué tal en la playa. ¿Ha sido divertido?

Mientras Julia le contaba lo bien que se lo había pasado saltando las olas y construyendo un castillo de arena con sus juguetes nuevos, Pandora se dio cuenta de la coincidencia de que ambas hubieran pasado su primer día de playa con personas diferentes.

–¿Qué hay ahí? –preguntó Julia, señalando la bolsa de regalo con un lazo rosa en lo alto.

–Vaya, pues no lo sé… –Pandora no pudo evitar abrazarla de nuevo–. Estaba tan interesada en tus aventuras que se me ha olvidado lo que hay dentro.

–No es verdad –respondió Julia riéndose–. ¡Dímelo, dímelo!

–De acuerdo… –Pandora le dio a su hija el regalo–. Pero no sé si te gustará.

–¡Claro que sí! –la niña se puso a dar saltos mientras arrancaba el lazo de la bolsa. Primero sacó una muñeca de Junie B. Jones, después tres de los primeros libros de la serie que contaba las disparatadas historias de guardería de la niña. En parte debido a los errores de Pandora, Julia iba a empezar primer curso, aunque debía estar en segundo–. ¡Es preciosa! ¡Me encanta!

–Estos libros cuentan lo que le sucede en la escuela. Me parecía que sería divertido leerlos juntas. ¿Qué te parece?

Julia asintió.

–Mamá Cindy lee conmigo. Es divertido.

–Me alegro, cariño. Recuerda que los libros son tus amigos –sentada en aquel sofá demasiado rígido, Pandora intentó ver el lado positivo de la situación–. Ven aquí y vamos a descubrir qué le sucede…

Resultó que la trabajadora social era fan de Junie B. y no había oído sus historias desde que su hija era pequeña. Las tres se rieron juntas hasta que llegó la hora de que Julia regresara con sus padres de acogida. Aunque resultó más duro que nunca, Pandora les dio las gracias por ofrecerle a su hija la estabilidad que necesitaba.

Después terminó la visita.

Durante el camino de vuelta a casa de Calder, se permitió llorar. Era mejor hacerlo en privado. Quinn se merecía verla bien, y pasar el resto del día llorando no resolvería los problemas que ella misma se había buscado.

Cuanto más se acercaba a la casa, más se le aceleraba el pulso con la idea de ver al niño.

«¿Y qué me dices de su guapo padre?», se preguntó a sí misma.

Decidió ignorar aquel pensamiento. También quería olvidar las ganas que había tenido de darle un abrazo a Calder aquella mañana al despedirse.

Detuvo el coche en la entrada y apretó el botón del mando a distancia del garaje. Estaba encantada, como si regresar a aquel lugar feliz fuese un regalo para ella. Un regalo que Calder había hecho posible.

Una vez dentro, se dio cuenta de las ganas que tenía de verlos al niño y a él.

Pero no estaban allí.

A pesar de que el coche de Calder no estuviera, Pandora miró en todas partes. Los dormitorios, el salón, el jardín.

Finalmente se sentó en el sofá, se quitó las sandalias, levantó los pies del suelo y se resignó a esperar.

Para cuando Calder llegó a casa, tenía ardor de estómago por comer demasiadas alitas picantes, su equipo había perdido por diez tantos y Quinn estaba llorando. En general no había sido muy buen día. Ver el coche de Pandora en el garaje debería haberle alegrado, pero no fue así.

Se sentía como un estúpido por haberle pedido que fuese con él a la playa.

Encontró a Pandora dormida en el sofá del salón.

Se despertó en un instante y corrió a consolar al bebé.

–¿Qué sucede? –preguntó–. Pobrecito. Parece que tienes el pañal seco. ¿Tiene hambre? –le preguntó entonces a Calder.

–Podría ser –respondió él mientras dejaba caer la bolsa de los pañales en la silla más cercana–. Dios, no lo sé. Ha estado llorando todo el camino. No hace tanto que se tomó el último biberón, pero ya sabes que el tiempo vuela cuando estás viendo un partido.

Ella le dirigió una mirada de incredulidad. Después centró su atención en el niño.

–Vamos a prepararte un poco de leche. Después te sentirás mejor.

Pandora logró no solo sujetar a su hijo, sino preparar un biberón y tararear al mismo tiempo.

En pocos minutos, Quinn casi había terminado el biberón y se le habían cerrado los ojos.

Pandora regresó al sofá del salón y abrazó al bebé mientras tarareaba.

–Te dejé biberones preparados en la nevera –susurró con cierto enfado–. ¿Es que ni siquiera lo has visto?

–Claro. Me los llevé y se los ha tomado todos. Tal vez se los di demasiado pronto y después le ha entrado hambre de nuevo. Dímelo tú –respondió él cruzándose de brazos–. Tú eres la experta.

–Eres imposible –murmuró ella negando con la cabeza.

–Se me dan bien muchas cosas, pero los bebés no son una de ellas. No he firmado nada para verme en esta situación.

–¿En serio? –Pandora lanzó una carcajada irónica–. Noticia de última hora. Cuando decidiste acostarte con la madre de Quinn sin usar protección, básicamente firmaste un contrato de por vida.

–Siento no ser perfecto como tú.

Calder esperaba una respuesta furiosa, pero lo único que obtuvo fue silencio… y después lágrimas.

La siguió cuando fue al cuarto de Quinn a cambiarle el pañal, lavarle los dientes y meterlo en la cuna. Cuando Pandora apagó las luces de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido, contestó al fin.

–Para que lo sepas, soy lo menos perfecta que te puedas imaginar. Buenas noches.

Calder quería decir más cosas; muchas más, pero Pandora se metió en su habitación y cerró la puerta.

–Si quieres mi opinión, déjalo correr.

Mientras Quinn jugaba alegremente con una vaca de peluche que colgaba del asa de su silla, Pandora daba vueltas de un lado a otro del despacho de su amiga.

–Lo sé, pero las palabras de Calder me molestaron. Allí estaba yo, soltándole un sermón por ser un mal padre cuando yo soy la peor de las madres.

Natalie abandonó su escritorio y le dio un abrazo.

–Confía en mí. Hay padres mucho peores que tú. Si no hubiera visto con mis propios ojos lo mucho que te has esforzado por darle la vuelta a tu vida, no me lo habría creído. Eres un claro ejemplo de cómo hacer limonada cuando la vida te da limones.

–¿Lo soy? –Pandora se sentó en una silla y se pasó los dedos por el pelo–. El sábado, mientras estaba con Julia, ella no paraba de hablar de su madre de acogida, Cindy, y a mí me devoraban los celos y tenía ganas de gritar.

–Supongo que no lo hiciste.

–No, pero… ¿y si lo hubiera hecho? ¿Qué es lo que hay dentro de mí que me da ganas de explotar?

Su amiga se sentó junto a ella.

–¿Quizá el hecho de que eres humana?

Fuera, el día estaba nublado. Había habido tormenta, pero en

aquel momento solo caía una ligera llovizna. El aire le recordaba que se acercaba el otoño.

Después de ver a Julia el sábado, se había sentido llena de energía. Al regresar a casa de Calder y encontrarla vacía, se había decepcionado un poco, pero, cuando él había regresado con su hijo, su estado de ánimo había empeorado más aún.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó Natalie.

–Ojalá lo supiera. Calder es mi jefe, nada más. No le debo nada. Solo tengo que cuidar de su hijo.

–No estarás enamorándote de él, ¿verdad?

–No –Pandora se carcajeó–. Eso es ridículo. Apenas lo conozco. Además, lo que hay entre nosotros es estrictamente profesional.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Si lo supiera, no estaría aquí, ¿no?

Natalie apretó los labios y tardó unos segundos en responder.

–Por favor, no me malinterpretes, pero ¿te da miedo que Calder descubra que perdiste a Julia y te despida?

–¿Sinceramente? –preguntó Pandora–. Eso es justo lo que pasa. Es el mejor trabajo que he tenido jamás. Suponiendo que lo mantenga cuando recupere a Julia, me imagino que se lo contaré todo a Calder, pero hasta entonces… –miró por la ventana–. Creo que me gustaría que conociera a mi yo actual, en comparación con la persona que era antes.

Pandora se quedó en el despacho de Natalie más tiempo del esperado. Para cuando regresó a casa de Calder, vio su moto aparcada en el garaje. A pesar de seguir enfadada con él por la discusión de la noche anterior, no le gustaba que hubiese vuelto en moto desde el trabajo bajo la lluvia.

Entró en la cocina con Quinn en brazos y vio a Calder junto a la encimera tomando una taza de café. Iba desnudo de cintura para arriba y llevaba unos pantalones cortos de deporte. Tenía el pelo húmedo.

–¿Por qué no me has llamado? –le preguntó al verlo–. Podría haber pasado a recogerte.

–No importa. Me daba igual mojarme. Además, tampoco es que estuvieras aquí, esperando junto al teléfono –respondió guiñándole un ojo.

Ella dejó las llaves y las bolsas sobre la mesa.

Después se hizo el silencio entre ellos.

–Sobre lo de anoche –dijo él por fin tras dar un trago de café–, yo…

–Te debo una disculpa. El comentario sobre el preservativo fue inapropiado y poco profesional. No volverá a ocurrir. Simplemente me puse nerviosa al ver llorar a Quinn.

–Es comprensible. Sus llantos estuvieron a punto de volverme loco –dijo él con un suspiro–. Yo siento haber dicho que eras perfecta. Pero has de saber que, comparada conmigo, lo eres –le ofreció la mano para que se la estrechara–. ¿Una tregua?

–Claro –cuando le estrechó la mano, todo su cuerpo se estremeció. La atracción que sentía por él no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

–Genial –Calder abrió la nevera–. ¿Qué planes tienes para la cena?

Pandora lo miró, miró a Quinn y después se rio.

–¿Qué te apetece?

–Cualquier cosa que no venga en una bolsa o en una caja. Si te pago un poco más, ¿podría sobornarte para que prepares más pastel de carne? Una hornada doble, para que sobre y se puedan hacer sándwiches.

–No es necesario que me sobornes. Si tenemos todos los ingredientes, será un placer.

¡Su única petición era que Calder abandonase la cocina o se pusiera una camiseta!

Capítulo 6

–¡DATE PRISA, Calder!

–¡Sí, señor! –habían pasado dos semanas desde su pelea con Pandora, y el equipo SEAL de Calder llevaba toda la tarde haciendo prácticas antiterroristas. Debían asegurar el perímetro de una supuesta base terrorista en menos de un minuto. Después de tres horas recorriendo aquel laberinto simulado, habían conseguido bajar el tiempo a un minuto y trece segundos, pero no era suficiente. En una situación real, esos segundos podrían marcar la diferencia entre completar con éxito una misión y regresar a casa hecho pedazos.

Calder recorría el laberinto una y otra vez con su equipo. Aquellos hombres se habían convertido en su familia. Haría cualquier cosa por ellos y sabía que ellos le devolverían el favor.

–¡Cincuenta y siete segundos! ¡Buen trabajo! –su jefe le dio una palmada en la espalda.

Mientras Heath le echaba agua en la cara, Calder se arrodilló. Se alegraba de que hubiera acabado, pero también se sentía orgulloso.

Mientras el resto del equipo terminaba la prueba, ellos dos se sentaron en la base de un falso edificio iraquí.

–¿Qué tal van las cosas con la niñera? –preguntó Heath tras beber un poco más de agua.

–Bien y mal.

–¿Sí? ¿Por qué?

–Por un lado, la casa nunca ha estado tan limpia, siempre tengo la colada hecha y, como habrás notado, me voy a casa siempre después de trabajar para cenar sus deliciosos platos.

–Hasta ahora parece que todo es bueno.

–Aquí es donde se complican las cosas. Le pago para que haga lo básico, pero, cuanto más tiempo está conmigo, más quiero. Verla sin más. Y luego están los encuentros nocturnos, cuando a ella se le olvidan las gafas… –Calder negó con la cabeza y suspiró–. Tengo que recordarme a mí mismo todo el tiempo que es mi empleada. Además, no sé nada sobre ella. Sí, he comprobado sus referencias y

son buenas, pero sigo sin saber dónde se mete algunos sábados.

–¿Se lo has preguntado? –Heath sacó una barrita energética del bolsillo de su manga derecha, rompió el envoltorio y dio un mordisco.

–Claro que no. No es asunto mío.

–Entonces, ¿por qué no haces más que quejarte del tema?

Calder agarró una pequeña piedra del suelo y se la lanzó a su amigo.

El viernes por la mañana, Pandora dio de comer a Quinn y a su padre. Cuando Calder se fue a trabajar, limpió la cocina y el resto de la casa.

No se había olvidado de que Calder le había dicho que pintaría su dormitorio, pero no estaba segura de cómo sacar el tema sin parecer codiciosa. Sería maravilloso tener las paredes del color del sorbete de limón, pero no era ninguna necesidad cuando en una ocasión había pasado de un paso subterráneo en la autopista, a un fumadero de crack y, de ahí, a una celda en la cárcel.

–Parece que hace un día estupendo –le dijo a Quinn cuando terminó sus tareas–. ¿Quieres ir a los columpios?

Quinn sonrió y babeó.

–Interpretaré eso como un «sí».

Cinco minutos más tarde, le había puesto al niño una chaqueta fina y una gorra de béisbol antes de meterlo en el carro.

Salió por el garaje y se sorprendió al descubrir que los vecinos de al lado estaban organizando un rastrillo en su garaje. Había otros dos más a lo largo de la calle.

Durante los primeros meses de su matrimonio, Pandora había ido a muchos rastrillos, empeñada en transformar su casa de alquiler en un hogar, pero entonces su ex se había quedado sin trabajo y había pagado toda su frustración con ella. Normalmente tenía un ojo morado y se sentía demasiado humillada como para salir de casa.

Volvió a entrar en casa de Calder, sacó su cartera del bolso y la guardó en el bolsillo del carrito de Quinn.

El primer rastrillo no le resultó muy interesante. Aparte de media docena de libros que seleccionó para ella, muchas mesas estaban llenas de ropa de bebé, pero solo para niñas. Sí que compró una pila de cuentos ilustrados por un dólar y un espejo electrónico

para que Quinn jugara en la cuna con él. Tenía muchas formas divertidas y, cuando las pulsaba, hacían diversos ruidos. El niño fue jugando con él hasta el siguiente rastrillo.

–Buenos días –le dijo un hombre mayor, uno de los vecinos de Calder.

–Buenos días –respondió Pandora con una cálida sonrisa–. Ha elegido un gran día para un rastrillo.

–No he sido yo. Ha sido mi esposa. Es la presidenta del Comité de Embellecimiento del Barrio. Los beneficios irán destinados a mejorar las flores de la entrada de la urbanización.

–Gracias. Lo tendré en cuenta –al principio, Pandora no vio muchas cosas aparte de copas y herramientas de jardinería, pero entonces encontró un cuadro que quedaría perfecto sobre la chimenea de Calder. En primer plano, el artista había creado un mar embravecido, pero, más allá de las olas, el sol brillaba entre las nubes. La imagen le resultaba evocadora. Sus últimos años habían sido duros, pero en el futuro, cuando pasara la tormenta y Julia y ella estuvieran juntas bajo el sol brillante, todo iría bien.

Junto con el cuadro, también encontró un arreglo floral de seda en un cuenco de porcelana azul. Se lo imaginó sobre la repisa de la chimenea, rodeado de fotos de Quinn y de Calder que había sacado con la cámara de Calder la última vez que habían estado jugando a las construcciones sobre la alfombra del salón. En total se había gastado diez dólares; doce después de encontrar también un bote para galletas en forma de fresa.

Colocó el cuadro sobre la capota del carrito y dejó el resto de las cosas en la red de debajo.

–Creo que será mejor ir a casa a descargar antes de ir al parque –le dijo a Quinn.

–Has comprado el cuadro –le dijo una mujer mayor al acercarse–. Martin y yo lo hemos tenido en casa durante años, pero mi nueva decoradora de interiores dice que tenemos que quitarlo.

–Pues yo debería darle las gracias, porque me encanta.

–Me alegro. Es más fácil deshacerse de él sabiendo que alguien lo disfrutará. Soy Lila, por cierto. ¿No vivís a tres casas de aquí?

–Así es –dijo Pandora antes de presentarse.

–Tu hombre es un placer para la vista –añadió Lila abanicándose con la mano–. Si yo tuviera treinta años menos…

–¡Lo he oído! –exclamó el hombre que debía de ser su marido sentado en una silla en el garaje.

Lila agitó la mano para quitarle importancia.

–¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

–Oh, no somos pareja –contestó Pandora con las mejillas sonrojadas–. Soy la niñera de Quinn.

–Oh. Perdona. He dado por hecho que erais una familia. He de admitir que soy muy anticuada con esto de que las parejas jóvenes se arrejunten en vez de casarse, pero este no es el caso. Dado que es tu jefe, supongo que sería difícil no vivir bajo el mismo techo.

–Sí, es cierto.

Para cuando Lila centró su atención en otro cliente, Pandora había decidido que, en vez de ir al parque, Quinn y ella irían a la ferretería a buscar un cuelga fácil lo suficientemente resistente para aguantar el cuadro.

A las cinco y media, sacó un asado del horno e incluso encendió algunas velas junto a las fotos que había colocado en la repisa de la chimenea. Le gustaban los cambios, pero temía que a Calder no.

Con nervios en el estómago, le preparó la cena a Quinn. Al ver que a las seis Calder aún no había llegado, bañó al niño, jugó un rato con él, le leyó un par de cuentos y le acostó.

Cuando Calder por fin llegó a casa, ella se había acurrucado en un extremo del sofá y estaba inmersa en uno de sus nuevos libros.

–Siento llegar tarde –dijo mientras dejaba el casco de la moto en el armario de la entrada.

¿Habría estado bebiendo en el bar?

–El entrenamiento se ha alargado mucho –añadió bostezando–. ¿Qué huele tan bien? –entró en la habitación y advirtió los cambios que había hecho–. Vaya. Quedan bien las fotos y las velas y todo. Parece algo que haría mi madre.

Aquello hizo que a Pandora se le alegrara el alma.

–Y el cuadro me gusta… ¡Anda! ¿Quiénes son estos dos chicos guapos? –preguntó mientras levantaba la fotografía en la que aparecía con su hijo–. La verdad es que Quinn se parece a mí.

Pandora dejó el libro y se acercó a él.

–¿Es la primera vez que te ves junto a él?

–Sí. Me ha pillado por sorpresa. En mi cabeza sé que es hijo mío, pero no me había parado a pensar que compartiésemos rasgos físicos.

–Cuanto mayor se haga, más similitudes verás. Y también rasgos de la personalidad. Algunos buenos, otros malos. Hacen que te veas a ti mismo de otra manera.

Calder se quedó mirándola.

–Parece como si hablaras por experiencia, pero no tienes hijos, ¿verdad?

¿Qué podía decir? Lo último que deseaba era mentir abiertamente. Por otra parte, no estaba preparada para contarle su historia.

Se limitó a sonreír y dijo:

–Debes de estar hambriento. ¿Por qué no te das una ducha mientras te preparo un plato?

De pie bajo el chorro caliente de la ducha, Calder se dio cuenta de que Pandora no había respondido a su pregunta. ¿Por qué? ¿Estaría siendo un paranoico o podría estar ocultando algo?

Después de ducharse y vestirse, fue a la cocina y encontró la mesa puesta para uno.

Pandora estaba de espaldas a él junto al fregadero con los brazos llenos de espuma.

–¿Está todo lo suficientemente caliente? –preguntó cuando él se sentó a la mesa y dio el primer bocado.

–Está delicioso. Gracias –respondió, después dejó el tenedor en el plato–. Siéntate.

–Lo haría, pero tengo que terminar esto y después ir a ver cómo está Quinn.

–Me has malinterpretado. Tenemos que hablar.

–¿He hecho algo mal? Si no estás contento con mi trabajo…

–¿He dicho yo eso? –«no sé por qué, pero mi instinto me dice que ocultas algo», pensó para sus adentros–. ¿Tienes un hijo?

–Ya has visto mis referencias. Si en algún momento te he hecho dudar de mi capacidad para cuidar de tu hijo, entonces…

–Maldita sea, Pandora –cuando dio un golpe con la palma de la mano sobre la mesa, Pandora no solo dio un respingo, sino que además se le llenaron los ojos de lágrimas–. ¿Qué te pasa? Hay cosas que no encajan. El primer día que estuviste aquí, no tenías móvil ni manera de comprar la comida sin llamarme para pedirme ayuda. El hecho de que vivas en Norfolk y nunca hubieras ido a la playa. Tus dos sábados misteriosos. Lo único que te pido es que seas sincera conmigo. Si no tienes un hijo, ¿te ocurre otra cosa que yo no sepa?

–No –Pandora levantó la barbilla y lo miró con determinación–.

Pero, si no estás contento con los resultados, presentaré mi dimisión por la mañana.

* * *

¿Qué acababa de ocurrir?

Pandora había deseado salir corriendo y cerrar la puerta de su habitación de golpe, pero se había mantenido fría, negándose a tirarlo todo por la borda por un ataque de rabia.

Con gran esfuerzo, salió de la cocina y se fue a su habitación.

El hecho de que Calder notara que no estaba siendo del todo sincera con él le preocupaba, pero no podía olvidarse de que no era su amigo, sino su jefe.

En un mundo perfecto, se lo habría contado todo. Tal vez incluso se mereciese saberlo todo. Pero egoístamente necesitaba aquel trabajo. Fran, la trabajadora social de su caso, le recordaba con demasiada frecuencia lo importante que era demostrarle al juez que era lo suficientemente estable como para mantener un trabajo.

Como Natalie era en realidad su verdadera jefa, y le había dicho que estaba en su derecho a no querer hablar de Julia, eso sería lo que haría, aunque le costara un gran esfuerzo.

No tenía otra opción.

Se le encogió el estómago al oír que llamaban a la puerta.

–¿Sí?

–¿Puedo entrar?

¿Cómo reaccionaría si contestaba que no?

–Claro.

Calder abrió la puerta, pero no cruzó el umbral.

–Probablemente te deba una disculpa, pero no voy a dártela hasta que no me asegures que mi imaginación me está jugando malas pasadas y que tu historia es tan sencilla como la pintas.

–No es necesario que te disculpes –sentada al pie de la cama, Pandora no sabía qué hacer con las manos–. Pero sí necesito que confíes en mí, aunque probablemente no tenga derecho a pedírtelo. Respeta mi deseo de mantener en privado la parte de mi vida que no tiene nada que ver con cuidar de tu hijo.

Calder se frotó la frente con los dedos.

–Me pones en una situación horrible. Sabes que yo no ganaría el premio al padre del año. Pero quiero a la mejor para este trabajo. En cualquier momento podría ocurrir algo y mi equipo tendría que

marcharse a otro lugar. Necesito saber que, si eso ocurre, eres alguien en quien puedo confiar.

–¿Qué es lo que quieres, Calder? Sabes perfectamente que mi experiencia laboral es buena, de lo contrario la agencia de Natalie nunca me habría contratado.

–¿Tienes un hijo?

Pandora se puso en pie, se acercó a la ventana y se quedó mirando el jardín oscuro.

–Dios, eres como un perro detrás de un hueso. Déjalo estar. Déjame tranquila.

Sentía la mirada de Calder clavándosele en la espalda.

Pero entonces se marchó y cerró la puerta tras él. Ella se dejó caer al suelo, agarró un cojín de la cama y se tapó la cara para ahogar las lágrimas que temía que nunca terminasen.

–Qué agradable sorpresa.

Natalie, la directora de la agencia mediante la cual Calder había contratado a Pandora, le recibió en la puerta de su despacho el lunes por la mañana.

–¿En qué puedo ayudarle?

–¿Le importa que nos sentemos? –preguntó él señalando con la cabeza el sofá y la silla que había en un rincón.

Natalie le invitó a pasar y sentarse.

–Espero que la situación con Pandora vaya bien.

–De hecho, por eso estoy aquí.

–Ah.

–No sé qué es, pero hay algo en ella que no me cuadra. Le he hecho un par de preguntas directas con respecto a su pasado y nunca responde. Ayer apenas habló. Mi trabajo consiste en ser paranoico y, en este caso, cuando la mujer en cuestión pasa los días a solas con mi hijo, tengo derecho a preocuparme.

–Por supuesto que lo tiene –Natalie abandonó el sofá para abrir la puerta y llamar a su secretaria–. Anna, ¿podrías por favor traer el informe de referencias de Pandora Moore? –minutos más tarde, tenía las páginas abiertas frente a él–. Como puede ver, Pandora no solo tiene excelentes cartas de recomendación de antiguos clientes, sino que además es amiga personal. Fundé esta agencia hace casi veinte años y me enorgullece decir que nunca han despedido a una de mis empleadas. Son lo mejor que hay. Dicho esto, si Pandora ha

tenido algún comportamiento que le haga estar preocupado por la seguridad de su hijo, entonces…

–No, no. Nada de eso –respondió él–. Ha sido como una bendición. Quinn la adora y yo dependo de ella hasta un punto vergonzoso, pero sé que oculta algo y necesito saber qué es.

Natalie se puso en pie.

–A no ser que esté dispuesto a rellenar una queja formal por su rendimiento laboral, lo siento, pero el informe personal de la señorita Moore es eso… personal.

Capítulo 7

–MADRE mía –dijo Heath tras disparar veinte balas con su M16–. Déjalo ya.

–Pero ¿y si Pandora oculta algo? –el equipo de Calder estaba haciendo prácticas de tiro, pero la lluvia que caía en ráfagas de viento hacía que resultase difícil ver a los blancos móviles. El hecho de que estuviera empapado no ayudaba a que se sintiera mejor. Una parte de él se arrepentía de haber acudido a Natalie, pero otra parte no podía dejar de sospechar.

–¿Se te ha ocurrido pensar que puede haber una razón por la que no quiera hablar de su pasado y que no tenga nada que ver con las horribles razones que tú te estás imaginando, sino con algo más doloroso?

A Calder le llegó el turno de disparar, y tuvo que gastar treinta y ocho balas antes de dar en el blanco.

–Otra cosa… –continuó Heath tras aniquilar a su blanco en tres disparos–. Toda esta energía que estás gastando intentando resolver un misterio que no existe podrías gastarla en conocer mejor a tu hijo. Por lo que has dicho, Quinn es un niño afortunado por tener a Pandora en su vida. En ese sentido, tú también lo eres. No es ninguna mujer de viernes por la noche empeñada en cazar a un SEAL, sino una chica dulce que solo intenta hacer su trabajo.

Durante el resto de la tarde, Calder no solo se concentró en su entrenamiento, sino también en las palabras de Heath.

Su amigo tenía razón.

La lluvia dejó de caer y Calder casi había llegado hasta su moto cuando sonó su móvil. Miró la pantalla y maldijo para sus adentros.

Era su madre.

La quería mucho, pero últimamente, siempre que llamaba era para echarle sermones. Aun así era su madre, así que se obligó a responder al teléfono.

–Hola.

Veinte minutos más tarde, su madre ya le había reprendido por no abandonar la Armada y buscar un trabajo más estable. A él le

entró por un oído y le salió por el otro. Su trabajo era su único amor. Muchos SEAL tenían hijos. Compaginaban su trabajo con ellos como estaba aprendiendo a hacer él. Y eso mismo le dijo a su madre.

–Pero Quinn es un bebé –dijo ella–. Hablas de él como si fuera el perro de un amigo al que te arrepientes de haber accedido a cuidar.

–Estás dramatizando. Quinn y yo nos llevamos bien. Cada vez mejor –le habló de Pandora, aunque omitió lo de sus sospechas.

–Estoy deseando conocerla. Me alegra que Quinn tenga al fin alguien que cuide de él de manera estable.

–Estoy de acuerdo. No quiero cortarte, pero tengo que colgar –añadió él tras varios minutos de cháchara.

–Lo entiendo. Ah, antes de que se me olvide. Harold tiene una conferencia a finales de octubre en Carolina del Norte. El complejo está en las montañas y me ha pedido que vaya con él. ¿Y si venís vosotros tres también?

–Gracias por la invitación, ya te diré algo.

Calder colgó el teléfono sin saber bien qué pensar.

¿Unas vacaciones familiares? Le parecía extraño, teniendo en cuenta que solo dos de los tres estaban emparentados. Por otra parte, se sentía más unido a Pandora de lo que se había sentido a ninguna mujer en mucho tiempo. Una salida de fin de semana sería perfecta para compensarla por su comportamiento y para resolver su misterio.

–Eres muy amable por pensar en nosotros –le dijo Pandora a Lila, que estaba de pie en el porche sacudiendo su paraguas. La vecina a la que le había comprado el cuadro le había llevado un pan de plátano que Pandora estaba deseando probar.

–No me lo agradezcas todavía –la mujer sacó del bolsillo de su impermeable un folleto del Comité de Embellecimiento del Barrio y se lo entregó junto con el pan–. ¿Te importa que pase?

–Perdona, claro. Debes de estar helada –Pandora aceptó el regalo y se echó a un lado para que entrara.

–De hecho, me encanta la lluvia. Crecí en la costa de Oregón. Nos mudamos aquí cuando mi marido, Martin, estaba en la Armada, y nunca volvimos.

Sin saber bien qué decir, Pandora se alegró cuando su vecina vio a Quinn en su andador.

–¡Mira qué monada! –Lila se quitó el impermeable y las botas de lluvia y las dejó en la entrada. Después fue directa hacia el bebé–. Nuestros nietos están en St. Louis. Martin y yo nos hemos planteado mudarnos allí para estar con ellos, pero con el mercado inmobiliario tal y como está…

–Estar lejos de tu familia debe de ser duro –comentó Pandora–. Al menos deberíais intentar poner la casa en venta. Lo peor que puede pasar es que no se venda, pero ¿y si se vende? Entonces volverás a ser abuela a jornada completa.

–Me gusta cómo piensas –dijo Lila mientras le acariciaba el pelo a Quinn–. Y eso me recuerda el motivo de mi visita.

Pandora agitó el folleto.

–Supongo que buscas gente que recoja la basura.

–¿Tanto se me nota? –preguntó Lila riéndose.

–Solo un poco, pero no importa. Me encantaría ayudar.

–Sabía que me habías dado buenas vibraciones –cuando Lila se agachó para ponerle una cara a Quinn, el niño le robó las gafas.

–Lo siento –Pandora se apresuró a recuperar las gafas, que habían encontrado su nuevo hogar en la boca del bebé–. Las gafas son su juguete favorito. Espera un segundo y te las lavaré.

Tras colocar a Quinn de nuevo en su andador, y mientras Lila le hacía pedorretas, Pandora le lavó las gafas y se las devolvió.

–Qué rapidez –Lila señaló las gafas de Pandora–. Supongo que podrías ganarte la vida lavando gafas, ¿verdad?

–Tienes razón.

Tras charlar un rato sobre la lluvia y sobre la próxima reunión del comité el jueves por la mañana, Lila pilló a Pandora con la guardia baja.

–No es por cambiar de tema, pero ¿cómo van las cosas entre el padre de Quinn y tú? Sé que dije que soy anticuada sobre que los jóvenes vivan juntos, pero os he visto a los tres paseando hacia el parque y formáis una familia perfecta.

Pandora tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no fruncir el ceño. Si Lila hubiera visto a la feliz pareja la noche anterior…

* * *

Aunque Pandora había esquivado educadamente el comentario de Lila, habían pasado cuatro horas y era casi la hora de que Calder regresara a casa. No podía negar que estaba nerviosa, pero no por la

anticipación, sino por el miedo.

Al marcharse aquella mañana sin decir una palabra, la tensión era insoportable. Lo que Calder no sabía era que ella ya había llevado ese tipo de vida con su ex y no quería volver a hacerlo.

Al oír por fin la llave de Calder en la puerta, Quinn estaba riéndose mientras veía un DVD del pequeño Einstein y ella estaba sentada doblando una cesta de ropa del bebé.

–Hola, colega –Quinn estaba tumbado sobre su manta favorita frente a la televisión, pero, al ver a su padre, el bebé gateó hacia él–. Vaya, sí que eres rápido.

Lo levantó para darle un abrazo y después se sentó frente a ella en el sofá. Se quedó callado durante varios segundos.

Ella siguió doblando ropa hasta que la tensión entre ellos se hizo tangible.

–Mi padre se ha casado cinco o seis veces –comentó él al fin–. No lo tengo claro. Le han mentido y le han engañado, pero, teniendo en cuenta que se esfuerza al máximo, lo único que siento es pena por él. Cuando tú esquivabas mis preguntas, di por hecho que estabas ocultando algo. Automáticamente mi cerebro se puso en lo peor. Pero esta mañana he ido a la agencia en la que te contraté, he hablado con Natalie y prácticamente me ha mandado a paseo.

–¿Ah, sí?

–Tu amiga me ha dicho que prácticamente pusiste la luna en el cielo. Mientras tanto… –negó con la cabeza–. Durante toda mi vida adulta, lo único a lo que le he sido fiel es a la Armada de los Estados Unidos. Yo…

–Calder, para –Pandora siguió doblando ropa. No se sentía preparada para una confesión profunda. Era su jefe. Punto–. Yo no soy ninguna santa.

–Sí, pero teniendo en cuenta lo bien que estás cuidando de Quinn y también de mí, no creo que lo que haya en tu pasado sea peor que el modo en que yo me he comportado –se quedó mirando por la ventana del salón–. Salvo por mis amigos SEAL, mi política siempre ha sido divertirme sin implicarme demasiado.

–¿Con respecto a las mujeres?

Él asintió.

–Ahora que tengo a Quinn, me he visto obligado a comprometerme. Por mucho que dependamos los dos de ti, eso supone otro compromiso. Para ser alguien que no se compromete… –negó con la cabeza y después le dirigió una sonrisa que le dejó sin

respiración–. Dios, estoy hundiéndome en arenas movedizas y nadie puede salvarme.

–Lo comprendo –Pandora se había visto en la misma situación en muchas ocasiones, salvo que por razones bien distintas. Se sentía culpable por no poder contarle la verdad, pero su silencio se debía a las circunstancias. Era una mujer empeñada en recuperar la custodia de su hija. Sincerarse con aquel hombre no era una opción, por mucho que le apeteciera.

–Gracias por encargarte de los platos, pero podría haberlo hecho yo.

–¿He dicho que no pudieras? –mucho después de haber acostado a Quinn, Calder levantó la mirada de un manual técnico que estaba estudiando. Pandora y Quinn habían ido a dar un paseo al parque después de la cena. Ella había recogido flores silvestres y había utilizado un vaso como jarrón. Las flores estaban ahora sobre la repisa de la chimenea. Eran bonitas, aunque no tan atractivas como Pandora.

–No pretendía que sonara como una queja –dijo ella mientras se sentaba–. Bueno… gracias –se había quitado las gafas y se las había puesto en lo alto de la cabeza. Su sencillez le resultaba intrigante.

–De nada –dejó el manual sobre la mesa del café y se quedó mirándola a los ojos–. Teniendo en cuenta todo lo que haces por Quinn y por mí, quería devolverte el favor.

–Sea cual sea la razón, te lo agradezco.

–¿Tienes algo planeado para este fin de semana? –le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

–¿Quieres que pintemos tu habitación?

–Suena divertido –sus palabras resultaron alentadoras. Su expresión parecía anhelante. Perdida. ¿Sería posible que Pandora ansiara aquel beso tanto como él?

El sábado por la mañana en Lowe’s, frente a los cientos de muestras de pintura amarilla, Pandora apenas podía contener su entusiasmo. Lo único que podría mejorar el momento sería el día en que eligiera los colores para la casa que compartiría con Julia.

–¿Qué te parece? –le preguntó a Quinn, que estaba demasiado ocupado mordiendo un hipopótamo de goma.

–No creo que te sirva de mucha ayuda –respondió Calder, que había ido al otro extremo del pasillo a seleccionar rodillos y brochas.

–No pasa nada. Sé perfectamente el color que quiero.

–Dado que pasas tanto tiempo en la cocina, ¿la quieres amarilla también?

–Si no es demasiada molestia, estaría bien.

–Te olvidas de con quién estás tratando. He sido entrenado para afrontar cualquier situación con soltura.

En qué momento se le ocurrió decirlo.

Cuando llevaban cuatro horas inmersos en su proyecto, Calder tenía más pintura en su cuerpo que en las paredes.

–¿Qué estoy haciendo mal?

Ella se rio.

–No es que yo sea una experta, pero te enfrentas al trabajo… no sé, como si fueras corriendo colina arriba con una bayoneta en vez de con un rodillo.

–Una bayoneta, ¿eh?

–Mira… –le agarró la muñeca sin importarle que, al hacerlo, la palma de la mano se le llenara de pintura–. Así.

Al mostrarle aquel movimiento aparentemente simple, todo su mundo quedó del revés. De pronto Calder estaba detrás de ella, pegado a ella de un modo inocente, aunque peligroso. El movimiento del rodillo le recordó a otras actividades que los hombres y las mujeres hacían a un ritmo similar, y de pronto el calor le parecía insoportable.

Intentó darse la vuelta, pero lo empeoró al mirarlo a la cara y fijarse en sus labios.

–¿Lo estoy haciendo bien?

–Ah… –¿cómo iba a contestar cualquier otra cosa cuando lo único que estaba haciendo era estar allí de pie, irradiando calor y vibraciones eróticas con sus ojos azules?

Oyeron llorar a Quinn a través del monitor.

–Debería… ir a ver cómo está –murmuró aliviada.

–Sí –estaba tan cerca de ella que su aliento le llegó a la nariz. Olía tan bien…

Por un segundo cerró los ojos y se imaginó a qué sabrían sus labios. Después regresó a la realidad.

–El deber me llama –pasó por debajo del brazo de Calder para escapar al cuarto de baño del pasillo, donde se quitó la pintura de

las manos. Al mirarse al espejo vio que tenía las pupilas dilatadas y la piel sonrojada. El tono amarillo de la pintura se había quedado sobre sus pechos al rozarse con el torso de Calder.

Con las mejillas encendidas y los pezones erectos, ansiaba una copa casi tanto como las caricias de Calder.

Esa idea le daba miedo.

Bajó de las nubes y se dirigió hacia el cuarto de Quinn para hacerse cargo de las necesidades del bebé en vez de las suyas.

Capítulo 8

CASI a medianoche, Quinn llevaba largo rato durmiendo y Calder estaba exhausto; no solo por haberse pasado el día pintando, sino por esforzarse por mantener las manos alejadas de la niñera de su hijo.

Estaba sentado en el suelo de la cocina porque Pandora decía que estaba demasiado sucio para sentarse en los muebles, y tenía razón.

Ella se hallaba sentada enfrente, apartando los pimientos verdes de su porción de pizza y dejándolos a un lado en el plato.

–Cuando la he pedido –dijo él–, ¿por qué no me has contado tu aversión al pimiento verde?

–Si a ti te gusta, a mí no me importa quitar los trozos –tras finalizar su tarea, dio el primer bocado y sonrió–. Umm. No me había dado cuenta del hambre que tenía.

–Dejando a un lado los pimientos verdes –dijo Calder tras tomarse su segunda porción–, ¿cuándo fue la última vez que hiciste algo agradable para ti?

–Lo hago todo el tiempo –respondió ella antes de dar un trago a su Coca cola. Él le había ofrecido una cerveza, pero había rechazado la oferta.

–¿Como qué?

–El viernes pasado, Quinn y yo volvimos a ir de rastrillos. Nos lo pasamos muy bien.

–Pero solo compraste cosas para mi casa o para Quinn.

–También compré algunos libros para mí. Y esos dos cojines. Y se me olvidó decirlo, pero conocí a una de las vecinas y me he unido a su club. Quinn y yo somos oficialmente miembros del Comité de Embellecimiento del Barrio.

–Eso parece agradable –respondió él tras terminarse la cerveza.

–Pareces uno de esos programas de por las mañanas en los que llevan a un experto a hablar de lo estresados que estamos, y que las mujeres deberían relajarse dándose baños de espuma o retozando en la playa.

«A mí me gustaría verte retozando… desnuda», pensó él.

Eso le hizo ir a buscar otra cerveza.

–Al menos para mí todo eso son tonterías. Malgasté mucho tiempo haciendo lo que me apetecía con mi vida y me costó muy caro. Puede que suene cursi, pero ahora obtengo más satisfacción haciendo que los demás sean felices.

–Tiene sentido –vaya. ¿La misteriosa Pandora Moore estaba abriéndose a él? Estuvo a punto de preguntarle qué había perdido exactamente, pero se lo pensó mejor.

–Gracias por el color de las paredes –dijo ella mientras quitaba más trozos de pimiento de la pizza–. Cuando limpiemos las manchas y lo coloquemos todo en su sitio, tu casa quedará muy bonita.

–Yo también lo creo. Puede que además sea más acogedora para Quinn.

Ella asintió y se levantó para meter su plato en el lavavajillas. Le tendió una mano para recoger el suyo también.

–Gracias.

–No hay de qué –se quedó mirándolo durante unos segundos–. Debes de estar agotado.

–Confía en mí, he tenido días peores –juntos terminaron de recoger la cena y de limpiarlo todo–. Háblame del club al que os habéis unido Quinn y tú.

–No es gran cosa –Pandora se apoyó contra la encimera y se encogió de hombros–. Solo un grupo agradable que ayuda a mantener limpios el parque y las zonas de entrada principales. Me cae muy bien la mujer que lo dirige. Se llama Lila. Es como una abuela. A Quinn también le cae bien.

–Me alegro. A mi madre no la ve mucho; lo cual me recuerda que estamos invitados a pasar un fin de semana con ella y con mi padrastro en un complejo turístico. ¿Te interesa?

–¿Cuándo? –de pronto volvió a mostrarse esquiva, apartó la mirada y se mordió el labio inferior.

–El tercer fin de semana de octubre.

Lo meditó unos segundos y sonrió.

–Claro.

No debería tener tanta importancia. ¿Por qué entonces había empezado de nuevo a preguntarse qué estaría intentando ocultar?

Después de que Calder se acostara y ella hubiera ido a ver cómo

estaba Quinn, le resultaba imposible dormir. Su habitación olía mucho a pintura, pero le gustaba la novedad.

Podría haberse dicho a sí misma que no podía dormir porque estaba excitada por el inminente viaje, y sería cierto. Al fin y al cabo, nunca había tenido unas auténticas vacaciones.

Pero la verdad que se escondía detrás de su incapacidad para cerrar los ojos era un poco más complicada y se refería a cierto SEAL cuya presencia le aceleraba el pulso.

Nunca se le había dado bien la cháchara, y se había imaginado que pasar el día entero con él sería una agonía. Sin embargo, había resultado sorprendentemente fácil hablar con él. Aunque quizá fuese porque había hablado casi siempre él. Nunca se quedaba sin historias y a ella le encantaba oír hablar de sus viajes.

¿Por qué entonces había tenido que abrir su bocaza durante la cena? «Malgasté mucho tiempo haciendo lo que me apetecía con mi vida y me costó muy caro».

¿Qué habría pensado Calder de aquella frase? Probablemente nada malo. De lo contrario no la habría invitado a conocer a su madre y a su padrastro. Estaba siendo paranoica, pero una persona se volvía así después de pasar un tiempo entre rejas.

A la mañana siguiente, Calder veía como Pandora daba de comer a su hijo cereales con trozos de plátano y arándanos. El bebé había aprendido que los frutos rojos podían aplastarse antes de comerlos. Se carcajeaba cada vez que espachurraba uno en su trona.

Le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de que su hijo había aprendido algo, por pequeño que fuera. No sabía si sería orgullo de padre o el mismo tipo de afecto que sentiría por cualquier bebé de mejillas sonrosadas.

Y luego estaba Pandora. Tenía el pelo aún húmedo después de la ducha y una camiseta que se ceñía en ciertas zonas, y no pudo evitar preguntarse si aquella pequeña escena doméstica sería auténtica. Si se inclinaba hacia su derecha y le tocaba el pecho izquierdo, ¿ella le daría un empujón o se reiría con sensualidad antes de dejarse besar?

Suspiró profundamente.

No podría hacer nada de aquello.

–¿Qué planes tienes para hoy? –preguntó Pandora.

–Creo que, como el pobre Quinn tuvo que quedarse en casa ayer

mientras pintábamos, hoy podríamos hacer algo juntos. Quiero decir si estás disponible.

–Ayer en Lowe's vi que había pensamientos. Si te apetece, podríamos plantar algunos en la entrada. A Quinn le encanta el cajón de arena del parque, así que estoy segura de que disfrutará con la jardinería.

–No es mala idea. Mi madre siempre me pedía que la ayudara en el jardín. Aunque hace años que no hago algo que no sea cortar el césped.

Dos horas más tarde ya habían comprado lo necesario.

El problema fue que, cuando Calder miró a Pandora para que le indicara cómo proceder, ella se sentó sobre las bolsas de mantillo con Quinn en su regazo y ambos se quedaron mirándolo.

–¿Y ahora qué? –preguntó él.

–Lo siento –respondió ella con el ceño fruncido–. En realidad, nunca he hecho algo así. Siempre he querido, pero… –le puso a Quinn la capucha de su sudadera. Empezaba a haber nubes y aquel día de septiembre se había vuelto frío.

–Lo de las flores ha sido idea tuya.

–No puede ser tan difícil –respondió ella con una sonrisa adorable.

–Voy a buscarlo –dijo él sacando su teléfono–. Me siento oficialmente como un idiota, y tú también deberías –al cabo de un minuto añadió–: Es bastante sencillo. Arrancamos las malas hierbas y las plantas muertas. Echamos la tierra nueva y plantamos las flores en el suelo. Si aún nos queda energía, podemos volver a Lowe's a por el abono que el de la tienda quería que comprásemos.

–Tienes razón, me siento como una estúpida –miró entonces a Quinn–. ¿Listo para ponerte a trabajar?

El bebé balbuceó.

Lo sentó en el camino de ladrillo del jardín y el niño empezó a agarrar cualquier cosa verde y a metérsela en la boca.

–Puede que incluir a Quinn en este proyecto no sea tan buena idea.

–¿Qué te parece si, mientras quito las malas hierbas, vosotros dos supervisáis?

Cuando terminó de arrancar las malas hierbas, Quinn y él removieron un poco la tierra con la pala que habían comprado.

–Vamos, colega –le dijo a su hijo–. Remuévela bien.

Quinn gritaba encantado cada vez que golpeaba la pala contra el

suelo.

–Oh, me recuerda a cuando mis hijos eran pequeños –dijo una mujer que debía de rondar la edad de su madre.

–Lila, hola –dijo Pandora poniéndose en pie para darle un abrazo–. Este es el padre de Quinn, Calder.

–Es un placer conocerte al fin.

–Lila es la directora del club de limpieza del que te hablé.

–A mí me parece un vecindario bastante limpio –contestó Calder–. ¿Tanta basura hay como para tener que formar un grupo?

Quinn agarró un poco de tierra y se la llevó a la boca.

–Espera, hijo –tomó al niño por la cintura y se lo sentó en el regazo. Se volvió hacia Pandora–. ¿Crees que tiene hambre?

–Lo que busca son problemas –bromeó ella, agarró al niño y le sacudió la tierra de los pantalones y la camiseta.

–Lo siento –le dijo Calder a Lila–. Parece que, desde que Quinn aterrizó en mi vida, siempre voy un paso por detrás de cualquier estropicio que pueda causar.

–Es lo normal –dijo Lila amablemente–. Y, en respuesta a tu pregunta, te sorprendería lo poco considerada que puede llegar a ser la gente cuando se trata de basura. Pero no solo nos centramos en eso. También embellecemos las entradas, las decoramos para las fiestas y esas cosas.

–Qué bien –Calder no era un gran admirador de las fiestas y no supo qué más decir. Había pasado la última Navidad en Afganistán. No había sido agradable.

–Significa mucho para algunos de nuestros vecinos más mayores, cuyas familias están lejos. Les recuerda a momentos más felices.

–Claro.

–Cuesta creer que vosotros tres no seáis una familia. Se os ve muy bien juntos.

–Sí, bueno… –Calder señaló el trabajo que tenía a medio hacer y después miró hacia el cielo–. Debería terminar con esto. Parece que va a llover.

–Por supuesto –Lila le dio otro abrazo a Pandora y le dijo que se pasara a tomar café en algún momento.

–Lo siento –dijo Pandora cuando la mujer se marchó–. No pretendía involucrarte en mi club.

–No pasa nada. Parece una mujer agradable.

–Lo es. Pero sé que a la mayoría de los hombres no les interesa ese tipo de cosas.

–Por si no te has dado cuenta, yo no soy la mayoría de los hombres. Supongo que te sentirás sola estando aquí todo el día con Quinn. Me alegro de que hayas hecho una amiga.

–¿De verdad?

–Sí. De verdad –la miró y fingió no darse cuenta del brillo de sus ojos verdes. Le costó un gran trabajo no preguntarle directamente por su pasado. En vez de eso, se dio cuenta de que, independientemente de lo que Natalie le hubiese dicho, por pura curiosidad necesitaba saber qué le había pasado a Pandora.

El miércoles, Pandora limpió la casa para una de las inspecciones regulares de Natalie. Aunque no tenía nada por lo que estar nerviosa, tuvo especial cuidado a la hora de limpiar las salpicaduras de la parte trasera del fregadero.

–Quinn –le dijo al bebé–, ¿crees que con toda esta limpieza tu padre querrá que me quede mucho tiempo?

El niño balbuceó desde su andador.

–¿Sí? ¡Fantástico! –se puso en cuclillas a su lado y le dio un beso en la mejilla.

Para cuando llegó su amiga, la casa estaba resplandeciente y olía al pan de limón con semillas de amapola que acababa de hornear.

–Vaya –dijo Natalie al ver la cocina–. Me encanta el color. ¿Fue idea tuya o de Calder?

–Sorprendentemente, la idea de pintar fue de Calder, pero me dejó escoger el color, lo cual me pareció muy amable. Dado que las ventanas son de tamaño estándar, tengo que mirar visillos. Aunque siempre he pensado que sería divertido aprender a coser. Me pregunto si en la tienda de segunda mano tendrán máquinas de coser.

–Umm –murmuró Natalie mientras apartaba una silla de la mesa de la cocina.

–¿Qué sucede? –preguntó Pandora.

–Hablas como un ama de casa. Llevo mucho tiempo en este trabajo y estoy segura de que esta es la casa más limpia que he visto –explicó su amiga antes de dar un mordisco al trozo de pan de limón que Pandora le había servido.

–¿Y? ¿Qué quieres decir?

–No quiero que te hagan daño. Me da miedo que te estés encariñando con Calder y con su hijo. Esto es un trabajo, no es tu

vida. Tienes que pensar en Julia.

–Decir eso es horrible. Yo más que nadie sé cuál es mi lugar en esta casa. Y sé perfectamente que mi única prioridad es mi hija.

–No pretendía ser cruel –cuando Natalie le cubrió la mano, Pandora la apartó.

–Puede que no lo pretendieras, pero lo has hecho –Pandora se apartó de la mesa y fue a por Quinn para recordarse a sí misma que él era la razón por la que se esforzaba tanto en hacer de aquella casa un hogar.

–Lo siento –dijo su amiga con sinceridad, pero ella no podía dejar de sentirse herida. No por lo que Natalie había dicho, sino porque sabía que su amiga tenía razón, aunque no quisiera admitirlo. Aunque Julia fuese su primera prioridad, no podía seguir negando que Quinn y su padre eran la segunda.

–No pasa nada –regresó a la mesa, apoyó los codos en ella y se llevó las manos a la cara–. A veces me asusta lo mucho que me conoces. Sí que me gusta Calder… mucho. Pero te juro que no ha ocurrido nada.

–No he pensado ni por un minuto que fuese así, pero ¿sabes qué es lo que me hace gracia? Que casi me gustaría que hubiera ocurrido. Calder es un buen hombre. Parece algo alterado por haberse encontrado con un hijo de la noche a la mañana, pero ¿a quién no le pasaría?

–Muérdete la lengua. Pero tienes razón. Supongo que estaba intentando hacer que este lugar fuese más acogedor de lo que debería, pero, Nat, teniendo en cuenta los lugares en los que he estado, ¿tan malo es? La cárcel fue una pesadilla. El centro de rehabilitación no fue mucho mejor. Cada día aquí es un sueño. Calder es… Bueno, se está convirtiendo en un amigo. Además de ti, no tengo muchos amigos.

–Eso me entristece.

–Hasta ahora, no me los merecía –pero, en los casi dos meses que llevaba cuidando de Quinn, se sentía transformada–. Pero eso está cambiando. He entablado relación con una vecina muy amable, y en dos semanas conoceré a la madre y al padrastro de Calder.

–¿Vienen de visita? –preguntó Natalie mientras se servía más pan.

–Vamos a ir con ellos a un complejo turístico de Carolina del Norte.

–¿Como si os fuerais juntos de vacaciones los tres?

–Supongo que podría decirse así –respondió Pandora con una sonrisa–. Aunque seguiré trabajando.

–Por supuesto –el exagerado asentimiento de cabeza de Natalie hizo que su sonrisa resultara más sospechosa.

–¿Crees que no? –preguntó Pandora.

–Oh, no me cabe duda de que seguirás haciendo un gran trabajo con Quinn, pero me intriga más todo ese tiempo a solas que pasarás con su padre.

–¿Sabes?, siendo mi jefa, no deberías alentarme como aparentemente estás haciendo.

–Por desgracia, sí. Y por eso ahora tendré que caminar para bajar los dos trozos de tu esponjoso pan de limón que me he comido para calmar mi culpabilidad.

¿Culpabilidad? Natalie no sabía lo que significaba eso.

Pandora temía que el viaje pusiera a prueba sus esfuerzos por mantener una relación estrictamente profesional con Calder.

Su hijo y él estaban convirtiéndose en sus nuevas drogas. Para una exadicta, eso no era algo bueno.

Capítulo 9

EL LUNES por la tarde, Calder recibió el aviso de que su equipo tendría que salir aquella noche hacia Somalia. Tenía dos horas libres antes de regresar a la base y, en el pasado, antes de saber de la existencia de Quinn, se mostraba encantado con cualquier nueva operación. Pero actualmente se sentía más bien resignado. Con suerte sería una misión fugaz y sin complicaciones.

Le parecía egoísta, pero deseaba estar en casa especialmente antes del viaje a Carolina del Norte.

Cuanto más tiempo pasaba con Pandora, más curiosidad sentía.

–¡Hola! –la sonrisa con la que Pandora le recibió cuando se bajó de la moto y se quitó el casco hizo que su duro caparazón de SEAL se hiciera pedazos. Estaba descalza en el césped de la parte delantera, sujetándole las manos a Quinn mientras intentaba perfeccionar sus pasos–. ¡Mira, Quinn! ¡Papá está en casa!

Las risas de su hijo le provocaron un nudo en la garganta.

Cuando Pandora se lo acercó, lo levantó para darle un abrazo. Echaría de menos a Quinn, así como a la niñera, cuando se marchara a su misión.

–¿Recuerdas que te dije que a veces tengo que marcharme sin previo aviso?

Ella asintió.

–Pero volverás pronto a casa, ¿verdad?

–Claro.

–De acuerdo, entonces… –tomó aliento y sonrió–. ¿Necesitas ayuda para hacer la maleta? Acabo de hacer la colada, así que…

–Gracias, pero no pasa nada. No es un viaje en el que se haga la típica maleta. Mi equipamiento está en la base –le acarició el pelo a Quinn–. Simplemente quería ver al pequeñín –«y a ti», pensó–. Y decirte que me iba. Asegurarme de que tengas suficiente dinero y esas cosas.

–Hay suficiente en la cuenta de gastos.

–Bien. Ingresaré más. Y Quinn y tú salid a divertiros de vez en cuando, ¿de acuerdo?

–Claro…

Había más cosas que deseaba decir, pero no sabía cómo. Ni si sería apropiado. Quería darle las gracias por todo lo que había hecho por ellos. Por lo que haría al darle tranquilidad mientras estuviera fuera.

–Mira… –miró hacia abajo y le dio una patada a una piedra que había en el suelo–. No hay una manera sencilla de decir esto, así que será mejor decirlo directamente. Si ocurre algo y no…

–Para –dijo ella–. No te pasará nada.

–Sí, pero si pasara…

Ella se llevó las manos a las orejas y negó con la cabeza.

Calder dejó a Quinn en la hierba, le agarró las muñecas a Pandora y tiró de sus manos. Deslizar los dedos entre los suyos resultó algo tan íntimo como si la hubiera penetrado. Le apretó las manos y deseó besarla, pero se contuvo. Ella le veía como a su jefe… y así debía ser.

–De acuerdo, escucha –comenzó de nuevo–. Si me ocurriera algo, mi madre tiene toda la documentación necesaria para que Quinn esté legalmente a salvo. Su número está en la agenda que tengo en el cajón que hay debajo del teléfono de la cocina.

Ella tragó saliva y asintió.

–Espero estar de vuelta antes del viaje a Carolina del Norte. Quiero que conozcas a mi madre. Creo que os haréis amigas.

–Me… encantaría.

Durante la conversación, Quinn había llegado gateando hasta la acera. Cuando Pandora le soltó las manos para ir tras él, Calder se sintió incompleto por un momento. Pandora y él no eran más que jefe y empleada, ¿por qué entonces se sentía como si estuviera abandonando no solo a su hijo, sino también a una mujer que podría enseñarle algún día que el compromiso no tenía por qué ser tan malo?

–Gracias –le dijo Pandora a Lila, que acababa de llevarle la cuarta hornada de galletas en dos semanas. Abrió la puerta de la entrada para dejar pasar a su amiga–. Quinn y yo agradecemos tu repostería, pero sabes que no tienes que seguir trayéndonos dulces.

–Claro que lo sé –Lila fue directa hacia Quinn, que estaba sentado en el suelo jugando con sus construcciones–. Pero, mientras Calder esté fuera luchando por nuestro país, lo mínimo que puedo

hacer es cocinar para su familia.

–Yo no soy su familia –dijo Pandora por enésima vez.

–Puede que no técnicamente, pero ¿nunca has oído eso de que hay familias en las que nacemos y luego están las familias que elegimos?

–Sí, bueno, pero… –dejó la frase inacabada porque se dio cuenta de que lo que Lila decía era cierto. Claro, Julia seguía siendo su mundo, pero, desde que aceptara aquel trabajo, su mundo se había expandido y había florecido. Quinn significaba mucho para ella y, por mucho que quisiera negar que sintiese algo especial por su padre, cada noche, cuando rezaba por que su equipo y él estuvieran a salvo, no podía evitar recordar el día en que le había estrechado las manos.

¿Habría sido un simple gesto inocente? No estaba segura.

Lo único que sabía era que, de pie en el jardín, con el sol acariciando su rostro, había deseado que Calder la besara.

Para cuando llegó su siguiente visita a Julia, Calder seguía fuera. Podría haberle pedido a Natalie que cuidara de Quinn por ella, pero se imaginó que a su hija le gustaría poder jugar con un bebé de verdad, así que se lo llevó consigo.

–Es tan mono… –dijo su hija. Julia estaba sentada en un rincón del sofá de la sala de visitas, sujetando a Quinn en su regazo–. Me encanta su tripita.

–A mí también.

–¡Mamá Cindy va a tener un bebé!

–¿De verdad? –Pandora sintió un nudo en el estómago. Aunque no le gustaba pensar en ello, le preocupaba qué ocurriría si Julia prefiriese quedarse con mamá Cindy–. Qué bien.

–Cuando viva otra vez contigo, ¿nos quedaremos con Quinn?

–No, cariño –sus preocupaciones desaparecieron y dejaron paso a la anticipación por el día en que por fin se llevase a Julia a casa–. No podemos quedarnos con Quinn, pero, mientras trabaje para su padre, podremos jugar con él todo lo que queramos.

–Qué bien.

–Claro que sí –acarició uno de los rizos rubios de Julia. Le estaba creciendo mucho el pelo. Durante las pocas noches que había pasado sobria, le gustaba cepillárselo mientras le cantaba nanas y soñaba con una vida mejor para las dos–. ¿Has decidido de qué te

disfrazarás en Halloween?

–¡De princesa o de zombi!

–Oh. ¿Un zombi no dará mucho miedo?

–Probablemente. Pero Brent, de mi clase, dice que un disfraz que no dé miedo es estúpido. ¿Tú también lo crees?

–Yo creo que es importante que escojas un disfraz con el que te sientas muy cómoda y que te guste llevar. Si, cada vez que te miras al espejo, te asustas, entonces no me parece muy divertido, ¿no?

Julia se rio.

–Mamá.

–¿Sí? –oír a su hija llamarla así era como estar en el paraíso.

–¿Podrías leer un poco más del libro que empezamos en la última visita?

–Me encantaría –Pandora sacó el libro de su bolso y lo abrió por la página donde lo habían dejado.

Pasó otra semana sin que Calder regresara.

Pandora se entretuvo dando paseos con Quinn y aprendiendo a coser con la vieja Singer que había encontrado por diez dólares en un rastrillo. Hasta el momento había hecho visillos para la cocina y una mantita de colores para Quinn. Algún día le gustaría hacerle ropa a Julia, pero primero necesitaría mucha más práctica.

Lila y Natalie se pasaban con frecuencia por la casa y, aunque a veces se sentía sola por las noches, se esforzaba por cuidar bien de Quinn y no pensar en el hecho de que su padre probablemente estuviera en constante peligro.

Un miércoles por la noche, mientras troceaba zanahorias para prepararle la cena a Quinn, sonó el teléfono.

No sonaba muy a menudo, así que se sobresaltó con el ruido y Quinn empezó a llorar.

–Pobrecito. Tranquilo –antes de responder, lo levantó del suelo y lo tomó en brazos–. ¿Sí?

–Hola. ¿Pandora?

–¿Sí? –la mujer del otro lado de la línea le resultaba familiar.

–Soy Patricia. Nos conocimos en el partido de voleibol de los chicos.

–Ah, sí. ¿Qué tal?

–Muy bien. Ahora que Heath y yo estamos oficialmente prometidos, estoy en el círculo de las futuras esposas. Sé que Calder

y tú no sois pareja ni nada, pero supongo que te gustará saber que los chicos regresan mañana por la tarde.

–¡Eso es fantástico! –Pandora ni siquiera se molestó en disimular su entusiasmo–. Muchas gracias por llamar.

–De nada –contestó Patricia riéndose–. Disfruta del resto de la noche.

Pandora colgó el teléfono y cerró los ojos.

–¿Lo has oído, cariño? –le preguntó a Quinn haciéndole cosquillas en la tripa–. Tu papá vuelve a casa.

* * *

Calder creía que su oficial no terminaría nunca con el informe del viaje. Pero finalmente acabó y pudo irse. En otra ocasión, se habría ido al bar con sus amigos solteros, pero, en vez de eso, le pidió a Heath que le llevase directo a casa.

Su amigo le dejó en la acera y se despidió apresuradamente, pues estaba ansioso por reencontrarse con Patricia.

Con el petate al hombro, Calder cruzó el jardín y subió los escalones del porche a toda velocidad. Estaba deseando abrazar a su hijo.

¿Y a Pandora?

No tuvo que esperar mucho para averiguarlo. Debía de estar al corriente de su llegada, porque salió por la puerta con Quinn en brazos.

–¡Hola! ¡Te hemos echado de menos!

–No tanto como yo –respondió él dejando caer el petate para tomar a su hijo en brazos–. Y este hombretón parece que ha crecido mucho.

–¿Qué tal ha ido?

Calder hizo una mueca.

–Lo siento –dijo ella–. Qué pregunta más tonta.

–No. No diría que las anteriores misiones fueran agradables y, aunque esta haya sido relativamente corta, se me ha hecho más larga que los quince meses que pasé en Irak.

–Eso es mucho tiempo.

–Pues sí.

–Patricia me dijo que llegarías hoy, así que, si tienes hambre, te he preparado tus platos favoritos –señaló hacia la puerta con una sonrisa que le produjo un vuelco en el estómago. Se mentiría a sí

mismo si dijera que no había pasado cada segundo que no estaba en activo pensando en Quinn y en ella.

–No tenías por qué hacerlo.

–Lo sé. Pero quería –tiró de su manga para que entrara–. Vamos. Quinn y yo hemos decorado un poco.

Calder la siguió e intentó no fijarse en el bamboleo de sus caderas. Al levantar la mirada, le sorprendió ver que su salón se había convertido en el típico escenario patriótico de vuelta a casa que generalmente tenía lugar en el aeropuerto cuando regresaban las unidades de la Guardia Nacional. Los SEAL actuaban con menos fanfarria. Pero aquello…

–Quinn –dijo mirando a Pandora–, ¿has hecho tú todo esto?

–Claro que sí –respondió ella guiñándole un ojo–. Aunque tuvo que sentarse sobre unas cuantas guías de teléfono para ver por encima del volante cuando fue a la tienda a comprar las cosas.

–Esto es… –no tenía palabras para describir lo especial que se sentía al ver los globos y los banderines azules, blancos y rojos, así como una pancarta gigante en la que se leía *¡Bienvenido a casa, papi!* Era como si de pronto se hubiera convertido en parte de una familia sin saberlo–. Esto es realmente genial.

Al sentir de nuevo el nudo en la garganta, hizo lo que había querido hacer nada más verla, y le dio a Pandora un abrazo. Con Quinn entre ellos, el gesto no tuvo nada de sexy, pero resultó agradable de igual modo.

–Me alegra que te guste –cuando se apartó, Pandora tenía los ojos brillantes–. Quinn y yo nos lo hemos pasado bien. Él ha hecho todas las huellas de manos que decoran el borde de la pancarta.

–Estoy impresionado. Parece que tenemos a un artista entre manos –«tenemos». En cuanto se refirió a Pandora y a él en plural, Calder supo que el tiempo que había pasado pensando en ella mientras estaba en Somalia era por una razón. Había empezado a pensar en Pandora como una parte integral de su vida, no solo de la de su hijo.

Se sintiese preparado o no para el compromiso, algo estaba ocurriendo y escapaba a su control. Por primera vez en su vida, le importaba una mujer.

Después de cenar temprano, llevar a Quinn al parque y meterlo en la cuna, Calder no recordaba haberse sentido nunca tan tranquilo.

–Ayúdame con una cosa –le dijo a Pandora cuando ambos se

habían acomodado en el salón frente al fuego.

–Lo que quieras.

–Esto va a parecer una locura, pero escúchame –se inclinó hacia delante en el sofá y apoyó los codos en las rodillas–. Cuando nos conocimos, pensaba en ti como la niñera de Quinn y nada más. No quería nada más en la vida que ganar algunas batallas en nombre de los buenos, salir de fiesta los viernes y los sábados por la noche y ya está. Pero ¿ahora? No sé… –se pasó los dedos por el pelo–. Puedes demandarme si esto te parece inapropiado, pero… –levantó la cabeza y vio que ella estaba mirándolo.

–¿Sí?

–Me gustas, Pandora.

–Tú también me gustas –contestó ella tras humedecerse los labios–. Pero no puedo. Quiero decir que no debería. No estaría bien.

–¿Puedo preguntarte por qué?

Ella se limitó a sonreír, como si ya hubiera estado en ese punto y no estuviese segura de querer seguir hacia delante.

Pero para él era la primera vez. Él no se comprometía. Ahora se encontraba en un territorio desconocido y no le gustaba.

–Lo siento –agregó poniéndose en pie–. No debería haberlo dicho.

Ella también se levantó. Se acercó a él, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla contra su pecho.

–Me gustas mucho. Pero hay cosas sobre mi pasado que debes saber.

Una parte de él deseaba saberlo todo sobre ella. Su parte más racional le decía que se apartara. Nunca había tenido una novia y no estaba interesado en casarse. ¿Qué significaba eso?

Le colocó las manos en la parte superior de los brazos y la apartó ligeramente, lo suficiente como para besarla por fin. Casi había rozado los labios con los suyos, pero de pronto la soltó para darse la vuelta.

–Perdona. Tienes razón. Yo tampoco puedo hacerlo.

Capítulo 10

PANDORA sintió las lágrimas en la garganta. No se había dado cuenta de lo mucho que deseaba que la besara hasta que Calder hizo aquello y la dejó confusa. En unos años, tal vez seis meses, recuperaría a Julia y todo cambiaría.

–Perdona. Siento haberte estropeado la noche.

–Entonces, ¿por qué me miras así? Como si no pudieras soportar mirarme a la cara.

–Creo que le das demasiada importancia. Estoy reorganizándome. Intentando mantener las distancias. Lo que debería hacer un jefe normal –había vuelto a acercarse. Lo suficiente como para que su aliento le acariciara el labio inferior.

–¿Y si ahora mismo necesito que seas más que un jefe?

Él soltó un gemido antes de rodearle la cara con las manos.

–¿Tienes idea de lo que me provocas?

El sentimiento era mutuo.

Cuando Pandora rozó sus labios con los de él, cerró los ojos. Cuando él le devolvió el beso con una exquisita presión, le dieron ganas de llorar de alivio. Con el pulso acelerado, le colocó las manos en el torso y le sorprendió darse cuenta de que a él también se le había desbocado el corazón.

Siguió besándola y sus lenguas se enredaron.

–Maldita sea… –murmuró él cuando pararon para tomar aire.

Cuando la soltó, Pandora perdió el equilibrio, pero él estaba allí, con las manos en sus brazos para estabilizarla. Pero en realidad Calder no sabía la estabilidad que le había proporcionado. Desde que aceptara aquel trabajo, todo le parecía nuevo y brillante. Pronto recuperaría a su hija y tal vez incluso pudiera tener una relación con un hombre que no gritara ni pegara. Todo aquello estaba haciéndose realidad.

Su conciencia no le permitiría arriesgarse a perderlo todo por un tecnicismo, así que dijo:

–Quiero que sepas que… antes era alcohólica. Mi padre pegaba a mi madre y yo entré en el mismo círculo. Una noche me dejé las

luces de nuestro coche encendidas y, cuando la batería se agotó, mi marido me golpeó con tanta fuerza que me pasé tres días en coma. Yo mejoré y él fue a prisión, pero por entonces estaba ya muy mal. Me costaba seguir con mi vida y el alcohol me hacía olvidar la presión constante de las facturas médicas y el alquiler. La bebida era mi única amiga. Tomé decisiones horribles… hice cosas de las que siempre me arrepentiré. Pero ahora estoy mejor. Has de saber que deseo con todas mis fuerzas recuperarme y que esta nueva vida salga bien.

Se asustó cuando Calder dio un paso atrás.

–¿Cuánto hace que no bebes?

–Tres años –también necesitaba contarle lo de Julia, pero el riesgo era demasiado alto. De todos sus secretos, Julia era el que más apreciaba. Por mucho que adorase a Quinn y a su padre, perderlos al menos sería soportable. Pero perder la custodia de Julia de manera permanente era inimaginable–. Y por eso a veces me siento avergonzada y otras orgullosa. He trabajado muy duro para convertirme en la mujer que soy hoy. Aunque no me aceptes, yo…

A lo largo de su discurso, había logrado contener las lágrimas, pero, cuando Calder se acercó y la rodeó con sus brazos, no pudo aguantar más y se derrumbó.

Él la abrazó hasta que se calmó.

–¿Estás en Alcohólicos Anónimos? –le preguntó entonces.

–Sí. Hace tiempo que siento que no necesito reuniones regularmente.

–¿Natalie lo sabe?

–Sí. Le doy las gracias a ella, y a algunas otras personas, por haberme salvado. Me dio una segunda oportunidad y no la decepcionaré. Fui conserje en su guardería durante un año antes de que me dejara trabajar con niños. Luego estuve dos años en cuidados infantiles a jornada parcial y cuidando niños después de clase. Hasta entonces ni siquiera me permitía pensar en solicitar un trabajo como el tuyo.

–No sé qué decir. Por un lado, eres increíble con Quinn. Por otro…

–Lo sé –Pandora agachó la cabeza y se llevó las manos a la cara–. Pero si esto que hay entre nosotros no hubiera surgido, no importaría lo que acabo de contarte. Aunque sea mi amiga, Natalie se pasa por aquí al menos una vez por semana para comprobar que todo vaya bien. Cuando te digo que no pienso volver a mi antigua

vida, hablo en serio.

–Te lo agradezco –dijo él sin mirarla a los ojos–. Pero has de entender que esta noticia es… bueno, digamos que sospechaba que pudieras haber sido maltratada, pero el resto…

–Si quieres que me marche, lo haré.

Tras lo que le pareció una eternidad, Calder volvió a rodearla con los brazos y le dio un beso en la coronilla.

–Teniendo en cuenta cómo entró mi propio hijo en mi vida, soy la última persona que te debería juzgar.

–Gracias.

Calder le echó la cabeza hacia atrás para obligarla a mirarlo.

–Yo debería darte las gracias. Has hecho que me replantee todo el concepto de familia.

–¿Sí? –preguntó ella con lágrimas de alegría.

–Sí. Contigo –contestó él antes de darle un beso en la nariz– puede que no esté tan mal.

–¿Qué tal van las cosas con la niñera?

–¿Eh? –Calder estaba tan absorto pensando en el tema que se había olvidado de que Mason se hallaba en el coche. Como estaba lloviendo, y Pandora le había dicho que Quinn y ella no irían a ninguna parte, se había llevado el coche en vez de la moto. Mason y él se dirigían a comer. Aunque hacía casi una semana desde la confesión de Pandora, y aunque la vida con Quinn y con ella fuese casi idílica, no podía quitarse su antigua adicción de la cabeza.

–¿La niñera? Por favor, dime que tuviste un recibimiento ardiente. El mío fue una mierda. Heath se dejó la mortadela y la mayonesa en la encimera. Olía a muerto.

–El mío estuvo bien –había sido maravilloso. Pandora había quitado los globos, pero la pancarta seguía colgada. Cada vez que pasaba por debajo, el papel le daba en la cabeza, pero no se quejaba.

–¿Sí? ¿La niñera te hizo algo especial? ¿Te preparó su pastel de carne y lo sirvió llevando solo el delantal y las gafas?

Calder se detuvo en un semáforo y miró a su amigo con odio.

–¿Recuerdas la conversación que tuvimos sobre respetar a mi niñera?

–Claro, pero tienes que dejar que me divierta un poco. Si tú no estás saliendo con ella, tal vez Cooper o yo queramos intentarlo.

–Está pillada –Calder apretó el acelerador cuando el semáforo se puso en verde.

–Me dejas destrozado –respondió Mason llevándose las manos al corazón–. ¿Cuánto tiempo hace que me lo estás ocultando?

–No mucho. Y no hay nada oficial. Pero la besé. Pero entonces… las cosas se complicaron.

–¿Es mala en la cama?

–¿Estás hablando en serio?

–¿Qué? Estoy pasando una época de sequía. Desde que volvimos, no hago más que pensar en el sexo.

–Demasiada información, tío –respondió Calder negando con la cabeza–. Pandora me dijo que antes era alcohólica.

–¿Y?

–¿No te parece importante? –preguntó Calder al detenerse en otro semáforo antes de llegar a su restaurante chino favorito.

–Bueno, sí, pero ¿la has visto beber?

–No.

–Entonces, ¿cuál es el problema? No quiero restarle importancia, pero mi viejo pasó una mala época cuando yo era pequeño. Mi madre murió y… –se quedó mirando por la ventanilla como si estuviera recordando una época que prefiriese olvidar–. Digamos que ambos lo pasamos mal. Mis abuelos intervinieron y le convencieron para pedir ayuda. No ha vuelto a beber desde entonces. Es todo lo que podía esperar de un padre.

–Es un alivio. Pandora es asombrosa, pero el alcoholismo es una de esas cosas de las que oyes hablar en televisión, pero, a no ser que tengas experiencia en primera persona… –murmuró mientras aparcaba en el estacionamiento del restaurante–. No estaba seguro de qué pensar.

–¿Mi consejo? Relájate y disfruta del viaje.

–No sé qué llevar –el miércoles por la noche, Pandora estaba contemplando el escaso contenido de su armario. Entonces miró a Quinn y a su padre. Calder estaba sentado al pie de su cama con el bebé en su regazo. A pesar de su acalorado primer beso, ambos habían acordado tomarse las cosas con calma.

Tenían un viaje en coche de siete horas hasta el complejo donde se reunirían con su familia, así que se había tomado el viernes libre, así como la semana siguiente entera.

–¿Cuándo fuiste de compras por última vez?

–No me acuerdo. Lo compro casi todo en tiendas de segunda mano. Hay auténticas gangas, solo tienes que buscar un poco.

–Aunque aplaudimos tu sobriedad –dijo él aplaudiendo con las manos de Quinn–, cuando tengamos guardadas todas las cosas del niño, si quieres, podemos ir al centro comercial para que compres algunas cosas que llevar al complejo turístico.

–No. Lo que tengo servirá.

–No he dicho que lo que tengas no sirva. He dicho que podíamos jugar un poco. Pensaba que a las chicas os gustaban esas cosas.

–Yo prefiero ahorrar el dinero –¿sería un buen momento para hablarle de Julia? Su caso exigía que estuviese contratada por la misma empresa durante un año, y que además pudiera mantener un entorno estable para Julia y demostrara que había estado allí seis meses. Para eso, además de tiempo, hacía falta dinero.

–¿Para qué necesitas ahorrar dinero? No es que me queje, pero la tarifa que me cobra la agencia por tus servicios no es barata. Probablemente tengas más dinero que yo.

–Tengo que pagar tarifas legales, ¿de acuerdo? –no pretendía ser desagradable, pero, cuando se sentía acorralada, peleaba.

–Lo siento –dijo él–. No quiero ser un cotilla, pero ¿para qué estás pagando a un abogado?

Pandora apenas podía respirar. No quería hablarle de Julia. Aún no. No de esa forma. Pero, entonces, ¿cuándo?

–Oye… –Calder dejó a Quinn en el suelo y le estrechó las manos–. Háblame. Estás blanca como un fantasma.

–Necesito dinero para recuperar a mi hija, ¿de acuerdo? Se llama Julia y yo fui una mala madre. Me presenté borracha el día de mi primera vista para la custodia. En la segunda, me enfadé tanto que insulté al juez –se llevó las manos a la cara–. Me siento humillada por la persona que era antes. Aquel sábado que no sabías dónde iba, fui a una de mis visitas mensuales supervisadas. En enero, dando por hecho que siga por este camino, pasarán a ser bimensuales. Así que necesito dinero para recuperar a mi hija. He ido a Alcohólicos Anónimos, a clases para controlar la ira y a clases para aprender a ser una buena madre. Incluso asistí a un curso de economía para aprender a hacer un buen presupuesto semanal. Estoy preparada para poner todo ese conocimiento en práctica. Lo único que necesito es a mi hija.

Calder la había soltado mientras hablaba y su expresión se había

vuelto desconfiada.

–Así que, mientras tanto, ¿estás practicando con el mío?

–No es eso.

–Entonces, ¿por qué me lo has ocultado? –le dio la espalda y se quedó mirando por la ventana.

–No era relevante.

–¿No es relevante que estés aquí, cuidando de mi hijo, cuando tú perdiste a la tuya? ¿En qué estaba pensando Natalie cuando te contrató?

Incapaz de contener las lágrimas, Pandora corrió hacía el cuarto de baño en busca de pañuelos y, al hacerlo, estuvo a punto de tropezar con Quinn, que estaba gateando por el suelo.

El niño, asustado, lanzó un grito.

Lo levantó del suelo para darle un abrazo, pero Calder se lo quitó.

–Voy a necesitar tiempo para asimilar esto.

–Por favor, Calder… –intentó darle la mano, pero él la apartó–. Por favor, dame una segunda oportunidad. Ir a la cárcel fue lo mejor que me pudo pasar. Me dio tanto miedo que prometí no volver a eso. Te aseguro que…

–¿Has estado en la cárcel? –Calder soltó una carcajada irónica–. Esto se pone cada vez mejor. Mi instinto tenía razón al pensar que algo en ti no encajaba. Simplemente no sabía hasta qué punto.

Aquello no podía estar ocurriendo.

Pandora se sentó a los pies de la cama. Las lágrimas resbalaban por su cara, pero no tenía fuerzas para nada.

–Voy a llevar a Quinn a dar un paseo –dijo Calder–. Estaremos fuera una hora más o menos. Te agradecería que, cuando regresemos, hayas recogido tus cosas y te hayas marchado.

–Calder –Pandora le rogó con los ojos que al menos la mirase, pero lo único que hizo él fue abandonar la habitación.

Dado que Pandora ya había guardado en el maletero la bolsa de los pañales de Quinn para el viaje, Calder decidió de pronto girar hacia la interestatal que conducía al complejo donde se hospedaban su madre y Harold. Había experimentado el dolor, pero nada como aquello. Se sentía humillado y avergonzado, pero al mismo tiempo sentía que había perdido a la mujer que Pandora había estado tanto tiempo interpretando.

¿Cómo podía haber estado tan ciego?

¿Cómo podía haber sido ella tan mentirosa?

Cuando llevaban media hora de camino, Quinn empezó a ponerse nervioso.

Calder detuvo el coche en un área de servicio para cambiarle el pañal al niño. Después le preparó un biberón con las cosas que Pandora había guardado y se montó en el asiento trasero para dar de comer a su hijo.

Se suponía que el viaje no debía ser así.

Llevaba más de un mes deseando que llegara el día. Tenía ganas de ver a su madre, de que ella viera a Quinn y conociera por fin a Pandora, de la que tanto le había hablado.

¿Y ahora? Por mucho que deseara ver a su madre, temía el sermón que iba a echarle por haber contratado a una niñera que había estado en prisión. Pero era Natalie la encargada de aquello. ¿Debería demandar a su agencia para proteger a otros padres de las mentiras de Pandora?

Aquella era la razón por la que durante años se había negado a tener una relación. Todas estaban abocadas al fracaso. Su padre se había casado tantas veces que probablemente no recordara el nombre de todos sus suegros. Sí, su madre era feliz, pero ¿a qué precio? Su padre le había hecho vivir un infierno.

Quinn se terminó el biberón y se quedó dormido.

Calder volvió a sentarlo en su silla y siguió su camino. También le gustaría dormir, pero le daba miedo soñar con Pandora, así que no se atrevía a cerrar los ojos.

–Cariño, no pasa nada…

En casa de Natalie, Pandora se había sonado la nariz tantas veces que ya le escocía.

–Dices eso, pero sabes que parte del acuerdo de los Servicios Sociales era que mantuviera la misma dirección durante seis meses y que tuviera un trabajo. Ahora no tengo ninguna de esas dos cosas. Nunca recuperaré a Julia.

–Bueno, intenta no preocuparte –Natalie le dio una palmadita en la rodilla antes de ponerse en pie–. Voy a hacer más té. ¿Te apetece algún sabor en especial?

–El té no me ayudará.

–¿No estarás pensando en beber para olvidar tus miedos?

–No. Dios, no. Y me duele que puedas pensar algo así.

–Lo siento. Supongo que yo también tengo un poco de pánico –se apoyó en la pared de la cocina–. No me malinterpretes, pero puede que me equivocara al sugerirte para ese trabajo.

Pandora se quedó mirando a su amiga largo rato, después agarró su bolso y la maleta que contenía toda su ropa.

Perder a Calder antes de haberlo tenido le dolía mucho. Saber que la mujer a la que más respetaba aún dudaba de ella era demasiado.

–Te lo estás tomando mal –dijo Natalie mientras la seguía hacia la puerta–. Quería decir que debería haber protegido tu pasado manteniéndote en la guardería. Allí nadie hace preguntas. Solo te ven hacer un gran trabajo.

–Por favor, apártate.

Natalie estaba delante de la puerta de su casa.

–No te vayas. Así no.

–Estoy bien –dijo Pandora echando a un lado a su amiga–. Estaré mejor yo sola.

Calder llevaba dos horas de viaje cuando sonó su móvil. ¿Pandora?

En la pantalla aparecía el nombre de Natalie Lawrence.

–¿Sí?

–Calder… me alegra localizarte. ¿Has visto a Pandora?

–No. Me marché con Quinn hace un rato.

–¿Y no te ha llamado? –sonaba preocupada. No debería importarle, pero le importaba. En el tiempo que había tardado en recuperarse del shock de descubrir todo lo que Pandora le había ocultado, había entendido su silencio como lo que era; una maniobra defensiva. Aun así, no podía tener a una exdelincuente cuidando de su hijo.

«¿Esa es la verdadera razón por la que la rehuyes? ¿O es algo más? Quizá te hubieras encariñado demasiado deprisa y su pasado te haya dado la excusa perfecta para huir».

–No he sabido nada de ella –respondió–. Pero ya es mayor. Seguro que está bien.

–¿Acaso te ha contado todo lo que le hizo su ex? Estuvo a punto de morir. Él está en la cárcel por intento de asesinato.

–Lo siento. Pero eso no excusa lo que ha hecho. ¿Por qué acabó

en la cárcel? –preguntó él.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

–¿Natalie?

–Crack. Fue arrestada por posesión en una redada. Ella asegura que era la primera y la última vez que consumía.

–¿Y tú la crees? –preguntó él con presión en el pecho.

–Sí –hubo otra pausa–. Incluso aunque mintiera sobre eso, sin duda ahora está viviendo su verdadera vida. Está limpia. Si yo pensara que no lo está, nunca hubiera unido mi reputación a la suya.

Durante el tiempo que Pandora había vivido en casa de Calder, había logrado ahorrar algo de dinero. El problema era que ese dinero estaba destinado a pagar las costas legales y una casa propia. Como no había ahorrado suficiente para ninguna de las dos cosas, pasó la noche en un motel barato. Entre gritos, ruidos de cristales rotos y alguna pelea, fue un milagro que consiguiera dormirse.

Se despertó a las cinco de la mañana sin saber dónde estaba.

Tardó unos segundos en recordar todo lo que había ocurrido.

No tenía hambre, pero le apetecía un café.

Tal vez, se le despejase la cabeza si lograba tomarse un huevo y una tostada, lo suficiente para decidir su próximo movimiento.

Recordó que en la esquina había una cafetería que abría toda la noche, así que agarró el abrigo, el bolso y la llave de la habitación. Abrió la puerta y salió a la calle.

Casi cuando había llegado a la puerta de la cafetería, se sorprendió al ver a una adolescente con poca ropa salir de un estrecho callejón. Detrás salió un hombre mucho mayor que ella recolocándose la camiseta. Aquello le produjo náuseas. Pero ¿cuántas noches había estado tentada de hacer lo mismo? Y ni siquiera por dinero, sino por un trago de vodka.

La adolescente vio que Pandora se había quedado mirándola.

–¿Qué estás mirando, zorra?

Ella la ignoró, aceleró el paso y entró en la cafetería.

El local estaba sorprendentemente lleno de clientes que, a juzgar por sus vaqueros y sus camisas uniformadas, serían trabajadores de una fábrica.

–¡Siéntate donde quieras! –gritó una camarera desde detrás de la barra.

Pandora se sentó a una mesa situada en una esquina.

Miró por la ventana, pero, como aún era de noche, lo único que vio fue su reflejo. Tenía ojeras y los ojos enrojecidos. Hacía tiempo que había perdido la coleta y llevaba el pelo sucio y revuelto. No había tenido tan mal aspecto desde la noche que fue detenida.

–¿Café? –le sobresaltó la aparición de la camarera junto a ella–. Perdona. No pretendía asustarte. ¿Una noche dura?

–Podría decirse que sí.

La camarera miró por encima de su hombro.

–El jefe me mataría si lo supiera, pero, si necesitas algo que te dé energía, tengo todo lo que puedas ansiar.

–Eh, estoy bien. Gracias. Solo café, por favor.

–Aquí tienes.

Pandora quería seguir siendo fuerte, pero, por primera vez en mucho tiempo, había perdido la fuerza de voluntad para luchar. Sin trabajo y sin un lugar donde vivir, no recuperaría a Julia.

Quizá Natalie técnicamente no la hubiera dejado marchar, pero Pandora no podía dejar de recordar sus palabras. «No me malinterpretes, pero puede que me equivocara al sugerirte para ese trabajo».

Si eso era lo que sentía realmente su amiga, Pandora tenía demasiado orgullo para regresar.

Y luego estaba Calder. Y aquel beso.

De pronto la oferta de la camarera se le metió en la cabeza.

«Si necesitas algo que te dé energía, tengo todo lo que puedas ansiar».

Y Pandora sí que ansiaba algo.

Capítulo 11

–NI SIQUIERA sé qué decir.

–No hay mucho que decir –el sábado por la mañana, Calder volvió a llenarle la taza de café a su madre con la cafetera que el servicio de habitaciones había llevado junto con el desayuno. Harold, su padrastro, ya se había marchado a sus reuniones de aquel día. Calder se había pasado la última media hora contándole a su madre el pasado de Pandora.

Había omitido lo del beso.

Quinn estaba inquieto en el regazo de su abuela. El pobre no había estado tranquilo desde que salieran de casa.

–No puedes quejarte cuando estás con la abuela –dijo su madre.

Quinn no hizo caso y empezó a llorar.

–Deja que lo sostenga yo –Calder tomó a su hijo en brazos, pero tampoco logró calmarlo.

–Umm… –su madre apoyó los codos en la mesa y rodeó su taza con ambas manos–. ¿Crees que echa de menos a Pandora?

–Estoy seguro de que tiene hambre.

–Le he dado un biberón justo antes de que te levantaras.

Calder comprobó que su hijo tenía el pañal limpio, así que tampoco era eso.

–No puedo creer que vaya a decir esto –dijo Gloria–, pero puede que reaccionaras exageradamente. Tu tío Pete bebía y el hijo de la tía Melanie, Ulie, fumaba marihuana en la universidad. Y ahora está mejor. Es abogado en Boston. Tu tía está muy orgullosa. ¿Ves? La gente puede cometer errores y después mejorar.

Él suspiró.

–Estuvo en prisión, mamá.

Quinn empezó a llorar con más fuerza.

Su madre se levantó, lo tomó en brazos y comenzó a cantarle una canción mientras caminaba por la habitación.

El niño se calmó por fin.

–Fuiste una buena madre –dijo Calder–. Sigues siéndolo. Siento lo que te hizo papá.

–Eso fue hace un millón de años. Y, aunque te quiero por pensar en mí, ¿te sorprendería saber que en el fondo fue un alivio que tu padre me engañara?

–¿Qué? Eso es una locura.

–No, cariño. Nos casamos demasiado jóvenes. Yo me enamoré de la imitación de Paul McCartney de tu padre, pero en realidad no soportaba nada más de él. En la cama nos iba bien, pero nada comparado…

–Para. No quiero saber eso.

–Necesitas saberlo –dejó a Quinn en la cuna portátil del hotel junto a sus juguetes–. Llevo tiempo pensando que tal vez nunca hayas querido tener nada serio con una mujer por el ejemplo que te dimos tu padre y yo. Esa tal Pandora me intriga. Nunca me has hablado de una mujer como hablas de ella.

–Entre nosotros no había eso –Calder se sentó a los pies de la cama e intentó no pensar en el hecho de que, si no hubiera insistido en que fueran al centro comercial, Pandora estaría allí con él en ese momento.

–No pasa nada –le dijo su madre pasándole un brazo por encima del hombro– si sentías algo por la niñera. Me parece divertido. Es el tipo de historia de amor que verías en una comedia romántica.

Calder se llevó las manos a la cara.

–De acuerdo. ¿Y si sentía algo por ella y además está completamente recuperada? Entonces soy yo quien la ha fastidiado.

–Entonces te diría que, si tienes posibilidad de lograr que regrese a tu vida, tienes mucho trabajo que hacer.

–Gracias por recibirme con tan poca antelación –Pandora siguió a la trabajadora social hasta un recinto cerrado. Era lunes. Llovía y ella sentía el frío en los huesos.

–Menos mal que tenía tiempo. Por favor, siéntate –dijo Fran señalando una silla.

Pandora se sentó y colocó las manos sobre las rodillas.

–¿En qué puedo ayudarte?

–Sabes lo mucho que he estado trabajando para recuperar la custodia de Julia, ¿verdad?

–En todos los años que llevo trabajando, creo que no había visto a nadie trabajar tan diligentemente como tú. No solo destacaste en las clases de paternidad, sino que además hiciste un excelente

trabajo en la guardería. Tenía mis dudas sobre el puesto de niñera, pero has demostrado que estás preparada para recuperar a Julia. En la vista de marzo, siempre que mantengas el estatus quo, recomendaré enérgicamente que recuperes todos tus derechos como madre.

Pandora sintió un vuelco en el estómago, como si estuviese a punto de vomitar.

–Mira, quiero ser sincera contigo. El viernes, mi jefe, el señor Remington, decidió prescindir de mis servicios cuidando a su hijo.

–¿Quieres decir que te despidió? –la trabajadora social sacó el informe de Pandora y tomó nota.

–Sí.

–¿Con qué argumentos?

–Le hablé de mis problemas con el alcohol. Y de mi hija. Y de la cárcel.

–Entiendo… –Fran siguió tomando notas–. ¿Así que no se lo dijiste cuando te contrató?

–Bueno, como conseguí el trabajo mediante la agencia Ángeles Terrenales, di por hecho que él habría hecho ya todas las preguntas necesarias.

–¿Y qué dice la agencia de esto? Tenía la impresión de que la directora, Natalie Lawrence, pensaba que estabas haciendo un gran trabajo. ¿Ella también te ha despedido?

–¿Sinceramente? No he hablado con Natalie desde el viernes. Estaba tan disgustada que quería verte a ti primero; asegurarte que conseguiré otro trabajo y otro hogar.

–Pandora… –Fran dejó el informe sobre su mesa y suspiró–. Llevas tres años trabajando para la agencia. Mi consejo es que vayas a ver a Natalie y le pidas que te devuelva tu antiguo empleo en la guardería. A no ser que haya algo que no me has contado, no veo nada en tu informe que sugiera que no quiera volver a contratarte. ¿Quieres que llame yo?

–No. Lo haré yo –Pandora agachó la cabeza y aceptó el hecho de que, una vez más, se tragaría su orgullo. Por Julia haría cualquier cosa–. Pero me preocupa la parte de la vivienda. El tribunal exige que haya vivido en la misma dirección durante seis meses. El hecho de que ya no viviré en la misma casa en la que trabajaba significa que, para cuando llegue la fecha de la vista, incluso aunque encuentre un apartamento hoy, solo habré vivido allí cuatro meses.

–Entiendo que eso podría ser un problema –respondió Fran–. Tú

has sido sincera conmigo, así que voy a devolverte el favor. En la mayoría de las ocasiones, los jueces que llevan nuestros casos quieren devolverles los niños a sus padres. Ese es el principal objetivo de nuestro trabajo. Dicho eso, aunque ahora seas una madre ejemplar, ambas sabemos que eso no siempre ha sido así.

Pandora asintió y se mordió el labio inferior para no llorar.

–De hecho, al principio, eras uno de los casos más difíciles que había tenido.

–Lo sé. Y lo siento.

–No lo sientas –Fran se inclinó hacia delante y le agarró las manos por encima de la mesa–. Lo que necesito que hagas es que encuentres un lugar apropiado para que viváis Julia y tú. Cuanto antes. Dando por hecho que te quedes en la agencia y que no tengas más problemas antes de marzo, yo haré todo lo posible por suavizar las cosas con el juez.

–Gracias –respondió Pandora–. Gracias.

–No me des las gracias todavía. Aún tienes trabajo que hacer y, en lo referente a los jueces, has de saber que no tengo ninguna varita mágica.

Pandora salió de los Servicios Sociales y se fue directamente a la agencia.

Mientras Natalie estaba reunida con un cliente potencial, ella se dedicó a charlar con Anna, que se encargaba de las nóminas.

En cuanto el cliente se marchó, su amiga la agarró del brazo y la metió en su despacho antes de cerrar la puerta.

–¿Dónde has estado? ¡Me tenías muy preocupada! ¿Y cuándo vas a comprarte un móvil?

–Primero, me hospedo en el Super 9 que hay en la interestatal. Segundo, siento haberte preocupado, pero heriste mis sentimientos. Tercero, me niego a gastarme un solo centavo en algo que no sea conseguir un hogar estable para Julia y para mí.

Natalie se sentó junto a ella en el sofá y agarró una bolsa que había sobre la mesita del café.

–Supuse que dirías eso sobre el teléfono, así que te he comprado esto. No he dormido absolutamente nada durante todo el tiempo que has estado desaparecida. Ábrelo.

Era un teléfono de prepago.

–Sin contratos ni nada. He pagado por sesenta minutos en

llamadas, así que ya no tienes excusa para no contarme lo que te pasa.

–Gracias –dijo Pandora con un suspiro–. Pero ¿sabes que no tengo doce años?

–Sí. ¿Y tú sabes lo mucho que significas no solo para mí, sino para Fran, para Anna y para muchas otras personas que te aprecian? Fran me ha llamado. Quería que le asegurase que seguías teniendo un empleo aquí.

–¿Y qué le has dicho?

–Por supuesto –respondió Natalie–. Doris ha llamado diciendo que está enferma, así que te necesitan en la clase de los niños de tres años. Después, he marcado media docena de apartamentos que vamos a ir a ver.

–¿Por qué haces esto? –preguntó Pandora con un nudo en la garganta.

–Muy fácil –respondió Natalie dándole un abrazo–. Eres mi mejor amiga.

Mientras su madre se ocupaba de Quinn, Calder estuvo corriendo hasta sentir que le ardían los pulmones con el aire frío de la mañana. Siguió corriendo hasta dejar de oír el llanto de Pandora. Hasta dejar de ver el dolor de sus ojos.

Había cometido un error al besarla.

Si hubiera mantenido una relación estrictamente profesional con Pandora, ¿su pasado le habría importado tanto? No se lo habría tomado como algo personal. No desearía haberla conocido en el instituto para ahorrarle todo el dolor que había sufrido. Pero sobre todo no se culparía por ser el causante de que, probablemente, hubiese vuelto a beber.

Aunque era muy egocéntrico por su parte pensar que tenía ese poder. Pandora estaría bien. Y, si había vuelto a la bebida, eso solo demostraría que tenía razón al no querer que estuviese cerca de su hijo.

–¡Cuidado! –Calder estuvo a punto de arrollar a su padrastro. Harold se dirigía hacia el centro de conferencias.

–Perdona.

–No te preocupes –respondió Harold con una sonrisa–. Tu madre me ha contado los problemas con tu niñera. Supongo que ibas pensando en eso. En mi opinión, has hecho bien. Un hombre

siempre tiene que estar muy atento para proteger a su familia.

–¿Ves? Eso es lo que yo pienso, pero mi madre dice que no debería haber dejado que se fuera. Cree que soy yo quien tiene un problema. Y luego me ha dicho que teme que su divorcio me haya marcado de por vida.

Harold miró el reloj.

–Llego tarde a la sesión de esta mañana. ¿Y si me la salto y nos tomamos el desayuno de los campeones?

–¿Qué es eso?

Mientras se dirigían hacia el edificio principal, Harold le dio una palmada en la espalda.

–Bloody Marys seguidos de un cargamento de beicon y bollos. Pero no se lo digas a tu madre. Tengo el colesterol por las nubes.

Para cuando terminaron de desayunar, Calder recordaba lo mucho que disfrutaba de la compañía de su padrastro.

–Muchas gracias.

–¿Por qué? –preguntó Harold.

–Ya sabes, por estar ahí. Eres un buen hombre. Y, que yo recuerde, no fue fácil lidiar conmigo al principio.

–No voy a mentirte –respondió su padrastro riéndose–. En ocasiones eras insoportable, pero tu madre y yo no podíamos estar más orgullosos.

–¿Qué opinas de lo que dice mi madre sobre mis problemas para tratar con las mujeres?

–Podríamos pasarnos aquí todo el día hablando de las mujeres y de sus problemas –respondió Harold tras pedir otra copa–. Tal como yo lo veo, cuando encuentras a la mujer adecuada, todo lo demás se soluciona.

–¿Y cómo sabes si una mujer es la adecuada?

–Por mi experiencia, lo sabes sin más. Todavía recuerdo el día en que tu madre entró en mi despacho contigo. Tu padre y ella acababan de romper y recuerdo que pensé en lo valiente que era; una mujer sola criando a su hijo. Pero ella me dirigió una sonrisa preciosa. No pretendo ponerme sensiblero contigo, pero lo sabes cuando lo sabes. Para mí, la sonrisa de tu madre detuvo el tiempo. El caso es que quería mejorar su acuerdo de divorcio y yo estuve encantado de ayudarla. Siempre que iba al despacho, te llevaba consigo. Tenías ocho años y te negabas a sentarte en ninguna silla. Siempre querías estar debajo de la silla jugando con tus cochecitos. Nunca olvidaré la primera vez que me presenté en vuestra casa para

salir con tu madre. Me preguntaste si ella te iba a engañar conmigo. Durante mucho tiempo me viste como una amenaza. Significó mucho para mí cuando por fin me dejaste entrar en tu vida. Yo no podía tener hijos, así que hablo en serio cuando te digo que disfruté mucho yendo a todos tus partidos y a las reuniones de los boy scout. Cuando te ibas a visitar a tu padre, me preocupaba que no quisieras volver a casa.

Calder no sabía cómo procesar toda aquella información. Durante todos aquellos años, había asumido que era incapaz de comprometerse y en realidad había tenido frente a él el mejor ejemplo a seguir.

¿Y qué le pasaba con las mujeres? Cuando Pandora había compartido su historia con él, ¿por qué no la habría escuchado en vez de apartarla de su lado?

Una cucaracha corrió por la encimera donde Pandora había dejado su bolso.

–Está cerca del trabajo –dijo Natalie con fingida alegría.

–Y además apesta a los cigarrillos del anterior inquilino y estoy segura de que la moqueta cruje bajo mis pies.

–No sé… –Natalie se cruzó de brazos y contempló el sombrío salón, que tenía una única ventana–. Si pones cortinas y muchas plantas, este lugar tiene potencial.

Pandora suspiró.

–Te agradezco que seas optimista, pero este es el cuarto apartamento que visitamos y todos son demasiado caros.

–¿Y si te mudas conmigo? –sugirió Natalie–. Tengo espacio. Y puedes pagarme el alquiler, que yo ahorraré para que Julia, tú y yo nos vayamos juntas a Disney World. Y después viviremos felices para siempre, dando por hecho que no haya conocido a un hombre antes de cumplir los ochenta.

–¿Crees que necesitamos a los hombres para ser felices? Obviamente, mi matrimonio no salió bien y, ahora que pensaba que tenía algo de verdad con Calder, todo ha salido mal también. Estoy harta.

–Yo no estoy preparada para rendirme –dijo Natalie–, pero, después de lo que te ha hecho pasar Calder, respeto que tú sí lo estés. La cuestión es que eres más joven que yo. Nunca sabes dónde puede llevarte la vida. Así que ¿qué te parece? ¿Quieres ser mi

compañera?

–No sabes lo mucho que significa para mí tu ofrecimiento, quiero un sitio para mí, no solo para que lo sepa el juez de mi caso, sino para Julia. Tengo que demostrar no solo que soy una buena madre, sino que soy la mejor.

–Cariño, ¿no lo has demostrado ya superando lo de Calder para salir reforzada de la situación?

–Lo he hecho, ¿verdad? –Pandora no pudo evitar sonreír–. ¿Te había dicho que una mañana, mientras desayunaba, la camarera me ofreció cosas que no estaban en la carta? Por un segundo me vi tentada, pero solo me hizo falta recordar la cara de Julia para decir que no.

–Estoy muy orgullosa de ti. Y deberías estar orgullosa de ti misma.

Pandora lo estaba. Simplemente deseaba que otra parte de ella no se lamentara de no haberse ganado la aprobación de Calder.

–No puedo creer que esta sea nuestra última noche aquí –sentada a la mesa del comedor principal del hotel, la madre de Calder tenía a Quinn en el regazo–. Voy a echar de menos a este angelito.

–Sin una niñera –dijo Harold–, Calder necesitará ayuda. ¿Y si te quedas con él una semana o dos?

–Eso sería fantástico –contestó Calder de inmediato–. Así no tendría que volver solo a casa, y además es evidente que necesito ayuda para seleccionar a la nueva niñera de Quinn.

–Si no supiera que es mentira, pensaría que estás intentando librarte de mí –le dijo su madre a su marido dándole un codazo en las costillas.

–Eso nunca, cariño –Harold le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso. Cuando era pequeño, a Calder ese tipo de cosas le repugnaban. Pero ahora le tranquilizaba saber que su madre tenía junto a ella a un gran hombre.

¿En cuanto a la idea de que él pudiera encontrar a una gran mujer?

El dolor permanente que sentía en el pecho le hacía sospechar que ya la había encontrado y la había dejado escapar.

–Es muy bonito –el jueves por la tarde, Pandora dio una vuelta sobre sí misma para contemplar el apartamento en el que se encontraba, situado encima de un garaje. Tenía dos dormitorios y, aunque la madera del suelo estaba envejecida por el uso y las paredes amarillas estaban desgastadas, eran amarillas, lo cual tenía que ser una buena señal. Desde los enormes ventanales se veía el jardín de la casa principal y, a cambio de que recogiera el correo y cuidara a las mascotas cuando los dueños estaban de viaje, el alquiler era ridículamente bajo.

–En serio –dijo Natalie–. Tal vez debería mudarme yo.

Pandora le dio a su amiga un empujón con el brazo.

–Ni lo pienses. Este apartamento es mío.

Tras visitar el resto del apartamento, Pandora se reunió con el dueño en la cocina de la casa principal y firmó con orgullo un contrato de seis meses. Después pagó el primer y el último mes en efectivo. Todavía le quedaba suficiente para pagar al menos dos meses más y comprar algunos muebles en rastrillos y tiendas de segunda mano.

–Me siento muy bien –dijo cuando Natalie y ella estaban de vuelta en el coche con las llaves del nuevo apartamento–. Lo estoy consiguiendo. Como hablábamos durante las clases, me estoy manteniendo a mí misma y pronto lo haré con mi hija. Y no me da miedo, sino que hace que me sienta poderosa.

–Me alegro mucho por… oh… –Natalie había sacado su móvil del bolso y estaba comprobando los mensajes.

–¿Qué sucede?

–Tengo un mensaje de Calder.

Capítulo 12

CALDER le dejó un mensaje a Natalie y apagó su móvil.

–¿Crees que no me responderá a propósito? –le preguntó a su madre.

–Se te está yendo la cabeza –ella estaba junto al fregadero de la cocina pelando zanahorias.

–Cosas más raras ocurren.

–Te das demasiada importancia. Por lo que me has contado sobre Pandora y su amiga Natalie, son mujeres fuertes y capaces de vivir sin ti. Si Natalie es una mujer profesional, te devolverá la llamada en menos de una hora.

Calder odiaba que su madre llevase razón siempre.

Poco después, mientras sacaba algunas bolsas de basura del garaje, sonó su móvil. La llamada era de la agencia Ángeles Terrenales.

Tras varios minutos de charla incómoda, decidió ir al grano.

–Mira, la razón por la que te había llamado es que quiero hablar con Pandora. ¿Tienes idea de dónde está?

–Sí –contestó Natalie tras una larga pausa–. Sé exactamente dónde está. Y también sé que no tiene interés en hablar contigo. Le va genial, Calder. Mejor que nunca. Al despedirla la hiciste más fuerte.

–Me alegro –respondió él. Y era cierto–. ¿Y si le dices que he llamado y que decida ella si quiere o no hablar?

–¿No se te ha ocurrido pensar que ya tiene tu número? Confía en mí, si tuviera interés en contactar contigo, ya habría dado el primer paso.

–¿Y si quiero volver a contratarla?

–Lo siento, pero no te enviaré a nadie más. Si no confías en mi criterio para contratar niñeras, entonces yo ya no confío en que las trates de forma respetuosa y profesional. En lo que a mí respecta, estás en la lista negra de mi agencia.

Cuando colgó, Calder tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzar el teléfono contra la pared.

–¿Qué te ha dicho? –preguntó su madre.

–¿Te importa cuidar de Quinn? Tengo que hacer un recado.

–Claro que le cuidaré, pero dime qué ha pasado.

–Mamá –le dio un beso en la frente a su madre–. Natalie, la amiga de Pandora, acaba de iniciar una batalla. Y no sabe que a mí se me da muy bien la guerra.

–No quiero meterme en tus asuntos, cariño, pero pensé que el propósito de tu llamada era encontrar la paz.

Pandora pudo trasladarse de inmediato y, en cuanto subió las siete cajas con sus cosas y las dejó en mitad del salón, llamó a Fran desde el teléfono que Natalie le había dado y le dejó un mensaje con su nueva dirección y su número.

Después se tomó unos instantes para deambular por su nuevo espacio. El apartamento estaba parcialmente amueblado y tenía un aspecto entre anticuado y elegante que estaba deseando adornar con las cosas que encontrara en los rastrillos. En la que sería la habitación de Julia se imaginó el espacio bañado por el sol como la quintaesencia del típico cuarto de niña. La cama con una colcha de flores. Muchos cojines de colores y animales de peluche. Tal vez incluso una alfombra hecha con retales que confeccionaría en las frías noches de invierno.

Hizo la cama de su habitación. Su colcha y sus sábanas hacían juego con el amarillo gastado de las paredes.

Colgó las toallas en el cuarto de baño y colocó sus libros en las estanterías empotradas situadas a los lados de la chimenea de ladrillo.

Había muchas cosas que tendría que comprar. Platos y cubiertos. Macetas, cacerolas. Todo eso podía adquirirlo por poco dinero en las tiendas de segunda mano. Se tomaría su tiempo y elegiría cuidadosamente lo que deseaba.

Curiosamente, cuando Calder la había despedido, se había sentido casi tan mal como la noche que acabó en la cárcel. Pensaba que había perdido todo aquello por lo que había trabajado tanto. Sin embargo, ahora casi le agradecía que lo hubiera hecho. Le había dado el regalo de poder reconocer su propio poder y su valía. Le había demostrado no solo que podía sobrevivir sola, sino además prosperar.

Aunque los besos que había compartido con él hubieran sido

algo mágico, ya estaba harta de llorar por lo que podría haber sido. Desde aquel momento pensaba mirar solo hacia delante.

¿Y si de vez en cuando pensaba en Calder?

Bueno, vería lo que habían compartido como un bonito sueño que no había llegado a realizarse del todo.

–¡Lo has logrado! –le dijo Pandora a la pequeña Rose, de tres años, que acababa de escribir *H, I* y *J* con el dedo índice sobre una bandeja de hornear llena de arena. Muchas veces los colegiales utilizaban ceras o rotuladores, pero hacer que los niños escribieran con las manos ayudaba a reforzar la idea.

–¡Soy lista! –exclamó Rose. Por mucho que Pandora echara de menos a Quinn, durante los últimos días había disfrutado trabajando con niños un poco mayores.

–Claro que lo eres. Ahora quiero que vayas a ver a la señorita Donna a la zona de los rotuladores mágicos. Y ella te dejará escoger tu color favorito.

–Vale –respondió la niña dándole un abrazo–. Gracias, señorita *Pannora*.

–De nada.

Billy fue el siguiente en llegar a su zona.

–Hola, cariño. ¿Recuerdas cómo usar el desinfectante de manos?

–Sí, pero huele mal.

–Lo siento –Pandora bajó entonces la voz–. ¿Sabes una cosa?

El niño negó con la cabeza.

–A mí tampoco me gusta. Pero tenemos que mantener la arena limpia para que todos puedan usarla. ¿Se te ocurre una manera de limpiarte las manos sin usar el desinfectante?

Billy arrugó la nariz y lo pensó durante unos segundos.

–¿Lavarlas con jabón?

–Tienes razón. ¿Cómo es que eres tan listo?

–Mamá dice que tengo su cerebro y la caca de papá.

–Oh –los niños a veces decían las cosas más rebuscadas, y aquella era una de esas veces–. Quizá lo que tu mamá quería decir es que eres tan listo como ella y tan guapo como tu papá.

–No –respondió el niño con firmeza–. ¡Dijo la caca de papá!

–Bueno, vale. Vamos a lavarnos las manos y en el futuro no hablaremos de cosas del baño a no ser que estemos en el baño.

Mientras Billy corría hacia el lavabo, Pandora utilizó un cepillo

y un recogedor para barrer la arena que había caído al suelo. Sintió un cosquilleo en el cuello, miró por encima del hombro y vio a Calder.

Se incorporó tan deprisa que se golpeó la cabeza con la mesa.

Calder se acercó a ella de inmediato y la ayudó a sentarse de nuevo en su silla.

–¿Estás bien?

–Sí. ¿Qué estás haciendo aquí?

–¿Señorita Pandora? –Billy había regresado de lavarse las manos, pero se había olvidado de usar la toalla y estaba goteando sobre la arena. Se quedó mirando a Calder con los ojos muy abiertos–. ¿Es un desconocido peligroso?

–No, cariño. Es alguien que conozco. ¿Quieres secarte bien entre los dedos para no mojar más la arena?

–Oh. ¡Se me ha olvidado! –salió corriendo de nuevo, lo cual le daba treinta segundos a Pandora para librarse de Calder.

–Me alegra haberte encontrado –dijo él mientras acercaba una de las sillas en miniatura. Estaba ridículo sentado en ella, pero al menos podía mirarlo a los ojos–. Tenemos que hablar.

–¿Por qué?

–No empieces con juegos. No me gusta cómo dejamos las cosas.

–No dejamos nada, Calder. Me dijiste que me fuera de tu casa y eso hice. Fin de la historia.

–¿Así es suficiente? –Billy había regresado con las manos secas.

–Perfecto –Pandora le agarró el brazo al niño y lo sentó en su silla–. ¿Recuerdas cómo se escriben las letras *H, I* y *J*?

–Creo que sí –contestó el niño.

–Bien, cariño. Cuando estés preparado, inténtalo.

–Pandora, por favor… –Calder se levantó de la silla y se agachó junto a ella–. Sé que ahora estás ocupada, pero ¿dónde vives? ¿Con Natalie? Dame su dirección y me pasaré después del trabajo.

–El hecho de que no me creas capaz de buscarme mi propia casa es muy elocuente.

–Señorita Pandora, ¿lo estoy haciendo bien? –preguntó Billy.

–Perfecto, cielo. Quiero que borres lo que has escrito y lo intentes de nuevo. Esta vez haz la *H* un poco más gorda.

–¡De acuerdo!

–Sé que la he cagado –le susurró Calder al oído para que nadie más lo oyera.

Pandora abrió el informe de Billy, sacó una hoja en blanco y

escribió su nueva dirección en ella.

–Ven a las seis. Por favor, trae a Quinn. Le echo mucho de menos.

–Él también te echa de menos.

–Señorita Pandora, ¿puede hacer la *H*?

–Claro, cariño –borró lo que había escrito él y dibujó la letra–. ¿Y si dibujas tres seguidas junto a la mía? ¿Puedes hacerlo?

–Eso creo…

Billy volvió a concentrarse en su tarea y ella devolvió su atención a Calder.

–Tienes que marcharte.

–Claro –desapareció con la misma discreción con la que había aparecido.

Pandora se odió a sí misma por echarlo ya de menos.

Se recordó que lo prioritario era recuperar a su hija.

–¿Y bien? –la madre de Calder prácticamente se abalanzó sobre él en cuanto entró por la puerta. Seguía en la cocina, pero lavando biberones–. ¿Estaba allí?

–No solo estaba allí, sino que además estaba trabajando pacientemente con los niños.

–¿No había estado bebiendo? ¿O algo peor?

–No. Sigue siendo la cuidadora responsable que conocía. Ni rastro de la drogadicta que prácticamente le dije que era.

–Bien. Siempre me alegra ver que estabas equivocado. Y, ya que estoy en racha, mientras estabas fuera he pensado en la cantidad de tiempo que has invertido en Quinn y he tomado una decisión.

–¿Sí? –Calder abrió la nevera y sacó un par de lonchas de mortadela.

–Por mucho que me guste estar con mi nieto, creo que eres tú quien tiene que estar con él.

–¿De qué estás hablando? Yo estoy con él todo el tiempo.

–¿De verdad? Entonces, ¿cuánta leche en polvo se utiliza para preparar un biberón? ¿Sabes qué tipo de comidas puede comer? ¿Qué pasa si empieza a llorar y no para?

–Eso no ocurre.

–Podría ser porque Pandora o yo siempre hemos estado cerca para impedirte que conozcas de verdad a tu hijo.

–¿Qué es esto? ¿El día nacional contra Calder?

–No estoy en tu contra, cariño. Solo intento enseñarte a ser mejor padre. Francamente, creo que te apresuraste a criticar a Pandora porque sus defectos hacían que los tuyos no parecieran tan malos. Lo que no entiendes es que, si no conectas con Quinn, eso tendrá resultados permanentes. ¿No me crees? Mira tu relación con tu padre y después dime lo bien que se te dan las relaciones.

Mientras se dirigía hacia casa de Pandora, Calder quería estar enfadado con su madre, pero no podía. Le había dicho varias cosas que eran ciertas. Aunque no estaba de acuerdo con eso de que no participaba en el cuidado diario de Quinn.

Le cambiaba el pañal, le bañaba. ¿Y qué sentido tenía memorizar la proporción de leche en polvo si estaba escrita en la lata?

Sabiendo lo preocupada que estaba Pandora por el dinero, temía que estuviera viviendo en una mala zona de la ciudad. Sin embargo, la dirección que le había dado resultó ser una mansión de estilo Tudor con su propio bosquecillo rodeado de muros de ladrillo cubiertos de hiedra. Su apartamento se encontraba sobre un garaje de cuatro plazas.

Aparcó el coche, sacó a Quinn y subió las escaleras, ansioso por disculparse y conseguir que Pandora regresara a vivir con él. Aquel sitio estaba bien, pero su lugar no era ese.

Cuando ella abrió la puerta, se quedó sin respiración al verla. No llevaba las gafas, lo cual hacía que sus ojos verdes resultaran más impactantes.

Quinn gritó, se rio y estiró los brazos hacia ella.

–¡Hola, guapo! ¡Mira lo grande que estás! –exclamó ella mientras tomaba al niño en brazos.

Mientras Pandora y su hijo se reencontraban, Calder se sentó en el sofá y se sintió excluido.

No se consideraba un tipo celoso, pero ver que su hijo prefería la compañía de Pandora a la suya le recordó las palabras de su madre. Era cierto que no tenía una relación significativa con Quinn. Eso no solo le hizo sentirse avergonzado, sino confuso con respecto a lo que debía hacer.

Al ver una fuente con queso, salchichón y panecillos, decidió comer un poco. Ya que la mujer a la que había ido a ver le ignoraba, al menos haría algo con su tiempo.

–¿A qué vienen esos pucheros? –preguntó Pandora con Quinn apoyado en la cadera.

–Qué tontería. Yo no hago pucheros.

–Mírate en el espejo –respondió ella riéndose.

Él frunció el ceño.

Pandora se sentó en un sillón frente a él con Quinn en las rodillas.

–¿Ya camina?

–No.

–¿Ha dicho alguna palabra reconocible?

–No, que yo haya oído.

–Creía que estaba a punto. Me parece que hace siglos que no le veo.

–Por eso estoy aquí.

–Ah –Pandora seguía teniendo ojos solo para Quinn.

Aun así, él continuó.

–Lo primero es lo primero. Te debo una disculpa. Tu confesión me asustó. Debería haber esperado un rato para asimilarlo y pensar en la persona en que te has convertido.

Ella no dijo nada. Se quedó allí sentada, sujetándole a Quinn las manos mientras inspeccionaba sus deditos.

–Así que, dicho eso, pensaba que podíamos llevarnos tus cosas y volverás a estar en tu antigua habitación en menos de una hora. Mi madre sigue aquí hasta mañana, así que me llevaré a mis dos chicas a cenar. Será divertido.

–¿Te estás escuchando? Parece que eres tú el que está borracho.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que estás loco si piensas que quiero tener algo que ver contigo.

–Sé que no hablas en serio, igual que yo no hablaba en serio cuando te eché.

–Pero me echaste –sus bonitos ojos verdes se llenaron de lágrimas–. Y me dolió.

Calder se levantó del sofá, echó a un lado la mesita del café y se agachó frente a ella por segunda vez aquel día. Le agarró las manos y dijo:

–La fastidié, ¿de acuerdo? Lo siento. Pero tienes que entender que me pillaste por sorpresa. ¿La cárcel? ¿Perder a tu hija? Son cosas importantes. ¿Qué iba a pensar yo?

–Sé que suena mal, y fue horrible. Pero ya no soy esa persona.

Ni siquiera me gusta pensar en aquella época. ¿Por qué iba a querer hablar de ello?

–Lo entiendo, pero ¿puedes entender mi sorpresa? Pensaba que estábamos construyendo algo especial.

–Y así es… así era –intentó taparse la cara con las manos, pero él no se las soltó.

–Mírame. Lo siento. Me pediste una segunda oportunidad y te la negué. Ahora soy yo quien necesita tu generosidad, Pandora. Por favor, regresa a mi casa. Sin ti… –agachó la cabeza–. Dejó de parecer un hogar. Por favor.

Tras lo que pareció una espera interminable, finalmente Pandora tomó aire y respondió.

–Lo siento, pero no.

Capítulo 13

PANDORA le devolvió a Quinn y salió corriendo al cuarto de baño.

Él aporreó la puerta.

–Pandora, déjame entrar. Te he abordado como si estuviera invadiendo un campamento enemigo. No era mi intención. Puede que no te hayas dado cuenta, pero, en lo referente a las mujeres, no soy el más avispado del mundo. Olvida que te he pedido que vuelvas a vivir conmigo… con nosotros. ¿Y si vienes a cenar? Concédeme el honor de conocer a mi madre. Ya pensaremos después qué hacer.

Pandora se volvió hacia la puerta, puso la mano en el picaporte de cristal y apoyó la frente en la madera. Buscó una respuesta en su corazón, pero solo encontró el recuerdo de su sonrisa tras probar por primera vez su sándwich de pastel de carne. Recordó lo bien que se lo habían pasado pintando su habitación y la cocina. Lo paciente que había sido cuando había necesitado su ayuda aquel primer día en el supermercado. La ilusión que le había hecho empujar a Quinn en el columpio por primera vez. Pero, sobre todo, recordaba aquel primer beso.

Un beso que, incluso en el recuerdo, recorrió su cuerpo desde los labios hasta los dedos de los pies.

Finalmente, abrió la puerta y dejó entrar a Calder no solo en el cuarto de baño, sino también en su corazón.

Tenía a Quinn en brazos y los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando.

–¿Cenamos?

Pandora se tragó sus propias lágrimas y asintió antes de darles un abrazo.

–No sabes la ilusión que me hace conocerte por fin.

–Yo siento lo mismo –dijo Pandora. La sinceridad de la madre de Calder se notó en la fuerza de su abrazo. Había llegado al

restaurante antes que ellos–. Siento que no pudiéramos conocernos en Carolina del Norte.

–Yo también –después de sentarse a la mesa, la madre de Calder estiró la mano para estrechársela a Pandora–. No nos han presentado oficialmente. Soy Gloria.

–Pandora –dijo ella con una carcajada.

–Creo que Quinn se alegra de ver a su niñera favorita –Gloria sacó una manta de la bolsa de pañales que Calder había dejado junto a la sillita de su hijo y tapó con ella al bebé, que dormía plácidamente–. Esta es la primera vez que le veo realmente tranquilo desde que estoy con él.

–Yo también le echaba de menos –confesó Pandora.

Llegó la camarera y les tomó nota.

La conversación fluyó.

Después de que sirvieran el postre y el café, Gloria puso las cartas sobre la mesa.

–Yo me marcho mañana por la mañana –dijo mientras se echaba la leche en el café–. Calder, como mañana es viernes y tú tienes que volver a la base el lunes, ¿qué planes tienes para tu hijo?

–Yo esperaba que Pandora regresara a casa, pero… –rozó suavemente el dedo meñique izquierdo con el de ella. Fue un gesto imperceptible, pero Pandora lo sintió por todo su cuerpo–. Digamos que me ha rechazado.

–No puedo decir que la culpe –a Pandora le conmovió que Gloria entendiera su punto de vista–. Pero, como ya hablamos, mis razones son distintas a las suyas –se giró entonces hacia ella–. Sin embargo, hazme el favor de plantearte una oferta alternativa a la que Calder tenía en mente.

–De acuerdo –Pandora no sabía qué pensar, pero, por respeto a Gloria, escucharía lo que tuviera que decir.

–Esto es lo que pienso. Pandora, el trabajo de Calder implica que tenga a alguien de confianza que cuide de Quinn. Dicho eso, siempre y cuando él esté en la ciudad, ¿querrías cuidar a Quinn solo durante el día?

–¿Qué te ha contado tu hijo sobre mi pasado?

–Todo.

Pandora apretó los labios y asintió con la cabeza.

–Mi última oportunidad de recuperar la custodia legal de mi hija será en una vista en marzo. Para prepararme, debo seguir una serie de pautas marcadas por la trabajadora social de mi caso. Esas

pautas incluyen mantener una residencia permanente que sea apropiada para mi hija, así como un trabajo a jornada completa.

–¿No puedes tener ambas cosas conmigo? –le preguntó Calder.

–No con mis condiciones –respondió ella–. Por mucho que quiera a Quinn, mi hija es mi objetivo principal. Para recuperarla, tengo que ser mejor que perfecta. Hasta la vista de marzo, no puedo ni quiero cambiar de dirección. Por otra parte, no puedo arriesgarme a que descubras algo de mí que no te guste y vuelvas a echarme.

–No digas eso –dijo él–. Si me hubieras contado desde el principio todo lo que habías pasado, esto habría ido de manera bien distinta.

–Supéralo. Sabes que siempre he cuidado bien de Quinn. En cuanto a mi vida privada, es privada. La única razón por la que te lo conté fue porque me hiciste sentir que podía confiar en ti. Ahora sé que mi instinto se equivocaba. Llegada a este punto, no puedo correr más riesgos contigo, Calder. Al menos antes de la vista para la custodia.

–Por favor, Pandora… –Gloria parecía destrozada.

–He dicho que no voy a correr más riesgos con tu hijo, pero ¿con tu nieto? –no pudo evitar sonreír–. No me canso de él. Quiero estar ahí cuando dé sus primeros pasos y diga sus primeras palabras. Lo que propongo es que Calder le deje en la guardería en la que trabajo cada mañana cuando vaya de camino a la base. Yo cuidaré de Quinn, y creo que lo pasará bien relacionándose con otros niños –miró entonces a Calder–. Si vuelves a tener que irte antes de que encuentres una niñera a jornada completa, será un honor para mí que permitieras a Quinn quedarse conmigo, en mi casa, donde te prometo que recibirá todo el amor y toda la atención que yo desearía poder darle a mi hija.

–No sé tú, Calder –dijo Gloria con lágrimas en los ojos–, pero a mí me parece un trato ideal.

Él asintió.

–Gracias. Creo que eso saldrá bien.

Después de pagar la cuenta, Gloria se fue al cuarto de baño.

–Quiero que sepas que te prometo no volver a decepcionarte –le dijo Calder cuando se quedaron a solas.

«Deseo creerte», quiso decir su parte emocional, pero la más racional respondió:

–Ojalá pudiera creerte.

* * *

–Ha ido bien –dijo Gloria desde el sofá cuando Calder entró en casa con Quinn después de haber llevado a Pandora a su apartamento–. Es una chica adorable. Entiendo que te guste.

Calder sacó a Quinn de su silla y lo sujetó sobre su regazo cuando se dejó caer en el sillón.

Al haberse pasado la cena dormido, el niño estaba muy activo. Se retorció hasta que le dejó en el suelo, donde gateó hasta la mesita del café y se incorporó entre risas.

–Me alegra que te lo hayas pasado bien –le dijo a su madre mientras se quitaba los zapatos y ponía los pies encima de la misma mesa–. Personalmente, a mí me parece que ha sido un desastre.

–¿Porque has tenido que ceder? –preguntó Gloria antes de dar un trago a su vaso de vino.

–Me he disculpado en repetidas ocasiones. No hay mucho más que pueda hacer.

–¿Sabes qué más puedes hacer? –preguntó su madre–. En vez de decirle a Pandora que lo sientes, demuéstraselo.

–¿Cómo?

–Eso es algo que solo tú puedes decidir.

Después de entrar en su apartamento, Pandora cerró la puerta con llave y se quedó apoyada contra ella.

Menuda noche… en varios aspectos.

Aún le costaba trabajo asimilar la multitud de dinámicas conflictivas. Una parte de ella había disfrutado pudiendo abrazar de nuevo a Quinn. Conocer a Gloria había sido un placer, sobre todo dado que su propia madre hacía muchos años que había muerto. Pero luego estaba también Calder.

En ocasiones había parecido flirtear, en otros momentos había mostrado una actitud defensiva y, a veces, persuasiva.

Habría sido muy fácil rendirse, y agradecía sus disculpas, pero no estaba preparada para algo más.

¿Lo estaría alguna vez? ¿Quién sabía?

En ese momento, su único objetivo era Julia.

–¿Al menos te cayó bien su madre? –preguntó Natalie en el primero de los rastrillos del sábado por la mañana.

–Mucho –respondió Pandora–. Ah, y deberías dejar que Calder te contara que quiere meter a Quinn en la guardería.

–No –dijo Natalie mientras revisaba una pila de CD–. Después de lo que te hizo, le puse en la lista negra.

–Agradezco tu instinto de mamá leona, pero seré la primera en admitir que mi pasado no es buen material para un currículum. Una parte de mí no puede culpar a Calder por preocuparse por quién cuida a su hijo. ¿Y por qué iba a salir perjudicado Quinn? Se merece tener los mejores cuidados.

–Tienes argumentos interesantes –murmuró ella mientras levantaba un CD–. ¿Qué piensas sobre *La Navidad de Dean Martin*?

–Nunca es demasiado pronto para añadir un toque de clase a tu lista de reproducción navideña.

–Exacto.

A la hora de la comida, se despidió de Natalie y se fue a casa a colocar las cosas que había comprado. Después de ducharse, se arregló el pelo para su visita de las tres a Julia. La hora de la reunión era más tarde de lo habitual, pero no iba a quejarse.

Cuando acababa de terminar de secarse el pelo, llamaron a la puerta. Apartó la cortina y vio a Calder con Quinn en brazos.

–¿Puedo ayudarte? –le preguntó al abrir la puerta y tomar al niño en brazos.

–Eso espero –Calder levantó una bolsa de comida que llevaba y pasó frente a ella–. Mi madre al final ha tomado el avión esta mañana y, dado que Quinn estaba triste, pensaba que tal vez podrías ayudarme a alegrarle.

–¿Dónde vas? –preguntó ella.

–A la cocina. Mientras tú juegas con el bebé, yo voy a preparar mis espaguetis, famosos en todo el mundo.

–No sabía que supieras cocinar algo.

–No sé. Mi madre me ha dado la receta. No puede ser tan difícil, ¿no?

Pandora no pudo evitar sonreír.

–Aunque suena bien, sobre todo lo de alegrar al pequeño Quinn, tengo que ver a mi hija en menos de dos horas. Normalmente salgo una hora antes. Si llegara tarde por el tráfico, eso podría perjudicar a mi caso.

–¿Puedo ir? –preguntó él–. Me encantaría conocer a Julia.

–No.

–Qué rápida.

–Lo siento, pero las visitas a Julia son sagradas. Nunca le presentaría a un hombre a no ser que tuviéramos una relación estable. Aun así, si a la niña no le cayese bien, saldría de mi vida.

–Lo de conocer a los hijos es algo un poco exagerado, ¿no crees? –comentó él mientras sacaba la comida de la bolsa.

–Después de lo que me hizo mi ex, no. Durante un tiempo le daban miedo todos los hombres. La terapia al final la ayudó. ¿Y por qué estás metiendo el queso parmesano en mi nevera? No tengo tiempo de que cocines nada.

–Pensaba que, mientras tú visitas a Julia, Quinn y yo podríamos quedarnos aquí y prepararte algo de comer. Tienes que comer, ¿no?

–De acuerdo, puedes quedarte, pero primero dime a qué viene todo esto.

–¿Qué quieres decir?

–Cuando me pediste que me fuera, dejaste claro que no querías tener nada que ver conmigo, ¿y ahora me preparas la cena? Soy una alcohólica en rehabilitación. He estado en la cárcel. No mucho, pero sí el tiempo suficiente para saber que no voy a volver a ese lugar. ¿El peor delito de todos? Que se llevaran a mi hija de mi casa.

–Sabiendo todo eso, viendo la mujer en que te has convertido, te admiro. Sí, aún tengo muchas preguntas que hacer, pero me arrepiento de haberte dejado marchar.

Mientras esperaba en el vestíbulo de los Servicios Sociales, Pandora no podía quitarse las palabras de Calder de la cabeza. ¿Sería sincero? ¿O tendría miedo a no tenerla cerca para ayudarle con Quinn? Había mencionado que aún tenía preguntas. Cuando supiera que su ex podría conseguir algún día la condicional y enviar cartas rogando ver a Julia, ¿Calder volvería a no querer saber nada de ella?

–¡Mami! –Julia entró en el edificio con sus padres de acogida, pero, en cuanto vio a Pandora, le soltó la mano a Cindy y corrió hacia ella.

Pandora abrazó a su hija con el corazón lleno de felicidad.

–Hueles bien. Como a galletas de azúcar. ¿Has estado horneando?

–Sí –la niña miró a su madre de acogida–. Mamá Cindy tiene

cortadores nuevos y hemos estado practicando para Acción de Gracias. ¡Yo he hecho un pavo!

–¡Es increíble! –Pandora recompensó a su hija con otro abrazo.

–¿Preparada? –preguntó la trabajadora social que supervisaba las visitas.

–¿Dónde está Quinn? –preguntó Julia cuando se sentaron a la mesa para colorear el libro de princesas que Pandora le había llevado.

–Hoy está con su padre.

–¿Es simpático?

–¿El padre de Quinn?

–Sí.

–Es muy simpático.

–Mi papá me daba miedo. Era malo contigo.

–Sí, cariño. Lo era. Lo siento.

–El marido de mamá Cindy es muy simpático. Me arregló el neumático de la bici y me enseñó a trepar a los árboles.

–¿Quieres decir que te ha enseñado?

–Sí. Fue divertido. No sabía que los padres pudieran ser divertidos. Pensé que todos daban miedo.

Pandora sintió un nudo en la garganta. Sinceramente, hasta que conociera a Calder, ella tampoco lo sabía. Pero estaba aprendiendo…

–¡Ya he terminado! –exclamó su hija mostrándole el dibujo coloreado de la princesa.

–Es precioso –respondió Pandora–. ¿Puedo quedármelo para ponerlo en mi nuevo frigorífico?

–¡Solo si yo puedo quedarme el tuyo para ponerlo en mi frigorífico!

–Trato hecho.

Como de costumbre, las dos horas pasaron volando, pero, cuando la trabajadora social le preguntó a Pandora si querría tener una visita especial de Navidad, ella sintió que iba por el buen camino para ganar su caso en marzo.

–Tío, ¿en serio? –a Calder le estaba costando trabajo seguir la receta de su madre. No solo no entendía su letra, sino que además había comprado la salsa de tomate equivocada. Ahora Quinn había abierto los armarios inferiores de Pandora y había sacado todas las

sartenes y cacerolas–. Lo siento, pero esto no puede ser.

Construyó un corralito improvisado con los cojines del sofá y la mesita del café. Dejó a Quinn en el medio con unos juguetes que había sacado de la bolsa de los pañales.

Apenas había regresado a la cocina cuando su hijo empezó a gritar como si le estuvieran apuñalando.

Calder regresó corriendo y lo tomó en brazos.

–¿No quieres que impresione a Pandora con la cena?

Quinn respondió con más gritos ensordecedores.

¿Qué podía hacer?

Recordó que Pandora solía caminar con él mientras cantaba y le mecía.

–No soy ningún Sinatra –le dijo–, pero allá va…

Empezó a cantar y a mecer a su hijo lo mejor que pudo.

Pandora intentó controlar la excitación que sintió al ver el coche de Calder aún en la entrada.

Aparcó su coche y subió las escaleras hacia el apartamento. Al llegar arriba, en vez de meter la llave en la cerradura, se detuvo a escuchar.

¿Calder estaba cantando?

Se asomó por una rendija que había en las cortinas y lo vio de rodillas, sujetándole las manos a Quinn y bailando con él mientras cantaba. Lo mejor era que no estaba cantándole ninguna canción infantil, sino un tema de Journey.

Y, a juzgar por la sonrisa de Quinn, al niño le encantaba.

Pandora abrió la puerta sin hacer ruido para seguir contemplando la escena, pero Quinn la vio, se arrodilló y gateó hacia ella.

–¡Hola, cariño!

El niño se agarró a sus pantalones y se incorporó para que lo levantara en brazos.

–¿Qué tal ha ido? –preguntó Calder. ¿Era su imaginación, o estaba un poco sonrojado por que le hubiera pillado cantando? Lo que él no sabía era que a ella aquel lado más sensible le parecía mucho más atractivo; no era buena señal, teniendo en cuenta que estaba decidida a no tener hombres en su vida.

Capítulo 14

PANDORA se abanicó con la mano por el calor que sintió en las mejillas al ver a Calder.

–¿Tienes el horno encendido?

–No. ¿Por qué?

–Tengo calor –dejó el gorro y los guantes sobre la mesa de la cocina y tomó a Quinn en brazos–. ¿Te lo has pasado bien explorando?

–*¡Gaa! ¡Baa!*

–Bueno, suena interesante –bromeó ella.

–¿Qué tal estaba tu hija? –preguntó Calder.

–De maravilla. Ya sé que dicen eso de «cuidado con lo que deseas», pero, en este caso, daría cualquier cosa por que ya fuera marzo.

–¿La vista es a primeros o a finales de marzo? –preguntó él mientras recogía los cojines del sofá.

–A primeros. ¿Qué ha pasado?

–Creí que podría ser más listo que el pequeño diablo de Tasmania acorralándolo, pero resulta que es más listo que yo.

–Conozco la sensación. ¿Y dónde está la deliciosa cena que me prometiste? Me muero de hambre.

–¿Has intentado cocinar alguna vez mientras un diablo de Tasmania te rodea los pies?

–De hecho, sí. Bienvenido a mi mundo.

Ninguno de los dos tenía energías para hacer la receta de la madre de Calder, así que él pidió una pizza y Pandora le hizo un huevo revuelto a Quinn para acompañar el biberón.

Después de cenar, el bebé se quedó dormido, y Pandora fue consciente de que Calder y ella estaban de nuevo a solas.

–Aquí estamos de nuevo –dijo Calder con una sonrisa–. Parece que siempre acabamos sentados sin más.

–Es síntoma de cansancio parental. No es que yo sea la madre de Quinn, pero ya sabes lo que quiero decir.

–Sí –pasaron varios segundos más en silencio–. Si no es

demasiado personal, háblame de tu ex.

–Vaya… –contestó ella–. Eso sí que es ir directo al grano.

–No tienes que responder. Supongo que siento que te conozco mejor que nadie, pero, cuando lo pienso realmente, apenas sé nada sobre ti.

–El sentimiento es mutuo.

–De acuerdo, pregúntame lo que sea. Soy un libro abierto.

–¿Por qué sigue soltero un hombre como tú?

–Supongo que quieres decir un hombre tan guapo como yo.

–Entre otras cosas. Hablo en serio. Tienes un gran trabajo. Pareces listo; salvo cuando se trata de cuidar a niños pequeños…

–Eh, cuidado. No me gusta que digas eso –bromeó él–. ¿Por dónde empiezo? Cuando estuve en Carolina del Norte, tuve una maravillosa charla con mi padrastro. Con mi madre también, pero fue Harold quien, sin saberlo, hizo que se me encendiera la bombilla.

–¿Sí? –intrigada, Pandora se quitó los zapatos y se sentó con las piernas recogidas mirándolo.

–Mis padres se separaron cuando yo tenía ocho años. Mi padre engañaba a mi madre, pero curiosamente no se peleaban mucho. Creo que yo estaba más disgustado que mi madre. Él se fue a Nebraska y, en las vacaciones del colegio, yo me quedaba con él. Cada vez que iba, tenía una esposa diferente que se esforzaba por ser mi madrastra. Para cuando llegué al instituto, era algo ridículo –se encogió de hombros–. No entendía qué sentido tenía casarse con alguien, o incluso tener una relación con ella, si la cosa acabaría mal. Era más fácil evitar el asunto por completo.

–Interesante –respondió ella–. Aunque yo vi a mi madre vivir un matrimonio horrible, después de que muriera, tenía tantas ganas de casarme que, al terminar el instituto, me fugué para hacerlo… con un hombre que me trataba peor que mi padre. Tú, por otra parte, hiciste lo contrario a lo que habías visto de niño. Puede que, de aquí a unos años, haga algunos cursos de psicología online en la universidad.

–Probablemente se te daría bien la psicología. Puesto que has experimentado tantas cosas, creo que serías capaz de ayudar a mucha gente.

–¿En serio?

–Por supuesto. No lo diría si no lo pensara. Ahora que sé que has vencido una adicción que suele acompañar a la gente durante toda

su vida, me siento impresionado.

–Gracias –agarró una revista de la mesita del café y volvió a abanicarse las mejillas sonrojadas.

–¿Estás bien?

–Muy bien.

–Yo también –dijo él con una sonrisa.

–Mañana hay una feria de trueque –explicó Pandora–. Pensaba ir y escoger algunas cosas para el apartamento. ¿Quinn y tú querríais venir?

–Claro. ¿A qué hora?

–Empieza a las diez. ¿Te parece bien?

–Perfecto. Nosotros te recogeremos. Mientras tanto… –miró a su hijo–, creo que será mejor que lleve al niño a la cama.

Tras ayudarle a recoger las cosas del bebé, Pandora le acompañó hasta la puerta.

–Bueno… –dijo él con la mano en el picaporte. Actuaba con indecisión, como si quisiera decir algo más–. Supongo que te veré por la mañana.

Intentó darle un abrazo, pero, con la sillita de Quinn golpeándoles las rodillas, resultó imposible acercarse.

¿Eso era algo bueno? Francamente, Pandora no lo sabía.

–¿Otra vez? –Quinn se había pasado todo el camino durmiendo, pero ahora se había despejado–. Voy a tener que ponerte un horario, colega.

–*¡Gaaah!*

–Eso es justo lo que yo pienso.

Calder bañó a su hijo. Después de secarlo, como les había visto hacer a Pandora y a su madre, le puso crema en el trasero, después el pañal.

–¿Tienes hambre?

–*¡Gooo bah!*

–Pa-pi.

–*¡Gaaaaah bah!*

–Paaa-pii.

Calder no recordaba si Pandora y su madre daban de comer a Quinn antes de acostarlo o no. Personalmente, a él siempre le entraba sueño después de una comilona, pero tal vez no fuese el caso con los niños.

–¿Qué te parece si comemos algo?

Buscó comida en la cocina. Encontró bastante para él, pero no sabía si sería apropiado darle una barrita energética a un bebé.

–Me alegraré mucho cuando seas capaz de decir lo que quieres.

–*¡Bah!*

–¿Quieres un biberón?

–*¡Pah!*

–¿Pa-pi?

–*¡Gooo pah!*

–¿Sabes que me estás volviendo loco?

Quinn le agarró la nariz a su padre y apretó.

Calder estaba agotado, pero su hijo no parecía dispuesto a dormirse, así que puso el DVD de la versión original de *Desafío total* y se preparó para una noche muy larga.

–¿Qué crees que estará haciendo Pandora?

–*¿Paaah?*

–Pan-do-ra.

–*¡Pah hor!*

–Pan-dooo-raa.

Aunque acabase de poner su película favorita, de pronto le resultaba más entretenido intentar hacer que Quinn dijese el nombre de Pandora.

Cuando Calder bostezó por décima vez en cinco minutos mientras recorrían el mercadillo y Quinn dormía plácidamente en su carrito, Pandora preguntó:

–¿Qué hicisteis anoche después de iros?

–Yo quería irme a la cama, pero el señor fiestero se negaba.

–Conmigo llevaba un buen horario. ¿Qué ha ocurrido?

–Ambos sabemos que la he fastidiado –respondió él–. No hace falta que me lo restriegues.

–No era esa mi intención –Pandora giró el carrito hacia un enorme roble bajo cuya sombra había una mesa de picnic–. Entiendo por qué me dijiste que me fuera. Si hubiese sido al revés y yo te hubiese contratado para cuidar de Julia, habría hecho lo mismo. Decir lo del horario ha sido un error. No pretendía insinuar nada.

–Ya que hablamos de cosas que es mejor no tocar, viéndolo con perspectiva, creo que mi reacción no se debió enteramente a ti. A tu

pasado.

–¿Qué quieres decir? –Pandora sacudió las migas del banco y se sentó.

–Ni siquiera sé cómo decir esto.

–Dios, Calder, sea lo que sea, escúpelo. Yo ya he contado muchos de mis horribles secretos.

–Pensándolo bien, tu confesión me alivió. Lo que sentía por ti… –se sentó a su lado y entrelazó los dedos con los suyos– ocurrió demasiado deprisa. Me había apartado siempre de cualquier cosa que fuera real, y de repente llegaste tú. Me asustaste. Mis sentimientos me asustaron.

Se sentó a horcajadas sobre el banco, le colocó la mano en la barbilla y le acarició la mejilla con el pulgar.

–Dios… –murmuró él riéndose, y se acercó tanto que a Pandora se le disparó el pulso–. Ahora mismo estoy asustado, pero no soy lo suficientemente listo como para salir huyendo.

–Tal vez sea hora de dejar de huir.

Calder le dio un beso dulce y lento. La besó hasta que ella ladeó la cabeza para permitirle un mayor acceso y cerró los ojos con un suspiro.

–¿Pandora? ¿Sois Quinn y tú?

Pandora levantó la mirada y vio a Lila con su marido.

–Te he dicho que los dejaras en paz –murmuró Martin.

–Oh, calla –contestó Lila–. Hace un siglo que no te veo y no viniste a la reunión de embellecimiento de la semana pasada.

Pandora no sabía qué decir. Lila no sabía nada sobre su pasado.

Calder le rodeó los hombros con un brazo.

–Quinn y yo estamos orgullosos de ella. Tiene un nuevo trabajo en la guardería que lleva su agencia. Quinn empieza a ir el lunes.

–Qué emocionante –dijo Lila dándole un abrazo–. Pero ¿eso significa que ya no vives en el barrio?

–No –respondió de nuevo Calder–, pero con suerte vendrá mucho a visitarnos.

Lila volvió a abrazarla y, tras una breve conversación, la pareja se marchó.

–Gracias –le dijo Pandora a Calder–. No sabía qué decir.

–Como me dijiste en una ocasión, en realidad no hay nada que decir. El pasado es pasado –le dio un beso en la punta de la nariz–. Que siga siendo así.

La noche antes de Acción de Gracias, Calder intentaba enseñar a su hijo durante el baño.

–Pan-do-ra.

–*¡Paa gah!*

–Pan-dooo-raa.

–*¡Ah gah roo!*

–Tío, me estás matando. ¿Sabes lo mucho que significaría para Pandora que dijeras su nombre?

Quinn estaba demasiado ocupado con sus barcos de juguete como para seguir prestándole atención y, a decir verdad, aquella se había convertido también en su parte favorita del día.

Por muy frustrado que se hubiera sentido porque su madre le abandonase para que cuidara él solo de Quinn, Calder le estaba agradecido. Ya dominaba casi todos los aspectos del cuidado infantil.

Después de secarlo y vestirlo, le dio un biberón pequeño y le lavó los dientes antes de meterlo en su cuna.

Aunque le gustaba la sensación de triunfo que le proporcionaba ser capaz de cuidar de su hijo él solo, también echaba de menos tener a Pandora con él por las noches, después de que Quinn se durmiera.

Ni en un millón de años habría pensado que envidiaría a sus amigos Deacon y Garrett, pero descubrió que deseaba compartir su tiempo con Quinn y con Pandora.

Algún día Quinn pronunciaría su primera palabra, daría sus primeros pasos sin ayuda. Calder quería que Pandora estuviese allí y compartiese esos momentos especiales.

¿Y su hija?

Le había costado meses acostumbrarse a su hijo. ¿Cómo se sentiría cuidando de la hija de otro hombre?

Sacó una cerveza sin pensar, pero después volvió a guardarla en el frigorífico. No necesitaba alcohol para enfrentarse a aquello; necesitaba abrir su corazón. Julia tenía la misma edad que tenía él cuando Harold se convirtió en un padre para él. ¿Sería hora de devolver el favor?

¿Cómo podía saberlo?

Capítulo 15

PANDORA solo podría haber sido más feliz si Julia hubiera compartido aquel precioso día con sus amigos y con ella. Con el fuego encendido en la chimenea, tras devorar la tradicional cena de Acción de Gracias, el salón de su apartamento se había transformado en un casino. La mesa improvisada que habían creado con contrachapado y caballetes era el escenario de un torneo de póquer en el que usaban caramelos de maíz a modo de fichas. Hasta el momento, Martin estaba dándoles a todos una paliza.

Con Quinn en brazos, Pandora vio como Cooper y Mason se lo jugaban todo, mientras que Heath y Patricia se retiraban. Natalie y Anna estaban deliberando qué hacer.

–¡Eh! No se pueden hacer equipos –dijo Calder al verlas.

–¿Qué tiene de malo? –preguntó Lila con una copa de vino–. Estáis derrotando a las chicas.

Un año antes, Pandora jamás hubiera pensado que fuera posible que su vida estuviese tan llena. Y sin embargo allí estaba, rodeada de amigos que eran como una familia.

–¿Te apetece dejarme a mí a Quinn y así juegas tú la próxima ronda? –le preguntó Calder.

–Gracias, pero estoy justo donde quiero estar.

Finalmente, Lila informó a Martin de que era hora de irse.

Los demás desmontaron la mesa del salón y siguieron con la partida en la mesa de la cocina, mientras que las mujeres se disponían a ver *¡Socorro, ya es Navidad!,* que Pandora había comprado en una tienda de segunda mano.

Ella compartía el sofá con Natalie. Quinn estaba sentado entre ambas tocando su piano de juguete. Patricia y Anna estaban sentadas en los sillones más cercanos a la tele.

–¿Cómo van las cosas entre Calder y tú? –le preguntó Natalie.

–Somos amigos.

–¿Solo amigos?

–Nos hemos besado…

–Me alegra que las cosas vayan saliendo bien. En mi opinión

como profesional, estaríais bien juntos.

–¿Tu opinión como profesional?

–Ahora que habéis superado las dificultades, los tres formáis una bonita familia. Cuando Julia venga a casa, estoy segura de que a ella también le caerá bien.

–Eso espero –Pandora miró hacia Calder. Le había crecido un poco el pelo, pero le gustaba. Cuando la besaba, ella enredaba los dedos en él para acercarlo más.

–Además, se le ve mucho mejor con Quinn. No te he visto cambiarle el pañal en todo el día.

–Lo sé. Ha cambiado.

–Igual que tú –Natalie le agarró la mano y se la estrechó–. ¿Ves lo que quiero decir? Es una unión perfecta.

–Quiero creerlo, pero tengo miedo.

–¿Qué otra cosa podría salir mal? Sabe más de ti que yo. Cuando Julia se traslade aquí y lo conozca, creo que habrá campanas de boda el verano que viene.

–Para.

–Solo digo que…

–Sí, bueno, pues deja de decirlo. Ya tuve esperanzas una vez y mira cómo acabó. Por ahora, voy viviendo día a día.

–¡Eres un tramposo, Heath! –exclamó Mason desde la cocina–. Es imposible que te haya venido una escalera real.

–¡Claro que sí!

–Eh, callaos –intervino Calder–. Tengo un niño ahí –un niño que, por suerte, no se había asustado por los gritos de su amigo.

–Echo de menos los viejos tiempos en los que jugábamos por dinero –dijo Cooper con un suspiro.

–Estás celoso porque no tienes una mujer –respondió Heath mientras repartía nuevas cartas–. Calder y yo lo tenemos todo resuelto.

–¿La niñera y tú habéis vuelto? –preguntó Mason.

–Eso creo –respondió él.

–No nos dejes en ascuas –insistió Mason, con cuidado de que las mujeres no le oyeran–. Entonces, ¿por fin estás acostándote con la niñera?

–Déjalo ya –dijo Calder–. Es algo más que la niñera de Quinn.

–¿Vas en serio con ella? –preguntó Heath–. Si es así, tenéis que fugaros para casaros. A Patricia y a mí, lo de la boda se nos ha ido de las manos.

–No hay ninguna boda –respondió Calder dejando sus cartas sobre la mesa–. Solo somos amigos.

–¿Con derecho a roce? –preguntó Mason.

–Es una buena mujer. Mi hijo la adora. Fin de la historia –en cuanto a sus sentimientos por ella, Calder solo sabía que, al verla al otro lado de la habitación, deseaba que llegara el momento de quedarse por fin a solas.

* * *

–Qué día tan maravilloso –dijo Pandora mientras recogía del suelo de la cocina algunos caramelos de maíz–. Espero que todos se lo hayan pasado tan bien como yo.

–Creo que todos se lo han pasado bien menos Mason, que seguro que se ha alegrado de que no jugásemos con dinero de verdad.

Ella sonrió y su cuerpo se estremeció cuando Calder la estrechó entre sus brazos.

–Mientras jugábamos, los chicos me han hecho algunas preguntas. Mason me ha preguntado si éramos pareja. No he sabido qué decirle. Quiero decir que en realidad nunca hemos hablado de esto.

–Define «esto».

–¿Por dónde empiezo? No sabría definirlo. ¿Vamos en serio? ¿Eres mi novia? ¿Ves a lo que me refiero? ¿Acaso necesitamos definirlo? ¿No podemos tener un entendimiento sin más?

–Supongo, pero entonces tendrías que definir eso. ¿Cuáles son tus condiciones?

–Para empezar, no quiero que se te acerquen otros hombres a menos de quince metros.

–Creo que eso será difícil –bromeó ella–, teniendo en cuenta que mi alumno favorito es tu hijo.

–Ya sabes a lo que me refiero. Te quiero solo para mí.

–Todo eso está muy bien, pero ¿qué ocurrirá cuando encuentres a una niñera y decidas que quieres irte de bares? ¿Y si yo no quiero compartirte a ti?

Calder le echó la cabeza hacia atrás y la besó hasta dejarla sin respiración.

–Supongo que podríamos llegar a un acuerdo que nos beneficiara a ambos. ¿Alguna exigencia más?

–Quiero más de esto… –para asegurarse de que captara el

mensaje, en esa ocasión fue ella quien lo besó. Alentada por la felicidad que sentía, deslizó las manos bajo su camisa y por fin pudo sentir sus abdominales.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó él.

–Lo que ambos llevamos tiempo deseando…

Le desabrochó el botón de los vaqueros y le bajó lentamente la cremallera. No llevaba calzoncillos y aquel gesto dejó su miembro en libertad.

–Ups –dijo ella con una risita.

–Esto sí que es vergonzoso.

–No debería serlo –Pandora acarició su erección y después se arrodilló para darle más placer. Pero él la detuvo y volvió a ponerla en pie–. ¿Qué sucede?

–¿Estás segura de que esto es lo que deseas?

–Lo único que sé es que deseo, necesito esta cercanía. He perdido muchas cosas en mi vida. No puedo perderte a ti.

–No voy a ninguna parte –le besó la frente, las mejillas, la nariz y, finalmente, los labios antes de darle la mano–. Vamos. El niño está dormido. Aprovechemos la situación –dijo mientras la guiaba hacia su dormitorio.

Una vez allí, Pandora comenzó a desabrocharle la camisa, pero de nuevo él la detuvo.

–La segunda parte del discurso que he empezado hace un minuto era que esta primera vez es especialmente para ti –la besó lentamente mientras le levantaba el jersey, y solo se detuvo el tiempo justo para sacárselo por encima de la cabeza. Lanzó la prenda al suelo y empezó a besarle el cuello y los pechos antes de quitarle el sujetador.

El calor del fuego no había llegado hasta su habitación, y el frío de la estancia le endureció los pezones, pero Calder se apresuró a calentarla frotándole uno con la palma de la mano y succionando el otro.

Después deslizó la boca sobre su abdomen y siguió bajando hasta desabrocharle la falda, que cayó al suelo a sus pies.

Le quitó los zapatos de cuero y después le bajó los pantys de color azul marino. Cuando la única prenda que le quedó fueron las bragas de encaje, Calder abrió la boca sobre su parte más sensible y dejó que sintiera su cálido aliento allí. Pandora se estremeció, pero no porque tuviera frío.

Con las manos puestas en su nuca, separó las piernas para que

siguiera explorando. Calder le bajó las medias antes de acorralarla contra la cama. La empujó suavemente hasta que rozó la cama con las pantorrillas antes de volver a agachar la cabeza. En esa ocasión fue dándole besos desde el tobillo hasta llegar al cosquilleo que sentía entre las piernas.

Para cuando volvió a besarla e introdujo un dedo, después dos, ella apenas podía mantener el control de sus emociones. Se retorció contra él. Deseaba alcanzar el clímax y, al mismo tiempo, seguir experimentando aquel placer.

–Te necesito… dentro de mí –susurró apenas sin aliento.

–Shh… –Calder la ignoró y siguió torturándola con la lengua. Ella enredó los dedos en su pelo mientras sacudía la cabeza de un lado a otro. El torrente de placer fue invadiendo su cuerpo hasta hacer que le resultara imposible pensar y apenas respirar. Cuando al fin llegó al orgasmo, se manifestó en una explosión ardiente detrás de sus ojos cerrados.

Estremeciéndose, sudando, agotada, pero con ganas de más, Pandora lo levantó y le rogó que le regalase un clímax adicional.

Él sacó un preservativo del bolsillo de sus vaqueros y obedeció encantado.

* * *

El miércoles después de Acción de Gracias, Pandora acababa de desinfectar el último de los juguetes de la clase cuando vio a Calder acercarse a ella. Aún no había recogido a Quinn de la clase de los pequeños.

–Durante mi descanso para comer –le dijo antes de darle un beso–, he descubierto una idea genial de decoración para la habitación de un niño. Mi visita con Julia es el sábado, pronto. Después de eso, ¿quieres que intentemos construir una librería en forma de acorazado para la habitación de Quinn?

–Me encantaría, pero tengo malas noticias.

¿Qué más podría haber descubierto de ella que pudiera no gustarle?

–Te lo he contado todo…

–Cariño, no –Calder le dio un beso en los labios antes de continuar–. Eres todo lo que deseo. Me marcho mañana por la mañana.

Pandora había esperado que las noticias tuvieran que ver con

ella, no con él. Ahora que sabía la verdad, casi habría deseado que fuera al revés. Al menos así Calder no estaría en peligro.

–Quiero pasar el resto de mi tiempo aquí contigo y con Quinn. ¿Quieres pasar la noche conmigo?

Incapaz de hablar por el nudo que tenía en la garganta, ella asintió con la cabeza.

–Qué agradable –aquella noche de noviembre no era especialmente fría. Bajo la luz de una luna casi llena, se encontraban en una playa desierta, donde Calder había encendido un fuego para hacer perritos calientes y malvaviscos.

Calder tenía a Quinn a cierta distancia del fuego y le ayudaba a sujetar el palo de su malvavisco.

–De acuerdo, colega. El secreto de un gran malvavisco es prenderlo fuego y después comerse lo de dentro.

–No puedes dejar que se coma eso –protestó Pandora.

–Yo lo he comido toda mi vida y mira lo grande y lo fuerte que estoy. Quieres que sea un hombre, ¿no?

–Bueno, claro, pero no si eso significa que tenga la tripa llena de carbón.

–¿Has oído eso, colega? Tu madre cree que no sabemos lo que hacemos.

–Calder.

–¿Sí?

–¿Sabes lo que acabas de decir? –preguntó Pandora mientras acercaba su malvavisco al fuego.

–¿Qué?

–Te has referido a mí como la madre de Quinn. ¿Es eso lo que sientes?

–Supongo que sí. Piensa en ello. Desde que llegó Quinn, tú eres la única madre que ha conocido. Tiene sentido.

–También significa que somos algo más que novios.

–¿Es eso lo que deseas? –preguntó él mientras sacaba un pañuelo de la bolsa de Quinn para limpiarle la cara y las manos–. ¿Que lo hagamos oficial?

–¿Quieres decir que nos casemos?

–Supongo que eso es lo que hace la gente. Que no te sorprenda tanto.

–No me sorprende. Supongo que no lo había pensado… espera,

eso no es cierto. Claro que lo he pensado, pero en mis fantasías. Supongo que nunca pensé que alguien como tú pudiera desear a alguien como yo.

–Sabes que eso es una locura, ¿verdad? –sujetando a Quinn con un brazo, le colocó las gafas en lo alto de la cabeza a Pandora–. Eres preciosa.

–Gracias, pero ambos sabemos que esto es algo más que apariencia. Calder, tengo una hija a la que ni siquiera conoces. Cuando Julia venga a casa, tendrá muchas cosas a las que acostumbrarse. ¿Y si no os lleváis bien?

–¿Crees que no lo he pensado?

–Lo siento. Sé que no querías que la noche fuese así.

–No importa –Calder soltó a Quinn el tiempo suficiente para ir a recoger el sombrero del niño donde este lo había lanzado.

–Calder, mira…

–Sé que al final tendremos que hablar de esto, pero ¿no podemos esperar a que vuelva a casa?

–No se trata de nosotros, sino de tu hijo. Mira.

Calder miró a Quinn y se quedó con la boca abierta.

–Dios mío…

Quinn estaba de pie señalando el fuego.

–*¡Gah!*

Calder echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo. No solía ir a la iglesia, pero aquella noche tuvo que creer que había alguien ahí arriba. Si se hubiera perdido los primeros pasos de su hijo, se habría quedado destrozado.

Pandora y Calder bañaron juntos a Quinn. Mientras Calder le preparaba un biberón, ella le puso el pijama. Había echado mucho de menos aquella parte del día. Saber que ahora lo tendría con ella todas las noches era un pequeño consuelo, teniendo en cuenta que su padre estaría en peligro.

–¿Te importa que le dé yo de comer? –preguntó él.

–No. Claro que no.

Calder se sentó con Quinn en la mecedora de la habitación y, cuando comenzó a cantarle una nana, Pandora no pudo contener las lágrimas silenciosas.

Quinn se quedó dormido antes de terminarse el biberón.

Su padre lo metió en la cuna y, cuando se dio la vuelta, fue para

secarse sus propias lágrimas.

–Nunca pensé que pudiera dolerme tanto –dijo cuando salieron al pasillo–. ¿Cómo soportas estar separada de tu hija? Sabiendo que está tan cerca y, a la vez, tan lejos.

–No es fácil, pero me las apaño –respondió ella rodeándole la cintura con los brazos–. A ti también te pasará.

–Mi oficial me advirtió que esta misión podría ser larga. ¿Y si Quinn no se acuerda de mí cuando regrese?

–Si te grabas cantando esa bonita canción, te prometo que me aseguraré de que Quinn te escuche todas las noches.

–¿Harías eso por mí?

–Sí –«haría cualquier cosa», pensó.

–¿Lista para irnos a la cama?

Ella asintió contra su pecho, así que la condujo hasta la cama.

Una vez allí, le colocó las manos en las caderas y empezó a acariciarle el cuello con la nariz hasta que Pandora temió que fuesen a doblársele las rodillas por el deseo.

–No tienes idea de lo mucho que te deseo.

–Yo… siento lo mismo –se desabrochó la blusa, y en esa ocasión Calder no intentó detenerla.

–Sé que esto es una locura, pero deseo, necesito, que esto sea diferente a las otras veces. Más despacio, más deliberado. Quiero que todos los detalles se graben en mi memoria para poder recordarlos durante las noches especialmente oscuras.

–Por supuesto –susurró ella.

El sexo fue como le había pedido; lento, hermoso y dulce.

Después se ducharon juntos y terminaron haciendo el amor de nuevo bajo el chorro de la ducha.

Cuando regresaron a la cama, Calder la abrazó por detrás y ella supo que había empezado la cuenta atrás.

–No quiero que te vayas –murmuró.

–Yo tampoco.

Pero, cuando Pandora se despertó, Calder se había ido.

Y, con él, una parte de su corazón.

Diciembre pasó como en una nube.

Gloria y Harold, el padrastro de Calder, habían ido de visita para pasar tiempo con Quinn. Se alojaban en casa de Calder y, en Navidad, se quedaron cuidando del niño para que Pandora pudiera

ir a visitar a Julia.

La zona de espera estaba sorprendentemente llena. Por los altavoces se oían villancicos y había una mesa con galletas y ponche.

Julia entró saltando de la mano de mamá Cindy. Llevaba un vestido rojo y un fajín negro que se asemejaba al cinturón de Papá Noel.

Mientras su hija le enumeraba la larga lista de regalos que Papá Noel le había llevado, Pandora absorbió cada palabra, deseando con todo su corazón poder agarrarla y huir con ella. Pero ¿dónde iría? Calder y Quinn también eran su familia. Aunque, con Calder en Afganistán y con Julia en su hogar de acogida, cada día le costaba más trabajo levantarse de la cama.

–Mamá.

–¿Sí, cariño?

–¿Alguna vez voy a vivir contigo, o mamá Cindy es ahora mi madre?

–Sabes lo que es el juzgado, ¿verdad?

Julia asintió.

–En marzo, iremos a ver a un juez y él te dejará venir a casa conmigo. Tengo un apartamento precioso y ahora Quinn vive allí hasta que su padre regrese.

–¿Dónde está su padre?

–Muy lejos. Está en la Armada y su trabajo es protegernos.

–¿Alguna vez lo conoceré?

–Eso espero. Cuando vengas a casa conmigo.

–¿Es simpático?

–Sí, cariño, es un hombre muy simpático.

–Bien –su hija se acurrucó junto a ella–. Me cae bien mamá Cindy, pero te quiero a ti. Te echo de menos.

–Yo también te echo de menos, cielo. Dentro de poco te llevaré conmigo a casa. No volveremos a separarnos.

–¿Lo prometes, mami?

Convencida de que su tercera visita a los juzgados sería la definitiva, Pandora tiró con cariño de uno de los rizos de Julia.

–Lo prometo.

Capítulo 16

DESPUÉS de Navidad, de Año Nuevo y del primer cumpleaños de Quinn, el tres de enero, que celebraron en la guardería con sus abuelos y sus amigos, Pandora pasaba cada día y cada semana en ausencia de Calder manteniéndose ocupada. Había comprado una cámara digital y había empezado a hacer álbumes con las fotos de Quinn para que Calder las tuviera cuando llegara a casa.

Su vista estaba programada para el viernes, siete de marzo en los Juzgados de Familia de Norfolk.

Cuando llegó el día, Pandora estaba hecha un desastre. No había dormido, no quería comer y tenía el estómago hecho un nudo.

Natalie y Lila la acompañaron.

Lila le dio la mano cuando entraron en el juzgado, abarrotado de otros padres como Pandora. En algún lugar del edificio esperaban Julia y su mamá Cindy. ¿Estaría asustada su hija? ¿Entendería la importancia de aquel día?

–Todo saldrá bien –le dijo Lila.

Tardaron noventa minutos en llegar a su caso. Se acercó al estrado con piernas temblorosas y con el corazón desbocado.

–Señorita Moore –dijo el juez–. Primero, deje que la felicite no solo por venir sobria y educadamente, sino por todo el trabajo que parece haber hecho para demostrar que es una buena madre. La trabajadora social me ha dado todos los informes del caso. Veo muchos casos aquí, y la manera en que le ha dado la vuelta a su vida es impresionante.

–Gracias, Señoría –respondió Pandora.

–De hecho, me gustaría darle las gracias a usted por ser un ejemplo de cómo puede funcionar nuestro sistema. Ha seguido todas las directrices punto por punto; con la excepción de la casa. Debía residir seis meses en la misma dirección, pero solo lo ha hecho durante cuatro meses. ¿A qué se debe?

–Antes de eso, Señoría, yo trabajaba como niñera interna, pero mi jefe descubrió mi pasado y me dejó ir.

–¿Quiere decir que fue despedida?

–Sí, Señoría, pero no por la agencia para la que trabajo. Solo por mi jefe. Por eso busqué un nuevo hogar. Pero ahora todo está bien. Él está actualmente destinado en Afganistán y yo estoy de nuevo al cuidado de su hijo.

El juez se quitó las gafas y las dejó sobre su informe.

–Vamos a ver si lo he entendido. Este tribunal le quitó la custodia de su hija, ¿y ahora está cuidando de otro niño sin supervisión?

–Sí, Señoría, pero llevo tres años sin beber. Siento lo que ocurrió la última vez que me presenté ante usted. Le he dado la vuelta a mi vida. Por favor, por favor, devuélvame a mi hija.

–Señorita Moore, estaba dispuesto a devolverle la custodia de su hija. Ahora ha despertado mis dudas. Dudas que merecen ser estudiadas antes de poder declarar que es usted una madre adecuada. Puede que su trabajadora social esté impresionada por sus progresos, pero, teniendo en cuenta que no ha cumplido estrictamente todos los requerimientos del caso… –con un suspiro, el juez se volvió hacia la mujer que estaba sentada a un escritorio junto a él–. Por favor, concierte otra vista para la señorita Moore para dentro de seis meses –después miró a Pandora–. Buenos días, señorita Moore.

Pandora se sentó, asombrada. Después gritó:

–¿Me toma el pelo? He hecho todo lo posible por demostrar que soy una buena madre. Sí, he cometido errores terribles, pero he pagado por ellos una y otra vez. Envíe a la trabajadora social a mi casa para supervisarme todos los días, si eso hace que se sienta mejor, pero, por favor, se lo ruego, no me haga esperar otros seis meses.

–Señorita Moore… –le advirtió el juez.

–Por favor –insistió ella con lágrimas en los ojos–. ¡No puede hacer esto! ¡Se lo prometí!

–¿Tengo que llamar a seguridad?

Pandora apenas fue consciente de que Natalie y Lila la agarraban de los brazos y la sacaban a rastras de la sala.

–¿Tienes grandes planes para esta noche?

A finales de marzo, Calder levantó la vista de la novela de espías que estaba leyendo y vio que Mason sonreía.

–Si no es así, pensaba que podríamos ir a Tipsea's. Encontrar a

un par de rubias. O morenas. No importa, mientras sean salvajes y estén dispuestas –le dio un codazo desde su asiento en el avión militar en el que viajaban.

–Suena bien, pero os lo dejaré a Vaquero y a ti. Quiero darles una sorpresa a Pandora y a Quinn.

–Perdedor.

–¿Por desear pasar tiempo con mi hijo? Y mi… –¿qué era Pandora para él? ¿Su novia?

–¿Tu qué?

–Mi chica… Pandora.

–Sabía que te gustaba, pero ¿habéis llegado tan lejos?

–Si las cosas van como creo que irán, dentro de poco puede que se convierta en mi esposa.

Con eso en mente, Calder se dirigió hacia su casa.

Eran las ocho de la tarde cuando Mason le dejó en la acera. Calder subió los escalones del porche corriendo y llamó al timbre.

Le había dado sus llaves a Pandora, por si acaso decidía que sería más práctico que Quinn y ella vivieran de manera no oficial allí mientras él estuviera fuera.

–¡Oh, Dios! ¡Harold! –Calder se llevó una sorpresa cuando su madre abrió la puerta–. ¡Harold, ven! ¡Calder está en casa!

–Qué dices… –Harold apareció por el salón y se apresuró a quitarle el petate a Calder–. Bienvenido. Por aquí te hemos echado mucho de menos.

Cuando entró, Calder vio a Quinn de pie junto al sofá, comiéndose el mando a distancia.

–Eh, colega, no hagas eso –dijo mientras lo tomaba en brazos–. Cómo has crecido. Ahora camina muy bien –le dijo a su madre.

–*¡Gah! ¡Gah!*

–Camina demasiado bien. Aún no habla formalmente, pero está en todas partes. Estoy agotada.

–*¡Phoooa!*

–¿Dónde está Pandora?

–¿No te has enterado?

–¿De qué?

–La vista fue muy mal. El juez le hizo esperar otros seis meses.

–¡Eso es ridículo! ¿Por qué?

–Al juez no le gustó que no hubiera mantenido una dirección

permanente durante los seis meses requeridos. Después, Lila, la vecina, me dijo que le desconcertó el hecho de que Pandora estuviera cuidando de tu hijo cuando a ella le habían quitado a la suya. Lo consideró algo engañoso.

Calder empezó a sentir náuseas en el estómago. ¿Él era el causante de aquello?

–Su amiga Natalie dice que la pobre Pandora está inconsolable desde entonces. Por eso nos llamó para que cuidáramos de Quinn.

–Claro –dijo Calder–. Lo comprendo. He de decir que esto es lo último que esperaba.

–Deberías ir a verla. No te preocupes por Quinn.

–Sí. Gracias.

Le dio a su hijo un abrazo, después otro a su madre y a su padrastro antes de irse a por la moto.

Pandora estaba sentada en su sofá, sola y a oscuras.

No; no estaba del todo sola. Como cada noche desde que perdiera el juicio, su amigo Jack estaba sentado en su regazo.

Jack Daniel’s, claro.

Hasta el momento no había abierto la botella, pero sujetarla cada noche le daba fuerzas. Le demostraba que al menos en un aspecto de su vida seguía teniendo el control.

Su trabajadora social, Fran, se había quedado tan sorprendida como ella con el resultado de la vista, y había prometido hacer todo lo posible por acelerar el proceso, pero eso sería un sueño imposible.

De pronto vio las luces de un vehículo al otro lado de la ventana.

Al oír después los pasos, se estremeció y rezó para que, fuese quien fuese, se marchara.

El sonido del timbre le hizo daño en los oídos.

Después empezaron los golpes.

–¡Pandora! Sé que estás ahí. ¡Abre la puerta!

¿Calder?

–¡Vete!

–Abre la maldita puerta o la echo abajo.

–¡He dicho que te vayas!

Calder cumplió su promesa y tiró la puerta.

Corrió hacia ella y se fijó en la botella.

–Oh, no, cariño. Por favor, no me digas que has vuelto a beber.

–Quiero hacerlo –contestó ella con lágrimas en los ojos.

Calder le quitó la botella con cariño y la dejó sobre la mesa.

–Siento no haber estado aquí contigo, pero ahora lo estoy. Sé lo que ha pasado con Julia. Lucharemos por esto. Tiene que haber una manera.

–Se lo prometí –respondió ella–. ¿Cuántas veces puedo decepcionarla antes de que deje de querer estar conmigo?

–Tiene que saber que no es culpa tuya.

–Yo quería hablar con ella, pero el juez no me lo permitió. Dijo que estaba siendo indisciplinada. Pero ¿cómo se sentiría él si alguien le quitara a su hijo?

Sentado junto a ella, Calder la subió a su regazo y la abrazó.

–Encontraremos la solución. Te lo prometo. Quería esperar para hacer esto, encontrar una declaración sorprendente, incluso pedirle consejo a Julia, pero ya da igual. Vamos a casarnos cuanto antes. Esta noche. Así, mañana por la mañana, empezaremos a luchar por esto unidos. Conozco a gente importante. Confía en mí, cariño. Te devolveremos a tu hija.

–Quiero creerte, pero no puedo –se apartó de él y caminó hasta el otro extremo de la habitación–. Quiero culparte por todo esto. Me despediste, hiciste que me fuera; y quiero pensar que eso es lo que ha despertado las sospechas del juez. Pero soy realista, Calder, y en el fondo sé que la única culpable de todo esto soy yo misma. Nunca debería haberme imaginado que pudiera con la responsabilidad de ser una niñera a jornada completa. ¿Cómo pude ser tan estúpida como para pensar que al juez no le importaría que tuviera ese tipo de trabajo? Y debería haber visto lo tuyo solo como un trabajo. Nunca debería haberme enamorado de Quinn.

–¿Y de mí? –preguntó Calder acercándose a ella–. ¿Te enamoraste de mí, Pandora? Porque yo siento eso por ti.

–No es verdad –respondió ella negando con la cabeza–. Tu trabajo es salvar a la gente. Puede que pienses que me quieres, pero lo único que soy para ti es otra misión que cumplir. Nada más. Ojalá no te hubiera conocido nunca. Entonces no me habría hecho la idea en la cabeza de que podríamos tener un futuro juntos.

Calder sabía lo suficiente sobre psicología como para darse cuenta de que no hablaba en serio, y de que solo pretendía ahuyentarlo por miedo a que la abandonara.

–Por favor, vete. No te necesito. No necesito a nadie. Me

repondré, volveré al juzgado dentro de seis meses y entonces recuperaré a mi hija de una vez por todas.

–De acuerdo. Es un gran plan. Pero ¿por qué no dejas que te ayude?

–¿No te das cuenta? Lo he intentado, Calder. He intentado dejarte entrar y ha sido un fracaso. Aquí estás, proponiéndome matrimonio de manera patética, pero ¿qué hemos compartido además de algunas noches de pasión? Eres un desconocido. Un desconocido del que cometí el error de enamorarme, y mira lo que ha pasado. Que yo sepa, la única razón por la que quieres que vuelva es que echas de menos tener una niñera a jornada completa.

–Eso es una tontería –respondió Calder, pero después se quedó sin palabras.

–Calder, por favor –insistió ella–, te lo ruego. Déjame en paz. Me he metido en esto yo sola y yo sola conseguiré salir. Fuera lo que fuera lo que compartíamos, ambos sabemos que no era real. Así que pongámosle fin ahora, antes de que nuestras vidas se compliquen más.

–¿Estás segura de que es eso lo que deseas? –ella asintió, aunque sin mirarlo a los ojos.

No hacía falta que se lo dijera dos veces.

Intentando contener las lágrimas, Calder cumplió el deseo de Pandora.

Capítulo 17

CUANDO Calder se marchó, Pandora se acercó a la ventana y le vio alejarse. ¿Acababa de tomar la peor decisión de su vida? Tal vez no estaba segura, pero no podía arriesgarse.

Agarró las llaves y el bolso y salió a la calle. Tenía que hablar con alguien en quien confiara antes de cometer un grave error.

–Adelante –le dijo Natalie al verla de pie en su puerta, tiritando. Le puso una manta sobre los hombros y la sentó en el sofá–. ¿Qué sucede?

–Calder ha vuelto –contestó ella, y las lágrimas empezaron de nuevo–. Me ha pedido que me case con él, pero no puedo. Tengo que mantenerme fuerte para recuperar a Julia. Pero, para hacerlo, tengo que recomponerme. No puedo comer ni dormir. Me da mucho miedo que nunca me devuelvan a Julia.

–Cálmate –le dijo Natalie–. No quería decirte nada hasta no tener una respuesta en firme, pero Anna y yo, junto con Lila, Martin, Gloria y Harold, hemos colaborado para contratar a un abogado muy bueno especializado en este tipo de casos. Solo necesitamos un poco de dinero más como anticipo.

–No –dijo Pandora–. Por favor, no le deis al juez más motivos para enfadarse. Tiene que saber que soy una buena madre.

–Lo eres –dijo Natalie–. Has aprendido la lección. Todos los que te queremos y los que te hemos visto luchar sabemos que estás lista para recibir tu última recompensa.

–Y la recibiré. Pero no he venido aquí para elaborar un plan descabellado. Me avergüenza lo que ocurrió en el juzgado. De ahora en adelante, tengo que ser perfecta. No puedo darle al juez ninguna razón para creer que no lo soy.

–Todo eso está muy bien –respondió su amiga–, pero hay un problema.

–¿Cuál?

–Fuera de los manuales gubernamentales, estoy más que segura de que la perfección en la paternidad no existe. Los padres cometen errores; sí, los tuyos fueron descomunales, pero, por suerte para ti,

los niños son resistentes. Lo que más necesitan es amor. Mientras tengas esa parte cubierta, el resto saldrá solo.

–Sí, pero eso no cambia el hecho de que, aunque no exista el padre perfecto, ese es el estándar por el que a mí me juzgan.

Calder debería haberse ido a casa tras su encuentro con Pandora, pero, sabiendo que Quinn ya estaría durmiendo, quería ver a sus amigos y tomarse una cerveza. Pero ¿cómo podría disfrutarlo plenamente sabiendo que el alcohol no había resuelto los problemas de Pandora?

Tipsea's era uno de los últimos bares de Norfolk donde se podía fumar, así que se compró un puro y se tomó dos chupitos de whisky en la barra.

–Eres la última persona que esperaba ver aquí –le dijo Mason.

–¿Por qué no estás con Pandora y con Quinn? –preguntó Cooper.

–El niño está dormido y Pandora me ha dejado –respondió él antes de pedir otro chupito.

–No puede ser –dijo Mason sentándose en un taburete junto a él–. Pensaba que estabas a punto de pedirle matrimonio.

–Yo también. Pero entonces he descubierto que la vista del juicio para recuperar a su hija no fue bien, y a partir de ahí la noche ha ido a peor.

–¿No estará herida y habrá reaccionado exageradamente? –sugirió Cooper–. Tal como os vi en Acción de Gracias, parecíais estar muy bien. Lo que te digo es que yo no me rendiría.

–Muchas gracias –respondió Calder mientras se encendía el puro–. Pensaré en tu consejo. Hasta entonces… –alzó su último chupito–. ¡Brindemos por pasar la mejor noche a este lado de Kandajar!

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando Calder recuperó la sobriedad necesaria para conducir. Entró en casa sin hacer ruido, pero se encontró a su madre sentada en el salón, esperando su llegada.

–¿Una gran noche? –preguntó.

–No ha estado mal.

–Pensaba que ibas a ver a Pandora.

–Así fue.

–¿Y?

–No quiero que te enfades, pero ha sido un día muy largo y quiero irme a la cama –se dirigió hacia su habitación.

–Harold está ahí dentro. Ronca tan fuerte que hemos estado durmiendo en habitaciones separadas. Yo me he instalado en la antigua habitación de Pandora.

–¿Dónde duermo yo?

Su madre le dio una palmadita al sofá.

–¿En serio?

–Dimos por hecho que te quedarías con Pandora. No nos acabamos de caer del guindo. Sabemos lo que hacen los hombres y las mujeres.

–Lo último de lo que me apetece hablar contigo es de mi vida sexual.

–O tu falta de vida sexual –dijo su madre riéndose–. ¿Por qué todo parece tan gracioso a estas horas de la noche?

Él simplemente negó con la cabeza.

–¿Qué ha pasado en casa de Pandora? Te culpa a ti por lo que ocurrió en el juzgado, ¿verdad?

–No –respondió él sentándose en el sofá–. Mamá, me he abierto a ella. Le he dicho que deberíamos casarnos, contratar al mejor abogado y luchar juntos. Pero es muy testaruda e insiste en recuperar a Julia ella sola.

–Quería habértelo dicho antes, pero saliste corriendo tan rápido que no tuve ocasión. La amiga de Pandora, Natalie, ha estado recaudando dinero para un abogado. Pensábamos pedirte que colaborases cuando regresaras. ¿Qué te parece?

–Me temo que sus fantasmas interiores no le permitirán aceptar lo que ella considerará caridad. Se cree plenamente responsable de la persona que era antes y, como tal, parece sentir que es la única que puede recuperar a su hija.

–Todo este asunto es horrible. Ha pagado ya por sus pecados. ¿Sabes que solo pasó seis semanas en la cárcel antes de que la seleccionaran para el programa que acabó dándole la vuelta a su vida? No sé la cantidad de padres que beberán todas las noches y ellos no pierden a sus hijos.

–¿Qué probabilidades crees que tenemos de ayudarla sin que lo sepa? ¿Crees que el abogado querrá hablar solo con nosotros?

–Creo que nunca lo sabremos hasta que no se lo preguntemos.

–Pero, mami, ¿por qué? –le preguntó Julia a Pandora durante su primera visita desde que perdiera el caso–. Prometiste que podría ir a casa contigo.

–Lo sé, cariño. Míralo de este modo, ahora podrás quedarte más tiempo con mamá Cindy. Te cae bien, ¿verdad?

–Sí, pero no tanto como tú. Ella no mira en mi cama por si hay arañas.

–Seguro que, si se lo preguntaras, lo haría.

–Supongo. Pero yo quería ver mi nueva habitación. ¿Y dónde está Quinn? ¿No puedes traerlo a las visitas?

¿Cómo podía explicarle lo que había ocurrido entre Calder y ella?

–¿Mami?

–¿Sí?

–¿Por qué nos odia ese juez?

–Cariño, no nos odia; y menos a ti. ¿Recuerdas que te dije que había cometido errores?

–Sí.

–Bueno, como cuando tú haces algo malo en la escuela y te castigan…

–Yo nunca hago nada malo en la escuela.

–Bueno, pero ¿sabes que hay niños que sí? Y se meten en problemas, pero después todo se arregla. Pues el juez dice que yo sigo metida en problemas.

–Pero ha pasado mucho tiempo. Estoy harta de que estés castigada –su hija se acurrucó junto a ella–. Por favor, llévame a casa contigo. No me gusta venir aquí.

Por el rabillo del ojo, Pandora vio que la mujer que supervisaba la visita anotaba algo en su libreta.

Se le encogió el estómago.

Pasaron las semanas.

Cada día, cuando Calder llevaba a su hijo a la guardería, Pandora se escabullía para no verlo. En las pocas ocasiones en las que la pillaba por sorpresa, ella se sentía invadida por la pena y el dolor de saber que había estado a punto de tener algo especial con él y lo había perdido.

Por suerte, aquel día llegó a tiempo a esconderse en el armario

del conserje.

Pasados unos minutos, abrió la puerta y lo encontró allí, mirándola con las manos metidas en los bolsillos.

–¿Cuánto tiempo piensas seguir jugando a esto, Pandora?

–No… no sé qué quieres decir.

–¿Sinceramente crees que estás mejor sin mí? ¿Que no piensas en lo bien que podríamos haber estado juntos?

–Calder, por favor…

–Por favor, ¿qué? ¿Abrázame? ¿Bésame?

–Por favor, vete –«antes de que pierda la poca determinación que me queda», pensó. ¿Sabría la cantidad de noches que se había pasado despierta, mirando al techo, luchando con su decisión de dejarlo marchar? Claro, había hecho lo correcto. Su único objetivo era recuperar a su hija.

–Hoy voy a hacer lo que me pides –respondió él–. Pero un día de estos, Pandora, me rogarás para que me quede.

Incapaz de mirarlo a los ojos, Pandora miró al suelo y murmuró:

–Por favor, Calder, déjate de bromas. Tienes que irte.

* * *

Al contactar con un buen abogado no había conseguido los resultados que deseaba. Para conseguirlos, Calder tenía que jugar sus cartas, y por eso estaba sentado en un lugar donde nunca habría imaginado estarlo; en uno de los sillones del comandante de la base.

–De hecho, sí que conozco a alguien que podría ayudar –el hombre, de pelo blanco, buscó en su agenda y se detuvo en la letra T–. Vamos a ver… –fue revisando tarjeta tras tarjeta–. Aquí está. Un viejo amigo mío de Anápolis. Habría sido un buen SEAL, pero se rompió una pierna esquiando en Vermont y se acabó. Su carrera se fue al traste antes de empezar. En cualquier caso, llámale y explícale la situación. Es de los que consiguen resultados.

Calder aceptó la tarjeta que le ofreció.

–Gracias, señor. Téngame en cuenta si alguna vez necesita un favor.

El comandante se rio.

–No dejes que mi esposa te oiga.

La primera semana de mayo, Pandora recogió el correo y subió

las escaleras hacia su apartamento.

Había sido un día duro en el trabajo. Había habido una pelea en el aula de los niños de tres años, y había visto que había ido un logopeda a ver a Quinn, que todavía no había dicho ninguna palabra.

Le había dicho a Natalie que hablase con Calder para que trabajase con él por las noches.

Dejó el correo sobre la encimera, fue al baño y después al dormitorio a cambiarse.

Cuando volvió a la cocina, llenó el hervidor de agua y lo puso en el fuego. Mientras esperaba a que se le enfriara la manzanilla, empezó a revisar el correo por fin.

Al ver el sobre que tenía como remitente al juez B. Thomas Thornton, le dio un vuelco el corazón. Lo abrió y soltó un grito.

¿Cómo había sucedido?

El juez quería verla en privado para discutir sobre su veredicto… ¡en dos días!

Llamó a Natalie para preguntarle si alguna vez había oído algo así. Pero su amiga no sabía nada.

Después llamó a Lila, que también aseguró que la carta parecía extraña, pero que debería cruzar los dedos para que pasara algo bueno.

Sobre todo deseaba llamar a Calder. Oír su opinión sobre lo que podría querer el juez.

Pero al pensar en Julia se daba cuenta de que sacrificaría cualquier cosa con tal de tenerla de vuelta. Calder se había convertido en una distracción, cuando lo que tenía que hacer era concentrarse en su preciosa hija.

Para su cita con el juez, Pandora le había pedido a Natalie la tarde libre. Aquella mañana había sido interminable y, cuando llegó la hora de irse, su amiga no estaba.

Intentó localizar a Lila, pensando que querría tener al menos a una de sus amigas allí por si le daban malas noticias, pero ni siquiera Martin respondió al teléfono.

Sola y asustada, Pandora se fue al juzgado.

Las dependencias privadas del juez estaban ubicadas en otra planta distinta a la del juzgado. A Pandora le resultaba extraño que la reunión fuese allí.

Anunció su nombre a la secretaria.

–Señorita Moore, puede pasar –respondió ella.

Pandora se alisó el vestido con manos sudorosas y siguió a la mujer hasta una habitación.

–Oh, la famosa señorita Moore –dijo el juez poniéndose en pie–. Llevo veinte años trabajando y nunca había visto un lío semejante.

–No sé qué quiere decir –respondió ella sentándose con las manos en el regazo.

–¿No es usted la que lidera esta campaña? –preguntó el juez señalando un informe que se imaginó que sería el suyo.

–No, Señoría. No sé por qué estoy aquí.

–Vaya. Será mejor que empiece. Señorita Moore, lo sepa o no, tiene amigos en lugares influyentes. Me han convencido para que eche otro vistazo a su caso y me avergüenza admitir que en realidad es usted el tipo de mujer al que muchas personas en el sistema deberían aspirar a ser.

–Gracias.

–En vista de todo esto, y teniendo en cuenta mi error anterior, por favor, acepte mis sinceras disculpas y sepa que su dolor al menos ha servido para algo. A partir de ahora abordaré las vistas con más sentido común. Es usted una maravilla. Señorita Pandora Moore, le concedo la custodia permanente de su hija, la señorita Julia Elizabeth Moore –golpeó ligeramente su escritorio con el mazo–. Caso sobreseído –se puso en pie y señaló hacia una puerta–. Puede que quiera saludar a todos los que se esconden ahí.

–¿De verdad? ¿Se ha acabado? ¿Julia es mía?

–Es suya –tras darle una palmadita en la espalda, el juez abrió la puerta, que daba a otra sala de espera–. Buen trabajo, señorita Moore.

–¡Mami! –Julia fue la primera en abrazarla, después Natalie, Anna, Lila, Martin e incluso Fran, la trabajadora social. Todos se reían y hablaban, y Pandora no podía dejar de llorar.

–Cariño –le dijo a su hija–. Te quiero mucho.

–Yo también te quiero.

Cuando abandonaron las dependencias del juez, Pandora vio dos caras familiares. Calder y Quinn.

Habían llegado al vestíbulo, donde Julia se despidió de su mamá Cindy.

–Has sido tú, ¿verdad? –le preguntó Pandora a Calder.

–Yo he ayudado, pero también los demás. Todos te queremos.

Cuando me dijiste que el juez te había negado la custodia, no quise creer que no pudiéramos darle la vuelta a la situación.

–¿Pudiéramos?

–Si vas a tener una relación con un SEAL, hay algo que debes saber desde ahora.

–¿De qué se trata?

–Nunca nos rendimos. Somos como excavadoras humanas. Pasamos por encima de cualquiera para hacer posible lo imposible.

–Mami –dijo Julia dando saltos–. ¿Puedo tomar en brazos a Quinn?

–¿Conoces a mi hijo? –le preguntó Calder a Julia.

Su hija asintió.

–Mami lo trajo a verme. Es muy mono. Me encantan los bebés. Mi mamá de acogida, Cindy, acaba de tener una niña y yo la he ayudado mucho.

–Es muy amable por tu parte –dijo Calder ofreciéndole la mano–. Soy Calder. He oído hablar mucho de ti.

–Mami dice que tú también eres muy amable –respondió la niña.

–¿De verdad?

–¡Sí!

–No sé qué parte habéis tomado cada uno en este milagro, pero no sé cómo empezar a daros las gracias –dijo Pandora mirándolos a todos. Estaba llorando de nuevo, pero eran lágrimas de felicidad–. Mientras viva, no olvidaré lo que habéis hecho.

Se organizó una fiesta improvisada en su apartamento, y Pandora se alegró de haber terminado la habitación de Julia hacía tiempo.

Mientras Natalie y Anna iban a comprar hamburguesas y Lila y Martin se iban un momento a casa para sacar a pasear al perro de un vecino, Pandora le enseñó la habitación a su hija.

–¿Te gusta?

–¡Es preciosa! ¡Me encantan los peluches!

–Todavía tenemos que encontrar un hueco para las cosas que te compró tu familia de acogida, pero nos las apañaremos.

Julia exploró el resto del apartamento y terminó en la cocina, donde vio su dibujo en la puerta del frigorífico.

–¡Eh! ¡Eso lo hice yo!

–Claro que sí, mi ángel. ¿Crees que podrás hacer más?

–¡Sí! ¿Quieres que empiece ahora?

–Si quieres. Pero no te olvides de que mañana hay clase. ¿Tienes

deberes por no haber ido hoy?

–Unos pocos. ¿Tengo que hacerlos ahora?

–Sí. Creo que es mejor quitárselo de encima cuanto antes. Yo te ayudaré. Después podrás disfrutar de la fiesta.

–De acuerdo –mientras Julia corría a su habitación a por sus libros, Pandora preparó una bandeja con rodajas de manzana y mantequilla de cacahuete.

Ser madre de nuevo hacía que se sintiera casi completa. Lo único que le faltaba no estaba segura de poder reemplazarlo. Una cosa era segura. Ahora que había cumplido su sueño principal, era hora de empezar con otro…

Dando por hecho que Calder y Quinn estuviesen dispuestos.

Calder subió las escaleras del apartamento de Pandora sin saber bien qué estaba haciendo allí.

–¿Recuerdas lo que hemos practicado? –le preguntó a su hijo, que había insistido en subir las escaleras él solo–. Pan-do-ra.

–*¡Eee-boo!* –exclamó Quinn.

Se abrió la puerta del apartamento y Julia asomó la cabeza.

–¡Mamá! ¡Quinn está aquí con su padre!

–Hola. Me alegro de verte –le dijo Calder–. ¿Te lo estás pasando bien con tu madre?

–Sí. Tenía que hacer los deberes de matemáticas para mañana, pero ella me ha ayudado y no ha estado tan mal.

–Yo odiaba los deberes. Pero entonces descubrí que, cuanto antes los hiciera, antes podría irme a jugar.

Ella se rio.

–¡No lo había pensado así! ¿Puedo jugar con Quinn?

–Claro. Pero vamos a meterlo en casa primero.

Calder encontró a Pandora frente al fregadero pelando patatas.

–Hola –se metió las manos en los bolsillos para evitar darle un abrazo.

–¿Puedo jugar con Quinn ya? –preguntó Julia.

–Claro que sí –respondió Calder–. Pero ten cuidado.

–Lo tendré. Vamos –le dio la mano a Quinn–. Ven a ver mi habitación. Es genial.

–Estoy preparando ensalada de patata –dijo Pandora cuando se quedaron a solas–. ¿Quieres sacar dos cacerolas, una grande y otra pequeña, y llenarlas con agua para hervir?

–¿Siempre has sido tan mandona? –preguntó él.

–Probablemente no.

Se quedaron en silencio mientras él hacía lo que le había pedido.

–Calder –murmuró ella, se quitó las gafas y se las puso en lo alto de la cabeza.

–¿Sí?

–Lo siento. Te dije cosas horribles, pero tenía miedo. Te dije que no te culpaba, pero una parte de mí sí lo hacía. Eso estuvo mal. No pensaba con claridad. Solo puedo decir que, sin Julia, perdí la cabeza temporalmente.

–¿Y ahora?

–Una vez te pedí una segunda oportunidad –respondió ella con una sonrisa–. Y aquí estoy de nuevo. Me pediste que me casara contigo y no estoy preparada para eso; no sería justo para mi hija. Pero seguir viviendo sin Quinn y sin ti tampoco es justo para mí. Hoy, en los juzgados, cuando te he visto y he visto lo que habías hecho, me he dado cuenta de lo estúpida que fui por pensar que quería vivir el resto de mi vida sola. ¿Por qué? Es mucho mejor con amigos.

Calder le dio un abrazo, enredó las manos en su pelo y la besó.

–Te quiero –dijo ella–. Creo que te he querido desde que me rescataste en el supermercado.

–Yo te quiero desde que salvaste a mi hijo cuando se ahogaba con aquella uva.

–¿Quinn se ahogó con una uva? –preguntó Julia, que entró seguida de Quinn–. ¿Está bien?

–Está de maravilla –le aseguró Pandora.

–Cuando estábamos en mi habitación, Quinn estaba intentando hablar –dijo Julia–. ¿Ha dicho alguna palabra ya?

–No –respondió Calder pasándole un brazo a Pandora por la cintura.

–¿Qué ha dicho?

–Sonaba como pan. ¿Le gusta comer pan?

Calder cruzó los dedos.

–¿Y bien, jovencito? –preguntó Pandora agachándose frente al niño–. ¿Por fin tienes algo que decir?

–*¡Pando!*

–¿Está intentando decir «panda»? Calder, no tiene ningún panda de peluche, ¿verdad?

–No, que yo sepa –respondió él.

–¡Pan-dooo-raa! –exclamó Quinn mientras corría de un lado a otro.

Pandora se llevó las manos a la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–No puede ser. ¿Cómo ha aprendido a decir mi nombre? –miró a Calder, que no pudo evitar sonreír–. ¿Has estado enseñándole todo este tiempo?

–¡Pan-doo-raaa!

Levantó al niño del suelo y lo abrazó.

–¡Eres un niño muy listo!

–Se parece a su padre –advirtió Calder.

–Así es –con Quinn en brazos, se apoyó en Calder y le dio un beso en la mejilla–. Hoy ya me has hecho un regalo asombroso. ¿Y ahora otro? ¿Cómo voy a devolvértelo?

–Es lo que tienen los regalos, que no es necesario devolverlos. Pero, si quieres ser mi chica, el puesto está libre.

–En ese caso, rellenaré una solicitud –contestó ella guiñándole un ojo.

Epílogo

–¡TRES, dos, uno! ¡Feliz Año Nuevo! –Pandora saltó y abrazó a Julia y a Quinn, pero reservó el beso para su marido.

–Te quiero, señor Remington.

–Te quiero, señora Remington –debido a su tripa de embarazada, a Pandora le costó trabajo rodear a Calder con los brazos. Al finalizar su alquiler de seis meses, habían vuelto a casa de Calder, pero iban a venderla para comprarse una más grande.

Todos sus amigos habían ido allí a pasar la noche. La mayor sorpresa de la noche había sido darse cuenta de lo pequeño que era el mundo al encontrarse a su antigua terapeuta, Ellie, que se había casado con Deacon, el amigo de Calder. Se abrazaron y Pandora se disculpó por habérselo hecho pasar tan mal. Ellie le dio las gracias por demostrar que su trabajo había servido de algo.

–¿Dónde estás? –le preguntó Calder mientras bailaban.

–Pensaba en la vida tan maravillosa que hemos creado en tan poco tiempo. Me siento renacida. Y todo gracias a ti.

–Tú has hecho muchas cosas por mí, ya lo sabes.

–¿Ah, sí? ¿Como qué? –bromeó ella.

–Vamos a ver –Calder fingió que pensaba durante unos segundos–. Siempre te estaré agradecido por tu pastel de carne…

–Hablo en serio.

–Oh, señora Remington, yo también hablo en serio. Y, para demostrártelo, mira lo que he descubierto debajo de la escultura de hielo. Se ha desprendido –sacó un anillo de diamantes y se lo puso en la mano izquierda, junto a su alianza de boda.

–Oh, Calder. ¡Estás loco! No necesito esto. Dijimos que todos nuestros ahorros tenían que ir a la nueva casa.

–A no ser que pienses dejarte la mano atrás, por esa regla de tres, el anillo se vendrá también con nosotros.

Pandora odiaba que su embarazo le hiciese llorar más que nunca, pero probablemente aquella fuese la razón. Al casarse, las tasas legales por el caso de Julia habían impedido que Calder pudiera permitirse un anillo de compromiso.

–Además, Heath me llevó a ver al mismo tipo al que le compró el anillo de Patricia, y me ha hecho un buen descuento por ser militar.

–Sigo diciendo que estás loco.

–¿Quieres que me lo quede? –preguntó él agarrándole la mano.

–No. Lo quiero –respondió ella antes de darle un beso–, pero sobre todo te quiero a ti. Gracias, Calder, por salvarme la vida.

Él le guiñó un ojo antes de sonreír.

–Soy un SEAL. Es mi trabajo.